

Ida Simons

Una virgen imprudente



Traducción de Goedele De Sterck

13

Una virgen imprudente es el retrato íntimo, delicado y lleno de frescura e ironía de Gittel, una niña judía de doce años que descubre la vida en los albores de la Segunda Guerra Mundial.

En los años veinte, en los salones y las calles de Amberes nadie puede prever la catástrofe. La comunidad judía es un pequeño universo en el que Gittel, amante del piano y la música, se mueve con curiosidad y determinación. A su alrededor gira un exuberante cosmos: una madre colérica que huye de su marido en cuanto tienen un problema; un padre que se sabe un fracasado; unas abuelas enfrentadas que deciden firmar temporalmente un armisticio; un banquero adinerado que le abre las puertas de su casa y las de un mundo nuevo; una baronesa extravagante que se adorna con plumas de avestruz, y, sobre todo, su amiga Lucie, gracias a la que descubrirá lo que es la traición. En ese mundo de impostores, Gittel no puede dejar de preguntarse en quién puede confiar.

Ida Simons

Una virgen imprudente



Título original: *Een dwaze maagd*
Ida Simons, 1959
Traducción: Goedele De Sterck, 2016

Revisión: 1.0
07/05/2019

Para Corry Le Poole-Bauer

Cualquiera es capaz de retener *in extremis* a una persona desesperada. Basta con ofrecerle un café o una copa en el momento adecuado, o recordarle que los cadáveres presentan un aspecto desagradable o ridículo. De lo que se trata es de no sustraerse a ese pequeño deber: es necesario tener preparado el café o la copa en el corazón de uno.

MARNIX GIJSEN, *De man van overmorgen*
(El hombre del pasado mañana)

1.

Desde pequeña acostumbraba a escuchar a mi padre decir casi a diario que sus prójimos habrían salido ganando si se hubiera hecho agente de pompas fúnebres, convencido como estaba de que, llegado ese caso, los habitantes de nuestro planeta hubiesen sido todos inmortales.

Era un *shlemiel*^[1] y lo sabía; le gustaba burlarse de su condición de desgraciado contando chistes amargos. Entre semana, la sangre no solía llegar al río, pero cuando había días de asueto de por medio una simple referencia al asunto de las pompas fúnebres bastaba para desatar una encendida disputa. Los domingos y festivos mis padres se peleaban como el perro y el gato.

Aunque el resto del tiempo no se llevaban mal, los conflictos se acumulaban, puesto que a los judíos nos toca doble ración de fiestas. Por eso me sentía llamada a averiguar lo antes posible en qué fechas caerían las nuestras. En cuanto aprendí a leer, las buscaba incluso antes de que finalizara el mes de diciembre, nada más salir el nuevo calendario.

Muy a mi pesar, nuestras fiestas solían celebrarse justo antes o después de las del resto de la humanidad y pesaban sobre mi corazón como piedras: con mi padre cuatro días seguidos en casa era inevitable que salieran a relucir el tío Salomon y el capitán Frans Banning Cocq.

Con independencia de las causas y el desenlace de las desavenencias domésticas, siempre llegaba el momento en que mis padres se ponían de acuerdo en maldecir profundamente al tío Salomon y al afamado capitán.

Cuando los ánimos se caldeaban más de la cuenta, mi madre se iba con los abuelos y me llevaba consigo. Antes de conocer a los Mardell, afincados en

mi ciudad natal, aquellos traslados no me atraían demasiado; después, la disputa semanal entre mi padre y mi madre se convirtió en un apasionante juego de azar. Si escalaba, sin visos de una pronta reconciliación, había premio: Amberes. Así y todo, era una lotería en la que escaseaban los billetes ganadores. La mayoría de las veces aquellos altercados no traían cola y solo me quedaba la esperanza de que al siguiente día festivo la suerte me acompañara.

Antes de caer víctima de aquella trágica e inexorable intromisión del tío Salomon y del capitán, mi padre había vivido unos años felices en Amberes. Hablaba de aquella época como de un paraíso perdido en el que no hacía otra cosa que montar a caballo, practicar la esgrima y asistir a la ópera, aunque debo precisar que esos gratos recuerdos no se correspondían del todo con la realidad. De entrada, empleaba diez horas diarias en un trabajo para el cual no tenía vocación ni estaba dotado. Siempre quiso ser violinista, pero sus progenitores consideraban que la profesión de músico no era digna del hijo de una familia que ellos tenían por respetable y distinguida. No le dejaron elección: se dedicaría al comercio. Lo mandaron de aprendiz a la empresa de unos amigos. Allí nadie se percató de que era un negado para los negocios, o quizá ocultaran ese dato por cortesía hacia los padres. Nunca contó cómo había ido a parar a Amberes, pero sí confesó que había sido un flechazo, y que nada más pisar la ciudad decidió quedarse a vivir en ella. Por mucho que tomara parte en la amplia oferta de ocio, lamentablemente no dejaba de ser un chico serio y prudente que huía de los placeres frívolos, una negligencia que le costaría muy caro.

Comía todos los días con un joven compatriota en el único establecimiento cuyos platos se preparaban de acuerdo con el *kashrut*^[2], los preceptos alimentarios judíos. El propietario sabía tan bien que ostentaba el monopolio de la comida *kósher*^[3] que no hacía caso a las sugerencias de sus clientes. Sentados en una de las cuatro mesas redondas dispuestas en una pequeña estancia permanentemente envuelta en la penumbra, comían sin rechistar lo que él les servía.

Una tarde de primavera, hace medio siglo, irrumpió en aquel entorno sombrío una pandilla de lo más abigarrada: tres muchachas y tres muchachos en compañía de sus progenitores y de una mujer rubia menuda y discreta.

Según mi padre, el grupo se parecía a una bandada de colibríes que hubiera aterrizado por equivocación en medio de una colonia de gorriones. Chillaban y gritaban todos a la vez en inglés, neerlandés y español, sin reparar lo más mínimo en el revuelo que estaban armando.

Fue un día aciago para el dueño del restaurante.

Para gran alegría de quienes padecían a diario sus abusos, el cabeza de aquella familia portentosa le preguntó cómo se atrevía a llamar restaurante a semejante jaula de monos. Acto seguido añadió en tono conciliador: «Ello no quita que la comida pueda estar muy buena. No sería la primera vez que como de maravilla en un cuchitril».

Las tres muchachas lucían un vestido blanco y un gran sombrero de paja profusamente adornado con rosas. Acababan de llegar de Argentina y aún no les había dado tiempo a comprar un atuendo más apropiado para aquellas latitudes. Les agradaba comprobar que, pese a sus cómicos sombreros, causaban una honda impresión en los demás comensales.

Debían de ser muy guapas. Más tarde, muchos me describirían, entre suspiros, su espectacular belleza.

«Tenían el cabello oscuro y rizado, ojos de terciopelo marrón, una piel color marfil envejecido, la boca pequeña y roja como el coral sin necesidad de que la repasaran con la barra de labios...». Todos esos antiguos admiradores concluían su relato compadeciéndome: era una pena que yo hubiera salido a mi familia paterna.

Mi padre no tardó ni cinco minutos en adoptar una decisión drástica: o se casaba con la mayor de las muchachas o moriría.

Mientras los otros comensales disfrutaban del laconismo con que el progenitor de la joven expresaba su disgusto por el estado cochambroso del mantel y la pésima calidad de la comida, el bobo enamorado soñaba con ponerle una casa a su chica. Era demasiado tímido para acercarse a ella. Cuando llegó el momento de volver al trabajo, el amigo tuvo que sacarlo poco menos que a rastras del comedor. Mi padre se marchó sin saber ni cómo se llamaba su amada ni dónde vivía ni si volvería a verla.

Pasó sus horas libres apostado junto a la puerta del restaurante hasta que el cocinero se apiadó de él y le comentó que estaba perdiendo el tiempo, puesto que su jefe y el padre de aquella familia habían acabado enemistados. Al

pagar la cuenta, el hombre había dicho: «He venido dos veces, la primera y la última». A modo de respuesta, el propietario les prohibió a él y a sus familiares el acceso a su establecimiento por los siglos de los siglos.

Una semana más tarde, mi padre coincidió con los colibríes en casa de su patrono, que le invitaba una vez al mes. Si por entonces hubiera sido capaz de mantener la cabeza fría, habría comprendido que aquella coincidencia entraba dentro de las posibilidades; sin embargo, en su estado se le antojaba un milagro. Fue el inicio de un año de abyecta esclavitud. Todas las semanas preguntaba a la muchacha si quería casarse con él, y ella le contestaba invariablemente que no. Los hermanos de la joven le hacían la vida imposible. La madre lo utilizaba como mozo de los recados y el padre lo retaba a jugar con él al ajedrez y a las damas, con el agravante de que se veía en la obligación de perder todas las partidas porque el padre era muy mal perdedor. La única persona que de veras se preocupaba por la suerte del desdichado pretendiente era la menuda mujer rubia, de la que conservaba un vago recuerdo de aquel fatídico primer encuentro. Se llamaba Rosalba y era la gobernanta de la casa. Al cabo de un año, Rosalba le aconsejó que se marchara, alegando que sus posibilidades eran nulas. Mi padre comprendió que se lo decía por su bien y le prometió que partiría a la mayor brevedad posible. Dejó su trabajo, escribió una carta de despedida a la muchacha, le envió un recuerdo, hizo llegar un detalle al resto de la familia y se preparó para regresar a su país.

Unos días antes de la fecha prevista para el viaje recibió la visita del padre de la chica. El hombre le encontró en la cama, pálido e infeliz: saltaba a la vista que llevaba varias semanas sin apenas probar bocado ni pegar ojo. Le dijo que echaría en falta a su compañero de ajedrez y que no quería que se fuese sin que él le hubiera deseado en persona buen viaje y mucha suerte. Tras intercambiar unos cuantos cumplidos, guardaron silencio. En ese preciso instante, el hombre descubrió una postal de *La ronda de noche* en la mesilla, junto a la cama...

—Me la ha mandado mi hermano —suspiró el afligido pretendiente—. Puede leerla si quiere.

Entre sus allegados, el tío Salomon tenía fama de escribir demasiado y con demasiada erudición. En ese caso concreto, su letra diminuta y elegante

expresaba con todo lujo de detalles la «abrumadora» impresión que le había causado el primer contacto con aquel cuadro «divino»: «¡Fíjate en la maestría con la que el pintor proyecta la sombra de la mano del capitán Frans Banning Cocq sobre la túnica dorada de Willem van Ruytenburch, señor de Vlaardingen! Saludos, Salomon».

De camino a casa, el padre de la muchacha, sorprendido e impactado por el hecho de que pudiera existir un joven tan excéntrico como para escribir a su hermano en esos términos, fue incubando uno de esos célebres accesos de ira que tanto le enorgullecían por tratarse de un rasgo de familia.

Nada más entrar por la puerta, llamó a su hija. Con un puñetazo en la mesa le dijo que se casaría con el muchacho al que tantas veces había rechazado. Por las buenas o por las malas. Al viejo déspota le daba igual que hubiera comenzado el siglo de la emancipación de la mujer; es más, negaría su existencia hasta el último suspiro.

Esgrimió todas las armas que los padres de entonces gustaban de usar a su antojo por el bien de su prole. La hija se opuso, pero todos sus esfuerzos fueron vanos.

Una semana más tarde, los jóvenes se comprometieron. La boda se celebró poco después. No debió de ser un matrimonio más infeliz que otros muchos.

A los pocos años de nacer yo estalló la Primera Guerra Mundial. La familia al completo huyó a los Países Bajos. Después del conflicto, todos regresaron a casa, menos nosotros. Fue entonces cuando me enteré de que mi amiga del alma, Mili, y sus padres, el tío Wally y la tía Eva, no eran parientes nuestros. Ellos siempre habían vivido en Scheveningen, donde apenas quedaba nadie tras la salida masiva de los refugiados. Nosotros no pudimos volver porque mi padre, de origen alemán, aun siendo el miembro de la familia que más tiempo había residido en Bélgica y más apego tenía al país, se había olvidado de solicitar la nacionalidad, aunque eso no lo supe hasta mucho más tarde. Si bien, me costó un poco hacerme a la idea de que Mili no era mi prima, fue un alivio descubrir que su abuelo no era mi abuelo. Le tenía miedo por mucho que se pareciera al gato con botas; era muy bajito y lucía un bigote al estilo del emperador Guillermo de Alemania. Nadie se explicaba el porqué

de aquel mostacho. De hecho, bastaba que alguien mencionara en su presencia el nombre de aquel César malogrado para que el abuelo Harry estallase en cólera.

—Son los marcos —decía Mili como si estuviera hablando de un tipo de sarampión severo.

Los padres de mi amiga se mudaron a La Haya y convencieron a los míos para que siguieran su ejemplo. Al no encontrar trabajo, mi padre comenzó a hacer negocios por cuenta propia. Como no se fiaba de que aquello fuese a salir bien, alquiló un piso barato en uno de los barrios más concurridos y más feos de la ciudad para no incurrir en gastos que luego no podría sufragar.

Nuestro collie no supo adaptarse a la vida urbana. Tan pronto como se abría la puerta de la calle, se lanzaba al tráfico, por pura desesperación. Sufrió unos cuantos atropellos y, al final, mis padres decidieron venderlo. «Lo hacemos por su bien —me aseguraron—. No querrás que muera arrollado por un tranvía, ¿verdad?, pues eso es exactamente lo que le ocurrirá a este perro si sigue aquí con nosotros». Se lo llevó un hombre de Rijswijk. Al día siguiente estaba de vuelta, con un trozo de cuerda mordida colgando del collar. Su nuevo dueño vino a buscarlo y le puso una sólida cadena de hierro. A raíz de esa segunda despedida, mucho más dura que la anterior, le cogí una manía absurda a la ciudad. En la escuela, mis compañeros de clase empezaron burlándose de mí y terminaron por ignorarme, lo cual me resultaba grato y me daba tranquilidad.

Mili, que iba dos cursos por detrás de mí, era todo lo contrario. Siempre salía de clase rodeada de un enjambre de niñas, ansiosa por contar lo bien que se lo había pasado y lo mucho que se había divertido. Tal vez habría puesto fin a nuestra amistad de no ser porque jugábamos a la señora Antonius y la señora Nielsen.

La señora Antonius —Mili— era la elegancia en persona. Tenía una hija impecable, Louise, y un esposo igual de impecable que había llegado a ministro. Mi marido, Nils Nielsen, era un pintor sueco. Debía su nacionalidad y su nombre a la profunda admiración que me inspiraba *El maravilloso viaje de Nils Holgersson*. Teníamos un hijo pequeño, Benjamino, un satanás con

apariencia de niño.

El juego consistía en seguir inventando historias nuevas que pusieran de manifiesto lo perfecta que era la familia Antonius y lo desastrosos que éramos nosotros. A mi Nils no se le ocurría nada mejor que embadurnarlo todo de pintura, incluido él mismo, cada vez que recibíamos la visita del ministro, que ante tal panorama sacudía la cabeza con distinguida desaprobación. Nuestros maridos no se llevaban bien. La candorosa Louise le tenía pánico a Benjamino, de modo que el tiempo se nos iba en pedir disculpas y apaciguar a unos y a otros. No nos cansábamos de jugar a ese juego pesado en el camino a la escuela y de vuelta a casa, sin compartirlo con nadie más. Mili tenía unos rizos rubios como la paja y grandes ojos azules, lo mismo que su hija de ensueño, pero ella no era candorosa: siempre fue una niña demasiado sagaz para su edad. Sus padres no tardaron en comprender que estaban al cuidado de una criatura muy especial. Aun siendo Mili muy pequeña, ya le daban libertad para decidir por sí misma, con un resultado excelente. Físicamente, Mili no se parecía a sus progenitores, ambos morenos y con ojos de color marrón oscuro. La madre de Mili era una mujer hermosa, pero lo que más me atraía de ella era su voz cuando hablaba: me *recordaba* el dulce murmullo de un arroyo apacible y pausado. El único ideal que perseguía la tía Eva era disfrutar de la vida y alegrarles la existencia a los demás. Tanto se empeñó en lograr ese propósito que hasta consiguió sobreponerse a su vagancia innata. Tenía la casa llena de arreglos florales elaborados con sumo esmero y buen gusto, preparaba unas pastas y unas chokolatinas deliciosas y se encargaba de adornar todos los grifos con un lazo. Los de los baños eran de satén, con rayas rosas y blancas. El padre de Mili era un hombre enjuto y huesudo de ojos pequeños e inteligentes y boca ancha. Sus pobladas cejas se entrelazaban encima de una enorme nariz aguileña. Pese a su fisonomía poco agraciada, se creía irresistible, y con razón, porque tratase con quien tratase sabía siempre dar la impresión de ser una persona importante y afable. A diferencia de otros adultos, no se mostraba ausente o desinteresado cuando Mili y yo le confiábamos nuestras pequeñas preocupaciones, y jugaba con nosotras a las cartas y al bingo como si le fuera la vida en ello. Cuando algo le gustaba o le disgustaba más de la cuenta, enriquecía nuestro lenguaje con palabras inventadas que nosotras debíamos entender y comprender sin que él nos las

explicase.

Una tarde de domingo en la que el tío Salomon y su cómplice habían vuelto a ser motivo de una amarga discusión, mi madre me llevó a casa de la tía Eva, donde siempre era bien recibida cuando necesitaba desahogarse. Las madres nos mandaron a Mili y a mí a la planta de arriba para poder hablar y llorar a gusto. Cuando al cabo de una hora nos dieron permiso para que bajáramos, nos las encontramos tomando té, bañadas en lágrimas pero satisfechas. Pescador empedernido, el tío Wally salía todos los domingos con la primera luz del día. Le oímos llegar entre silbidos. Subió a cambiarse y, al rato, entró alegremente en el salón.

—Hola, *preciposas* —nos saludó—. Lo que más me apetece ahora es un té.

Mili le preguntó si se lo había pasado bien.

—Me lo he pasado *poromba* —contestó—. En una palabra: *poromba*. Todo ha ido perfecto.

Mili y yo le dijimos que nos alegrábamos. El tío Wally se sentó en su sillón, y cuando fue a encender un cigarro descubrió las caras lagrimosas de su mujer y mi madre. Preguntó, disgustado, a qué venía tanta *quejilloronería*. La tía Eva le contó que, al día siguiente, mi madre y yo nos marcharíamos a Amberes, con el riesgo de que no fuéramos a volver nunca más, puesto que mi madre estaba barajando seriamente la posibilidad de pedir el divorcio; en cualquier caso, había adoptado la firme decisión de desaparecer durante seis meses.

Wally estalló en cólera.

—¡Menuda apoteosis! —exclamó—. Ante esta circunstancia no me queda más remedio que formalizar un escrito y enviármelo a mí mismo.

Mili se ruborizó hasta la raíz del cabello y la tía Eva se puso pálida.

—Venga ya, papá —le dijo Mili en un tono lisonjero, y la tía Eva le rogó encarecidamente que renunciara a su propósito.

Pero el tío Wally no se dejó ablandar, ni tan siquiera por las dulces súplicas de Mili. Con voz severa que no admitía la menor contradicción, la mandó a buscar papel y sellos arriba, en el despacho.

—Sabes perfectamente dónde está todo, así que no tardes. No quiero trampas ni expediciones interminables.

—De acuerdo, papá —contestó Mili.

Nunca antes la había visto tan dócil y tan compungida. Mientras subíamos las dos por la escalera le pregunté qué iba a pasar, pero se negó a revelarme nada.

—Ya lo verás —se limitó a decirme—. Es terrible. No lo puede evitar. A mamá y a mí nos saca de quicio. Y lo peor es que siempre acaba teniendo razón.

Con un hondo suspiro, Mili dejó el papel y los sellos encima de la mesa. Su padre se sentó en una silla, tomó un folio y comenzó a escribir el texto que se iba dictando a sí mismo en voz alta.

DOCUMENTO

En presencia de Thea, Eva, Gittel y Mili, el abajo firmante, Wally el Sabio, certifica solemnemente tanto por escrito como de forma verbal que Thea afirma querer establecer su domicilio al menos durante seis meses en casa de sus familiares.

Yo, Wally el Sabio, afirmo que Thea regresará a su propio domicilio —y además de buena gana en un plazo inferior a seis semanas.

Firmado,

Wally

Dentro de seis semanas, este sobre será abierto en presencia de los testigos arriba mencionados para así dar la razón a Wally en un acto de

reconocimiento general, humilde y oficial.
Firmado,

Wally

Los cuatro testigos le observaron y le escucharon con estupefacción. El tío Wally dobló el documento y lo introdujo en un sobre que luego lacró y franqueó. Después de ponerle la dirección de su oficina nos ordenó a Mili y a mí que lo acompañáramos al buzón de correos, según nos explicó para poder declarar en su día bajo juramento que de veras había enviado el escrito en esa fecha, por si para entonces hubieran aparecido nuevas pruebas. De vuelta en su habitación, Mili me suplicó, en nombre de nuestra larga amistad, que no hablara de esa odiosa costumbre de su padre en la escuela. Se lo prometí, y, de paso, le confesé que en mi vida también había cosas que prefería no desvelar a nadie. Aparentemente reconfortada por mis palabras, me preguntó, siempre tan educada, si tenía ganas de volver a Amberes.

—En absoluto —contesté.

No hacía ni un mes que habíamos estado allí, y después de cada escapada tenía que matarme a estudiar para recuperar las clases perdidas.

2.

En el andén no había nadie esperándonos. Según dijo mi madre, ella ya sabía que ese iba a ser un «día que no». En los «días que no» todo salía mal, y los «días que sí» se podían contar con los dedos de una mano.

Mientras nos dirigíamos a la salida con nuestro equipaje a rastras, mi madre, dejándose llevar por el ritmo de nuestros pasos, declamó en tono sombrío:

*Hark! Hark!
The dogs do bark!
The beggars are coming to town...
some in rags,
and some in tags,
and one in a silken gown^[1].*

Era consciente de que yo aborrecía aquellos versos. En más de una ocasión se habría callado *si hubiese visto la nieve y la calle bordeada de altas casas amarillas, con los tejados a dos aguas perforando el manto de nubes bajas que el sol poniente tiñe de rojo y púrpura.*

Delante de cada casa hay un pequeño jardín: un cuadrado de gravilla y, en el centro, un arriate impoluto con geranios rojos.

Nada más enterarse de la inminente llegada de los mendigos, los habitantes bajan las persianas, pero aun así el miedo se escapa por las rendijas hasta alcanzar los jardines donde vigilan los perros. Boyeros de Flandes y pastores alemanes y esos grandes dogos blancos con aspecto de haber sido salpicados de tinta negra por una airada mano de gigante. De vez en cuando se escuchan los aullidos de los perros, que oyen a los mendigos desde lejos, mucho antes de que sus voces furibundas y el roce de sus maltrechos pies sobre el pavimento inunden la calle. Llegan por centenares: algunos avanzan a trompicones ayudándose de un par de muletas o arrastrando una pierna de madera, otros han perdido un ojo y llevan la cuenca vacía tapada con un parche negro. Al grito de «¡Hambre! ¡Hambre!», levantan los puños hacia las casas amarillas con gesto amenazador, pero cada vez que se aventuran sobre las aceras provocan un concierto de gruñidos y ladridos. Los perros les enseñan los dientes y echan espuma por las fauces abiertas de par en par. Prisioneros impotentes del hambre y de sus andrajos, los mendigos están obligados a seguir caminando. Por más que griten y amenacen, con los perros no pueden.

De repente, pasa el mendigo de la túnica de seda. Una

túnica color melocotón, igual de vieja y rasgada que los parduscos jirones de los demás y mucho menos cálida, pero tan reluciente a la luz del sol vespertino que quienes caminan junto a ella no pueden soportar el fulgor, a cuyo lado sus propios harapos parecen aún más sucios y míseros.

Garras velludas arrancan la seda podrida a jirones y arañan la pálida piel hasta hacerla sangrar. Cuando el mendigo de la túnica de seda yace desnudo y quieto en la nieve, los demás reanudan la marcha, serenos y poco menos que felices. Los últimos en abandonar la calle son los que más dificultades tienen para andar. Se divierten un buen rato golpeando la masa inmóvil con sus muletas.

Una vez recobrada la tranquilidad, los perros salen a la calle...

Mi madre y yo repetíamos una y otra vez que quizá nos estaban esperando fuera, aun a sabiendas de que no era así. La única manera en que mi abuela podía darnos a entender que nuestra visita no le agradaba en absoluto consistía en no enviar a nadie a recogerlos, puesto que ella misma se había encargado de cerrar la posibilidad de decírnoslo a la cara.

A excepción del tío Charlie y el tío Freddie, todos sus hijos estaban casados. Habría sido mucho más sensato y habría salido mucho más económico si se hubiese mudado a una vivienda más pequeña, pero le tenía mucho cariño a la mansión ubicada en una de las avenidas más anchas de la ciudad y se oponía con uñas y dientes a cualquier traslado. Le daba igual que en la casona abundaran las escaleras y que la cocina estuviese en el sótano. No era nada práctico, pero para eso tenía a Rosalba. «Si me quedo a vivir en este incómodo caserón, es para que todos mis hijos y nietos puedan venir a verme cuando les dé la gana», decía. Por lo tanto, no podía dar marcha atrás. Cada vez que mi madre anunciaba nuestra visita, la abuela no tenía más

remedio que acogernos, aunque fuese de mala gana.

Al final, mi madre y yo tomamos un taxi, porque como íbamos a quedarnos seis meses traíamos más maletas que de costumbre.

En el preciso instante en que el taxi se detuvo frente a la casa de la abuela, mi madre gimió:

—¡Oh, no! ¡La que faltaba!

Rosalba estaba charlando en la acera con yaya Hofer. Para nuestro alivio, mientras el taxista sacaba el equipaje, Rosalba introdujo la mano en el bolsillo de su mandil y se encargó de pagar el trayecto. Parecía incluso más menuda y más frágil de lo habitual al lado de yaya Hofer, una mujer imponente cuyo porte y atuendo guardaban un gran parecido con los de cualquier conductor de carruaje fúnebre. En la familia de mi madre corría el rumor de que su lengua estaba hecha de papel de lija.

Rosalba nos dio un beso y yaya Hofer dijo:

—Míralas, otra vez aquí. ¿No acababais de marcharos a casa?

Mi madre le preguntó, sumisa, cómo les iba a sus hermanas, ambas nueras de yaya Hofer, y a sus cuñados y sobrinos.

—Mucho barullo, gracias a Dios —*contestó* yaya Hofer—. Es señal de que están todos bien.

Me agarró la barbilla, giró mi cara hacia la luz y constató que era clavada a mi padre. Según Rosalba, eso significaba que me parecía a un hombre bueno.

—Sí, buenísimo —replicó yaya Hofer en tono despectivo—. No come vidrio, no bebe tinta y no vuelca el tranvía. La pobreza no es motivo de vergüenza, pero tampoco es como para jactarse de ella.

Acto seguido, se despidió de Rosalba con tal golpe en la espalda que esta por poco se cae y, sin tener a bien despedirse de nosotras, se alejó por la calle como un granadero.

No teníamos constancia de cómo Rosalba había llegado a la bravia familia de mi madre. Mientras vivió, todos aceptamos como algo natural su humilde presencia y sus buenos cuidados. Formaba parte del mobiliario, sin más. Era inglesa y protestante. No hablaba otro idioma que el suyo propio. Nadie se explicaba cómo se había hecho entender en los países lejanos adonde había acompañado a la abuela para encargarse de la casa. Ese era uno de los muchos misterios que rodeaban a su diminuta persona. Jamás se refería a su religión ni

frecuentaba la iglesia. Sin embargo, velaba escrupulosamente por la salvación ajena. No había cocinera judía que mostrase mayor respeto por los preceptos alimentarios que Rosalba preparando sus deliciosos platos cien por cien *kósher*.

Todos los días se montaba una pantomima para hacer creer a Rosalba que ignorábamos que era analfabeta. Con un guiño a los presentes, mi abuela se inventaba cada mañana una excusa para leer el periódico en voz alta, y en Navidades, cuando a Rosalba le llegaba desde Inglaterra una carta de su único hermano, cualquiera de nosotros se ofrecía para contestarle porque daba la casualidad de que a Rosalba siempre se le rompían las gafas por esas fechas.

Aunque no tenía un pelo de tonta, nunca tratamos de inculcarle el arte de leer, intuyendo que semejante iniciativa no habría contado con el apoyo de la abuela.

Mientras íbamos entrando en casa, Rosalba nos contó que la abuela y yaya Hofer se hallaban una vez más en pie de guerra. Las dos mujeres libraban una lucha encarnizada por ocupar el primer puesto en el corazón de la media docena de nietos que compartían a partes iguales. La abuela estaba haciendo labores, sentada en su sillón junto a la ventana. Era de baja estatura y más bien corpulenta, y vestía siempre pesados vestidos de seda negra adornados con chorrera de encaje blanco como la nieve, al estilo de la difunta reina Victoria. Consideraba que su vida se correspondía en muchos aspectos con la de la ilustre monarca. Solía referirse a sí misma como la suegra de Europa, y al igual que su gran ejemplo, había enviudado siendo aún muy joven. Llevaba la viudedad con mucha entereza, por no decir con alegría. Sus ojos brillaban oscuros e intensos, y su cara redonda lucía la piel tersa y suave de una niña, un detalle del que se sentía orgullosa y sobre el que gustaba de llamar la atención.

Mientras Rosalba servía café con pasteles, mi madre empezó a lanzar críticas demoledoras contra yaya Hofer, con tal maestría que la abuela, en el papel de anfitriona a su pesar, se olvidó del disgusto que le había provocado el anuncio de nuestra visita.

La maniobra de distracción, sugerida sutilmente por Rosalba, fue todo un éxito.

—Me alegro de teneros de nuevo por aquí —acabó diciendo mi abuela,

antes de pasar a comentar las últimas novedades de la familia.

—¿Y cómo les va a Isi y a Sonia? —preguntó mi madre, risueña.

—Será mejor que salgas a jugar al jardín —me instó Rosalba.

Me lo decía cada vez que tocaba el turno a la oveja negra de la familia, el marido de la hermana pequeña de mi madre, hijo de yaya Hofer. Mi tío se tomaba la fidelidad matrimonial con mucha filosofía y ante cualquier reproche declamaba invariablemente: «El que uno posea el Rembrandt más bello del mundo no quita que se pueda sentir atraído por otro cuadro», o: «No por amar a una única mujer hay que aborrecer a todas las demás». A eso ni siquiera su más acérrimo detractor podía oponer reparo.

Resignada, bajé al sótano y atravesé el pasillo oscuro que iba a dar al jardín, un minúsculo triángulo de tierra delimitado por altísimas paredes. No llegaba ni un solo rayo de sol y todo lo que se plantaba moría de inmediato, salvo dos acebos indestructibles que a cada visita se me antojaban un poco más grandes y más espinosos. Las casas de mis tías también tenían un pequeño jardín. En cambio, Mili y sus padres vivían en un primero, al igual que nosotros. *Por suerte, tenía un jardín en mi otra casa, la de la isla; se hallaba sembrado de rosas y nomeolvides que florecían durante todo el año. Antes de irme a vivir allí recuperé a Rollo, nuestro collie. Cada mañana lo sacaba a pasear por la playa. A excepción de Blimbo y Juana, la pareja de color que estaba al cuidado de la casa y del jardín, no vivía nadie más en la isla. De vez en cuando invitaba a Mili a que pasara unos días conmigo. Y también a mis padres, aunque por separado, puesto que en la isla no quería peleas sobre Banning Cocq. Una vez al año acogía con mucho gusto al violinista Fritz Kreisler y su acompañante. Por lo demás, no admitía a nadie que no hubiera sido invitado expresamente. Desde su puesto en lo alto del faro, Blimbo me avisaba de la llegada de*

cualquier intruso indeseable. En días claros solía subir a verle a su cofa octagonal. Con una sonrisa que dibujaba una medialuna ancha y blanca en su rostro oscuro, me tendía su catalejo. Ante mis ojos se desplegaba con absoluta nitidez la ciudad con las montañas detrás. Estaba tan a gusto en mi isla que casi nunca iba al continente. Antes de abandonar el faro, siempre me acercaba un momento al montón de piedras verdes para comprobar si Blimbo se encargaba de reponerlas.

Cada vez que salíamos a dar un paseo por la playa, Rollo se adelantaba corriendo para luego volver a toda prisa y pedirme con breves ladridos que le acariciara la cabeza. Cuando me entraba hambre, le decía que había llegado la hora de regresar a casa. Así sucedió aquel día. El mar me estaba llamando: era pronto para darse un baño, pero aun así pensaba meterme después de comer.

Nada más entrar en casa sonó el teléfono. Solo podía ser Blimbo. Algo pasaba.

—¿Blimbo?

—Hay un barco en el embarcadero, Missy. No espera a nadie hoy, ¿verdad?

—No. A lo mejor traen un paquete.

—No creo, Missy. Los paquetes los trae Pedro y a él no le veo. Está desembarcando una señora.

—Pregúntale cómo se llama y qué se le ha perdido en la isla.

Me quedé a la espera. Escuché la suave voz de Blimbo

a lo lejos. Al rato, volvió.

—¿Missy?

—Sí, Blimbo. ¿Quién es la intrusa indeseable?

—Dice que se llama yaya Hofer, que usted la conoce muy bien y que le gustaría hacerle una visita.

—Operación piedra, Blimbo.

Blimbo no fallaba. No en vano le había contratado por su buena puntería.

El tío Isi debía de haberle armado una buena a mi tía, porque Rosalba no bajó a buscarme. Al cabo de media hora, cuando empezaba a hacer demasiado frío para seguir en el jardín, fui a saludar a las dos criadas. Estaban cantando a pleno pulmón mientras limpiaban y abrillantaban los utensilios de cobre. Me animé a acompañarlas en los estribillos, gritando desafortunadamente. Había algo en el ambiente que invitaba a hacer ruido. Mis tíos tenían un gramófono cada uno y acostumbraban a ponerlos a todo volumen en una suerte de competición sonora, y los niños que venían a casa estallaban en llanto tan pronto como entraban por la puerta. Por fortuna, la radio aún no había iniciado su obra civilizadora; de lo contrario, el estruendo hubiera sido insoportable.

Una de las peores torturas de mis estancias en casa de la abuela era tener que fingir que me encantaba ocuparme de mis primos pequeños en las tardes en que libraban sus niñeras. Mis tías me confiaban los cuidados de su prole mientras ellas iban al cine, augurando con retintín que sin duda jugaríamos muy bien juntos. Esos días, Blimbo no daba abasto, porque el juego consistía básicamente en evitar que la chiquillería se cayese por la escalera y para ello necesitaba de su ayuda. Rosalba solía esconderse en su cuarto hasta la hora del té, lo cual me parecía totalmente comprensible.

Los viernes por la tarde suponían otra tortura. Al salir del *shul*^[4], los tíos traían a casa a un *shnorer*^[5] o mendigo profesional al que sentaban por sistema entre Rosalba y yo. Padecía en silencio los ruidos y los gestos de esos individuos cuyos modales eran propios de los hombres primitivos, consciente

de que la abuela me reprendería sin contemplaciones si osara quejarme. Entre semana solíamos compartir mesa y mantel con un *griner* fijo. Los *griner* (el equivalente yidis del *grüner* alemán) no eran *shnorer*, sino muchachos procedentes de Polonia y alrededores que venían a Amberes para aprender el oficio de diamantista. En cuanto adquirían cierto renombre y empezaban a ganar dinero renunciaban a las comidas benéficas y cedían su puesto a otro *griner*, dando ejemplo de honradez y solidaridad. Eran unos jóvenes callados y tímidos que solo hablaban polaco y un yidis que nosotros no entendíamos. Llenaban el buche y se iban, despidiéndose apenas, siempre igual de callados y tímidos. Entre los mendigos profesionales había personajes realmente pintorescos. El *shnorer* que se preciaba de ese nombre abrigaba la convicción de que desempeñaba una función social importante con el beneplácito del Señor. ¿Acaso no invitaba al prójimo a perpetrar una buena acción que el ángel de turno anotaba en el haber del benefactor? ¿No tenía eso mucho más valor que unos pocos bocados de comida o un puñado de monedas? ¿Quién era, pues, el verdadero benefactor?

El alto concepto que tenían de sí mismos facilitaba el trato, liberándolo de esa falsa modestia y gratitud que tantas veces enturbia la relación entre el que pide y el que da.

El mendigo profesional solía portar un documento en hebreo —no siempre auténtico— de un rabino que buscaba ayuda para un municipio en apuros o una escuela talmúdica, conocida como *yeshivá*^[6] en Polonia. Lo llevaba a un compañero ya instalado en la ciudad que, a cambio de una comisión, le facilitaba una lista de los miembros más acomodados de la comunidad judía. En Amberes no había nadie mejor informado que los *shnorer*. Eran el centro de muchos rumores, todos ellos muy parecidos entre sí. Cada familia caritativa tenía su particular visión de la *jutzpá*^[7] o desfachatez del pedigüeño y de la benevolencia del benefactor. Un día tuve el privilegio de conocer a un gran maestro.

Llegó una tarde de invierno a primera hora, embutido en un largo caftán de seda negra, con un costoso y coqueto gorro de piel colocado en diagonal sobre sus rojos cabellos, y la cara ancha y rubicunda enmarcada por una sotabarba rasposa. Era la alegría en persona, y nos entretuvo una hora larga con sus canciones. Antes de entonar cualquiera de ellas resumía el contenido, al

percatarse de que nos costaba entender su variedad de yidis. Hablaba muy bien alemán. A las cuatro miró el reloj.

—Las cuatro. Me da tiempo a visitar a un cliente antes de ir al *shul*.

Sacó la lista con los nombres de su bolsillo.

—Venga, búscame uno que viva cerca de aquí y acompáñame un momento —propuso alegremente al tío Charlie, que acababa de llegar.

A la vuelta, Charlie nos contó que el muy gracioso no había dejado de cantar en todo el trayecto. A mitad de camino se compró un enorme cigarro que luego fumó plácidamente. Mi tío se había creído en la obligación de comunicarle que ese comportamiento no causaría buena impresión en el cliente al que esperaba sacar dinero. «¿Vas a enseñarme mi oficio, mocoso?», se rio el pelirrojo. Charlie juró y perjuró que, nada más abrirse la puerta de la casa del cliente, el *shnorer* había entrado blanco como el papel, entre sollozos, deshaciéndose en lamentos sonoros y convincentes.

El pedigüeño volvió incluso más alegre —si cabe— de como se fue. A la pregunta de mi abuela de cuál había sido el resultado de la visita contestó:

—No puedo quejarme.

Era un comensal de lo más agradable, aunque no estaba del todo conforme con la cena.

—¿Y el pescado? —preguntó cuando después de la sopa se sirvió un plato de carne.

La abuela se disculpó explicando que en Bélgica no se acostumbraba a tomar pescado los viernes.

—De acuerdo —se apresuró a decir el mendigo en alemán—. Es una lástima que se lo pierdan.

Contaba una anécdota tras otra, a cuál más divertida. Todavía recuerdo una, porque por entonces nadie quiso explicarme dónde estaba la gracia.

Un buen día, el *shnorer* pelirrojo llegó a una pequeña ciudad justo a tiempo para el *sabbat*^[11]. Era invierno. Una gruesa capa de nieve cubría las calles y era como si todas las casas llevaran una kipá^[17] blanca. Tras buscar un poco, dio con la sinagoga. Estaba helado y hambriento. Al cabo del oficio preguntó al *shamas*^[9], el encargado de ayudar al rabino, si sabía de alguna

casa donde le darían de comer.

—Estás de suerte —le contestó—. Puedes comer en casa del rabino.

—¿El rabino?! —exclamó el *shnorer* asustado.

Era de todos sabido que los rabinos pasaban estrecheces. A cambio, Dios los recompensaba con una salud de hierro y una larga vida que hasta podía llegar a ciento veinte años. Ellos no servían cenas como la que el mendigo se había encontrado en nuestra casa (por mucho que no hubiera pescado). El *shamas* le comprendió a la primera.

—Nuestro rabino es un hombre acaudalado —precisó—. Te tratará a cuerpo de rey. No te faltará de nada.

Y le indicó el camino. La casa resultó ser una enorme mansión blanca. El *shnorer* llamó a la puerta. Al rato, le abrió una mujer. ¡Qué mujer! Llegado a ese punto de la anécdota, el pedigüeño pelirrojo alzó los brazos y los ojos al cielo y exclamó: «¡Vaya una belleza! ¡Un ángel caído del cielo!».

Musitó una disculpa, convencido de que se había equivocado de puerta, pero la bella mujer le recibió con una dulce sonrisa. ¡Qué sonrisa! Como por arte de magia, hizo aparecer un par de hoyuelos en las sonrosadas mejillas y unos dientes como perlas.

La mujer le invitó a pasar mientras explicaba que era la esposa del rabino.

Las esposas de los rabinos son mujeres buenas y devotas. Algunas son muy inteligentes. No tienen por qué ser guapas y, de hecho, la mayoría no lo son. (Que Dios las bendiga). Nunca antes el *shnorer* había visto a ninguna igual.

La siguió hasta el comedor, una estancia espaciosa con una mesa opulenta.

Ahí estaba el rabino, distinguido como un rey, en una silla que semejaba un trono, rodeado de almohadones de seda. Saludó al pelirrojo pedigüeño con afable gravedad y le señaló una silla. La bella mujer encendió las velas de un candelabro grande y reluciente. Las llamas se reflejaban con tal suavidad en sus enormes ojos oscuros que el *shnorer* enmudeció por el impacto.

La mujer salió un momento y volvió con una sopera de plata. Sirvió primero a su esposo, como es debido. El rabino probó la sopa, negó con la cabeza, tomó el salero en una mano y el pimentero en la otra y los sacudió enérgicamente sobre su plato. El pedigüeño pelirrojo se llevó otro susto. «Es demasiado guapa para ser una buena cocinera», pensó mientras ella le iba sirviendo. Dio un sorbito... con cautela...

Era una delicia, un regalo del cielo. Se comió la sopa con gusto y repitió de buena gana. Después había pescado. Carpa con pasas, el plato preferido del *shnorer*. A su juicio, una cena sin carpa con pasas no era una cena. El rabino probó el pescado, negó con la cabeza y echó varios puñados de sal y pimienta a la noble carpa. Era un verdadero pecado, además de una lástima. En el rostro tierno y sereno de su esposa no había ni rastro de sorpresa. Debía de ser costumbre de la casa. De hecho, el rabino volvió a agitar desafortadamente el salero y el pimentero en el postre, el obligado *kugel*^[8].

Al término de la oración de gracias, el *shnorer* no pudo contenerse por más tiempo.

—*Rebbe*, ¿me permite que le haga una pregunta?

El rabino, aún absorto en sus pensamientos, contestó:

—Por supuesto, hijo mío. Puedes preguntarme lo que quieras.

—*Rebbe*, la cena estaba muy buena. ¿Por qué la ha estropeado con tanta sal y pimienta?

—Me lo temía —suspiró el rabino—. Todo el mundo me lo pregunta. Trataré de explicártelo. Escúchame bien. Los libros nos enseñan que los objetos terrenales no pueden ser perfectos. Yo intento vivir según las reglas. Cuando me sirven una comida a la que no tengo nada que objetar siento el deber de añadir algo que la haga menos apetecible, de acuerdo con la regla de que aquí en la tierra nada debe ser perfecto. ¿Me entiendes?

—Le entiendo, *rebbe*^[10] —respondió el mendigo—. Le agradezco mucho la explicación. ¿Me permite que le haga otra pregunta?

—Por supuesto. Adelante, hijo.

—¿Cuánta sal y pimienta necesita echarle a su esposa?

Aunque no capté el chiste, me pareció una anécdota muy divertida por cómo la contaba nuestro trovador particular. Era capaz de adaptar el color de su cara a cada personaje. Cuando se metía en la piel del rabino empalidecía y su mirada se volvía pensativa y seria, y hasta sus manos se nos antojaban más largas y más esbeltas, y cuando hablaba de la esposa del rabino veíamos en él a la fascinante joven mujer, pese a la áspera sotabarba.

Antes de que se marchara, mi abuela le agradeció en nombre de todos su

grata compañía y sus hermosos cantos.

Una melancólica sonrisa invadió su rostro nuevamente serio y pálido.

—Me alegro de que hayan disfrutado de mis canciones y mis chistes, y les diré por qué. No soy más que un pobre pecador que a menudo se desvía del buen camino. A veces, por la noche, cuando no logro conciliar el sueño (duermo cada noche en una cama distinta), me pregunto qué será de mí en el futuro y qué pasará conmigo después de que el Ángel de la Muerte venga a buscarme. Un día lo consulté con un hombre sabio. «No te preocupes —me dijo—. Los locos cantarines como tú siempre saldrán adelante, también en el mundo futuro. Los justos se verán obligados a restar importancia a tus pecados por interés propio, ya que allí arriba el día a día sería igual de aburrido sin cantantes, bufones y poetas que aquí abajo».

3.

Más tarde Lucie me confesó que aquel sábado por la mañana había acudido a la sinagoga con el único fin de conocerme. Como no iba nunca, su repentina aparición causó gran revuelo, por más que se hubiera sentado en la última fila para no llamar la atención.

Cuando me alojaba en casa de mi abuela tenía que acompañarla al *shul*. Por entonces aún no se había generalizado la enseñanza del hebreo como lengua viva. Aunque sabía leerlo, no estaba en condiciones de seguir el oficio. Enseguida me perdía y miraba de reojo a la abuela: cada vez que ella pasaba una hoja de su libro de oraciones, yo hacía lo mismo. No me habría atrevido a decir a nadie que el oficio se me hacía eterno, y menos a mí misma, ya que era muy piadosa.

Durante el culto, hombres y mujeres estaban estrictamente separados. Nosotras subíamos una larga escalera hasta llegar a nuestra área, donde tomábamos asiento tras un enrejado que había de protegernos de las posibles miradas voluptuosas de los varones sentados abajo. Si ahora vuelvo a evocar la imagen de las fieles de entonces, me parece que incluso sin aquella protección el riesgo de sufrir miradas voluptuosas habría sido mínimo.

Mientras se desarrollaba la ceremonia tenía que hacer lo posible por no quedarme dormida. Primero intentaba localizar a mis tíos y a los demás hombres conocidos por entre las rejas. Vestían trajes sobrios y oscuros y llevaban los hombros cubiertos por un *talit*^[14] blanco y negro. En la cabeza lucían una kipá o esa clase de sombreros flexibles negros que más tarde gozarían del favor de un famoso ministro inglés.

Después de observar largo y tendido a los hombres, me ponía a contar primero los huecos del enrejado para luego tratar de averiguar cuántas feligresas llevaban peluca. No pocas judías casadas seguían luciendo la obligada peluca bajo el pomposo sombrero del *sabbat*. Las que usaba mi abuela debieron de ser fuente de irritación, puesto que era una experta en conjugar devoción y vanidad. Las encargaba a un renombrado artesano parisino. Estaban hechas de cabellos sedosos color cobre peinados con rizos y ondas y adornados con peinetas y alfileres alegres y relucientes.

Bajo el techo de escasa altura olía a mujeres ancianas, agua de lavanda y hambre, ya que había que asistir al servicio religioso en ayunas. Aquel día el aire viciado me provocaba incluso más náuseas de lo habitual; había cumplido doce años, la edad en que se considera a las judías lo suficientemente maduras como para tomar parte en las obligaciones impuestas por la fe. Por primera vez, Rosalba me privó del tentempié que se daba a los niños.

—Esto ya no lo puedes tomar —dijo, como siempre más estricta con los preceptos religiosos que mi propia abuela.

La abuela sin duda habría hecho la vista gorda, dejándome comer unos trozos de bizcocho por mucho que me hubiera convertido en una mujer adulta. Pese a mi temor de que Nuestro Señor fuera a fulminarme con sus rayos al enterarse, aquella mañana me quedé dormida. Al término del servicio me desperté, sobresaltada por el animado parloteo de las otras mujeres, todas tan felices por no tener que permanecer calladas por más tiempo.

Yaya Hofer nos saludó fríamente con un gesto de la cabeza al pasar junto a nosotras. Al rato, las tías vinieron a buscarnos abriéndose camino por entre la multitud. Iríamos todas juntas a casa de la abuela, donde Rosalba nos serviría un desayuno reconfortante, como de costumbre. Sin embargo, aquel día todo fue distinto. A la salida de la sinagoga vino hacia mí la señorita Lucie Mardell, causando conmoción en las filas femeninas de la familia. La señorita Mardell era mucho más distinguida que nosotras, es decir, que la familia de mi madre. La de mi padre, en cambio, pertenecía a la vieja nobleza de rancia estirpe, o eso era al menos lo que él sostenía.

En nuestra comunidad existían opiniones divergentes sobre el grado de distinción de unos y otros. Había desavenencias entre los diferentes grupos. Los judíos de Alemania discutían con los de Polonia, los de Polonia se creían

superiores a los «holandeses» y estos, a su vez, despreciaban a los demás, de modo que todo el mundo quedaba contento. Los «belgas de pura cepa», que llevaban ya una o más generaciones en la ciudad, no se dignaban tratar a los otros grupos, a excepción de algunas «personas finas» que gozaban del respeto y el aprecio de todos, con independencia de su origen. Nadie se explicaba cómo habían alcanzado semejante estatus; en la mayoría de los casos no estaba relacionado con la erudición ni tampoco con el bienestar material. Quienes tenían la fortuna de conseguir ese reconocimiento lo llevaban con orgullo. Bastaba con verles la cara para captar el mensaje: «Soy una “persona fina” y, como tal, estoy a salvo de cualquier prejuicio».

El padre de Lucie no era una «persona fina»; era más bien hosco y altanero. Quitando a mi padre, que en los días dorados anteriores a su matrimonio había sido amigo de Mardell, ninguno de mis parientes conocía su casa más allá de la planta baja, donde tenía su despacho. Lucie y los suyos eran tan distinguidos que no se trataban con ninguno de nosotros. Hasta que, de repente y sin previo aviso, ella me dirigió la palabra a la salida del *shul*.

—¿Eres tú la niña que toca tan bien el piano? —me preguntó con sus grandes ojos grises claros y sus finos labios inundados de esa sonrisa burlona que con el tiempo aprendería a amar y a temer tanto.

Vestía un abrigo verde oscuro y llevaba un pequeño gorro de piel gris sobre los cabellos rubios. Yo era una esnob, como la mayor parte de los niños. Me encantó ver que mi abuela y mis tías apenas podían ocultar su envidia y su curiosidad. Con la mano sobre mi hombro, Lucie me empujó delante de ella hacia la calle. Saltaba a la vista que mi abuela no sabía qué pensar. De un lado, se sentía halagada por ese súbito interés mostrado por lo más distinguido de la comunidad judía, pero de otro, le disgustaba que la muestra de atención se centrara en mi persona.

—Escúchame —me dijo Lucie en voz baja mientras señalaba a mi familia con un gesto altivo—, ¿esos tienen un piano en condiciones?

—Me temo que no, señorita —le contesté con sinceridad.

Después de que toda la familia aprendiera a tocar con él, el pobre instrumento había quedado desafinado para siempre, lo cual era comprensible.

—Voy a preguntar si puedes venir a tocar a mi casa. Tenemos un Steinway estupendo —continuó Lucie.

De pronto, se mostró muy educada y afable con mi familia. En un abrir y cerrar de ojos logró que mi abrumada abuela le diera su beneplácito.

—Pero no quiero que vaya sola por la calle —protestó en un último intento de débil resistencia.

—Enviaré a mi criada o pasará a recogerla en persona —prometió Lucie mientras se despedía de los disgustados rostros con un complaciente movimiento de la cabeza. A mí me dijo—: ¡Hasta el lunes a las diez!

De camino a casa, mis tías dieron rienda suelta a toda la rabia contenida.

—¡Menuda desfachatez!

—¿Qué se ha creído?

—No deberías haberlo consentido, mamá.

—A nosotras no se digna mirarnos y a la niña la engatusa con la historia del piano. A Gittel ni siquiera le apetece ir a ver a esa arpía, ¿verdad, hija?

—No importa que sea una arpía si tiene un buen piano de cola —puntualicé.

El lunes por la mañana me acicalaron más que de costumbre. Preocupados por salvaguardar el honor de la familia, me recogieron el pelo con un flamante lazo blanco. Lucie vino a buscarme a la hora acordada.

—Cuidaré de ella —prometió, dedicándole a la abuela la mejor de sus sonrisas.

Sin embargo, una vez en la calle, suspiró:

—¡Uf! Por un momento creí que no te dejarían.

La casa de los Mardell, la más bonita de toda la avenida, se hallaba en la acera de enfrente. Para mi asombro, no fuimos allí.

—Primero tenemos que preparar la ceremonia de bienvenida —explicó Lucie, fingiendo seriedad—. Imagino que para ti es un engorro, pero la primera vez que alguien va a mi casa debe presentarse a toda la familia —y tras tirarme del lazo añadió—: Admítelo, te parece un engorro, ¿verdad?

Asentí con la cabeza. Creo que fue en ese preciso instante cuando empecé a adorarla.

—Mi padre quiere verte porque conoce muy bien a tu padre. Está siempre muy atareado y habla poco, de modo que el encuentro no se alargará mucho. De Bertha, en cambio, no te librarás con tanta facilidad. Está con nosotros desde siempre. Es nuestra Rosalba.

La madre de Lucie había muerto muy joven y Bertha había criado a Lucie como si fuera su propia hija.

—A veces se pone muy pesada. Quiere que me case, pero a mí no me apetece.

También me presentarían a Salvina Natans, a Menie Oberberg y a Gabriel, los tres empleados del señor Mardell, que se dedicaba a las finanzas.

—Gracias a Dios, Salvina y Menie acaban de comprometerse en matrimonio. Ha sido un camino largo y difícil para todos.

Salvinia y Menie habían estado enamorados el uno del otro durante tres años sin atreverse a comentarlo con nadie, hasta que Salvina empezó a desmayarse cada dos por tres y Menie se quedó en los huesos. El padre de Lucie acabó tan harto que pidió la mano de Salvina en nombre de Menie — sin consultárselo previamente—, para luego transmitirle el entusiasta «sí, quiero» de Salvina. Desde entonces, ambos estaban radiantes y felices.

—¿Y Gabriel?

—Ah, sí, es el empleado más joven —contestó Lucie con indiferencia—. Bueno, sigamos. Después de saludar a todo el mundo como es debido, tocas un rato el piano para mí y te tomas un chocolate caliente. Luego te dejo sola si lo prefieres. Si no, me quedo a escucharte y me pongo con una de mis labores. Prometo no distraerte.

Sabía que acabaría distrayéndome. Aun así dije con toda la educación de la que era capaz que por mí podría quedarse. Lucie era tan lista que me leyó el pensamiento.

—No me crees, ¿verdad? —se rio—. Pues ya verás como no me muevo.

Finalmente, cruzamos la calle. Al rato llegamos a la puerta alta y blanca de la mansión de los Mardell. Nos abrió una robusta mujer rubia embutida en un mandil blanco con mangas. Me plantó un beso en cada mejilla y empezó a contarme una larga historia sobre mi «señor padre», a quien parecía apreciar mucho. Lucie me guiñó un ojo y dijo:

—Bertha, ya le contarás el resto otro día, porque mi padre nos espera.

Llamó a una puerta y acto seguido entramos en una estancia con tres escritorios en los que dos hombres y una mujer estaban trabajando con diligencia, sumando y restando unas cuentas interminables, hasta donde yo alcanzaba a ver. Salvina, bajita, gordita y morena, llevaba gafas y apenas

tenía cuello. Con la mirada puesta en Menie, se inclinó y me rodeó con los brazos. Menie sintió tal emoción al contemplar esa efusión maternal que se le humedecieron las gafas. Las secó con un pañuelo que luego se pasó por la cabeza prácticamente calva. Salvinia confesó que deseaba tener seis hijas. Me tocó otro beso. No fue hasta que estreché la mano sudorosa de Menie cuando me fijé en Gabriel. El arcángel Gabriel, en un traje negro desgastado con mangotes.

Sus intensos ojos azules me sonrieron con afabilidad. Irradiaba un atractivo tan inusual que me quedé observándolo con la boca abierta. Los cabellos cobrizos brillaban como si los iluminase un sol invisible para el común de los mortales. Sobre la frente alta y blanca caía un mechón desenfadado que tapaba una de las cejas oscuras. Las manchas de tinta que le afeaban los dedos no podían ocultar la noble forma de sus largas manos.

—¿Aviso a su padre, señorita Mardell? Creo que en este momento está libre.

—Gracias —le dijo Lucie.

Gabriel abandonó la estancia. Hasta ese instante no me había dado cuenta de lo gris y desagradable que era el despacho. La pintura de la madera se había desconchado y el papel pintado era muy oscuro. Como único adorno había un gran calendario de oficina lleno de garabatos indescifrables. Volvió a entrar Gabriel. Nos sujetó la puerta con caballerosidad. Era tan espigado y esbelto que le sacaba casi una cabeza a Lucie, a quien por esas fechas yo aún consideraba demasiado alta para ser mujer.

—Nunca puedo entrar a ver a mi padre sin avisar —me explicó Lucie por el pasillo—. Suele reunirse con personas muy importantes.

Llamó a una puerta que parecía hecha de miel solidificada. Una voz amable contestó:

—Adelante.

Entonces fue cuando pisé por primera vez el despacho del señor Mardell. Para mi asombro, no había muebles, a excepción de un escritorio y tres sillas. Las paredes se hallaban cubiertas por estanterías que ocupaban un tercio de su altura. Por encima de ellas colgaba un sinfín de cuadros. Detrás del escritorio, hecho de la misma extraña madera que la puerta, estaba sentado el padre de Lucie, un hombre alto y elegante de cabello castaño levemente encanecido en

torno a las sienes y con uno de esos rostros neutros de los cuales los *goyim* dicen que no parecen en absoluto judíos.

Al vernos entrar, se levantó y dijo muy serio:

—He aquí a la artista. ¿Cómo está su padre?

Esa misma pregunta me la volvería a hacer en cada encuentro. Para él, mi madre y su familia no existían. Le di las gracias y le contesté que mi padre se encontraba perfectamente. Luego le pregunté si podía contemplar los cuadros.

—Por supuesto. Ya me dirá qué le parecen.

El señor Mardell siempre me trataría como si tuviera sesenta y muchos años.

Aquellos cuadros no tenían nada que ver con los de casa de la abuela. Me resultaban de lo más insólito, sobre todo uno que retrataba a una mujer de color violeta con un vientre verde desdibujado. En la mayoría de los casos ni tan siquiera sabía distinguir qué representaban las pinturas, pero al menos no me causaban desazón.

—Y ahora deme su opinión —me dijo el señor Mardell en cuanto hube mirado todos los cuadros.

—Mi padre dice que usted sabe lo que es bello mucho antes de que lo sepan los demás —observé—, de modo que estos cuadros sin duda serán bellos algún día.

—¿Debo concluir que, a su juicio, ahora no lo son? —quiso saber el señor Mardell.

Me pareció infantil fingir, así que asentí con la cabeza.

—¿No hay ni un solo cuadro que merezca su aprobación?

Señalé un lienzo con una casita blanca rodeada de árboles, a orillas de un arroyo, en una tarde nebulosa de otoño. Unos pocos trazos de enérgico naranja marcaban el rastro que había dejado el sol poniente.

—Esa casa en octubre.

—¡Ay, qué niña más rara! —se rio Lucie—. ¿Y por qué habría de ser una casa en octubre?

—En ese cuadro es octubre —me empeñé—. Huele a hojas de jardín recién quemadas.

El señor Mardell me preguntó por qué me parecía una obra bonita.

—Porque es una casa tan feliz que a los habitantes les da igual que afuera

haga frío o calor —tartamudeé, insegura y tímida tras el comentario de Lucie.

—Venga, vamos a subir —dijo—. Si no, tendré yo la culpa de que no hayas podido tocar todo lo que quieras.

Otro guiño suyo bastó para que volviera a adorarla. Iba a despedirme del señor Mardell, pero me dijo que él también quería subir a escucharme.

—Si no tiene inconveniente.

Aquella mañana, una vez arriba, no me fijé en nada más que en el Steinway. Hay muy pocos pianos con alma; pues bien, el piano de cola de los Mardell era una de esas excepciones maravillosas. El padre de Lucie no nos acompañó por mucho tiempo. Antes de marcharse me dijo que podía ir a tocar cuando quisiera, incluso por la tarde. La casa tenía tantas habitaciones que mi presencia no estorbaba a nadie.

Lucie cumplió con su palabra. Se sentó con una de sus labores entre las manos y permaneció en silencio, de modo que yo pude disfrutar de la música sin que ella me molestara. Al mediodía empezó a recoger y anunció que me llevaría a casa.

—¿Estás segura de querer volver mañana? Piénsatelo bien —bromeó.

No se me ocurrió ninguna respuesta ingeniosa.

Mi familia me sometió a un auténtico interrogatorio, pero no solté prenda.

A la mañana siguiente, la «casa en octubre» colgaba de la pared junto al piano de cola.

—Mi padre me ha asegurado que puede seguir aquí mientras vengas a tocar —explicó Lucie—. Es un gran honor. Nunca antes ha sacado un cuadro de su despacho.

Al cabo de una semana me había convertido en la esclava de Lucie.

Si alguien me hubiera recordado que en un primer momento me pareció una chica flaca y larguirucha, lo habría negado con indignación. Me dijo desde el principio que la llamara Lucie, de modo que hacía rebotar su nombre en mi lengua como si de una golosina se tratase. Su hechizo radicaba sobre todo en que era muy distinta a las mujeres que me rodeaban. Hablaba poco, apenas se reía y era muy segura de sí misma.

Vestía ropas y colores que le sentaban bien, sin importarle que estuvieran o no de moda. En una época en la que todas las féminas lucían un corte masculino y la nuca afeitada, ella llevaba el pelo largo, con raya en medio y

moño bajo. Me alegré de que mi madre se hubiese opuesto a que me cortara la melena cuando se lo supliqué.

Por desgracia, mi cabello no era rubio y ondulado, sino lacio y negro como el carbón. Pregunté a mi abuela si sabía de alguien cuyo pelo hubiera cambiado de color de repente. Hasta donde ella sabía, el único al que le había ocurrido algo así era el conde de Montecristo, tras pasar una noche en una cueva en compañía de unos cuantos cadáveres. Se me antojaba una causa perdida.

La casa de los Mardell era una construcción sólida. El tableteo de las máquinas de escribir en las que tecleaban Menie y Salvinia no se oía en la estancia donde se encontraba el piano de cola. Siempre me costaba trabajo esquivar a la pareja en mi camino hacia la primera planta. ¡Cuánto gustaban de demostrarse mutuamente lo bien que se les daban los niños! Tampoco había manera de sustraerse a la locuacidad de Bertha. Aunque en alguna ocasión lograba escaparme en cuanto ella me abría la puerta, estaba condenada a sufrir su verborrea a la hora del café.

Lucie no siempre me acompañaba cuando subía a tocar el piano. A menudo salía de compras o iba a ver a sus amigas. En esos casos me hacía los honores el señor Mardell. Tomaba el café o el té conmigo, dependiendo de si era por la mañana o por la tarde.

Con cierta frecuencia me pedía que tocara algo para él, y cada vez que sobraba un poco de tiempo me llevaba hasta su despacho, donde, armado de paciencia, trataba de enseñarme una y otra vez a «ver» sus cuadros, por decirlo con sus palabras. No consentía que yo le regalase el oído. Como él mismo me explicaba con sorna, no le interesaba lo más mínimo volver a escuchar su propia opinión en mi boca, aunque le halagaba tener una alumna tan aventajada.

«Sea valiente y guarde silencio cuando no tenga nada que decir. De ese modo, en el futuro no dará la murga como la mayoría de las personas de su mismo sexo». A fuerza de los comentarios del señor Mardell, que no se cansaba de enseñarme su colección, poco a poco empecé a «ver». Un día, mientras estábamos sentados en su despacho después de la enésima visita guiada, me preguntó a bote pronto por qué soñaba con ser concertista, una profesión muy dura.

—Porque no hay nada en el mundo que me apetezca más que interpretar música a todas horas.

—Entiendo, pero no es fácil ganarse la vida con ello.

Acuciada por la insistencia de mi anfitrión, añadí que tras la muerte de uno de mis primos había ido a casa un hombre que tocaba el piano.

—¿Se refiere al hijo de Jankel Hofer?

—Sí..., Aron.

Por primera vez comprendí lo difícil que es expresar algo con palabras. No fui capaz de explicar al señor Mardell lo mucho que había querido a mi primo.

—No sabía que estuviese enfermo. Una tarde pregunté a mi madre si podía ir a jugar con él y ella me respondió que no se lo comentara a nadie pero que había sido muy malo y lo habían enviado medio año a un internado de Inglaterra. A una niña de cinco años seis meses le parecen una eternidad.

—Ya veo —asintió el señor Mardell—. Después, los años se van haciendo más cortos y las horas cada vez más largas.

No permitió que permaneciera callada por mucho tiempo. Quiso saber lo que había hecho al recibir aquella noticia.

—Fui a ver a mi mejor amiga, Mili.

—¿Tiene también la edad de Lucie?

Su pregunta me hizo estallar en risas.

—¡Qué va! Tiene dos años menos que yo, pero es muy lista. Mucho más que yo. Desde siempre. Es curioso, ¿no cree? Seguimos siendo amigas. Vamos juntas al colegio y...

El señor Mardell no me dejó escapatoria.

—¿Por qué fue a ver a su amiga aquella tarde?

—Porque quise comprobar cuándo exactamente regresaría mi primo. Mi madre me había dicho: «Volverá en medio año». Se lo pregunté a la niñera de mi amiga.

Aquello se había complicado más de la cuenta. ¿De veras habría de contarle todos los detalles al señor Mardell? Él consideró que sí.

—Mili estaba jugando al bingo con su niñera cuando yo entré por la puerta. Jugaba muy bien. No había quien la venciera. La tata hacía como que la dejaba ganar, pero estaba claro que Mili ganaba de verdad. Me senté con ellas

y pregunté a la tata: «¿Qué se entiende por “hoy más medio año”?», y ella me preguntó si me había vuelto loca.

La niñera no me tenía demasiado cariño. Quería tanto a Mili que le sentaba a mal que tocara mejor el piano que la niña de sus ojos. En todo lo demás, Mili me sacaba ventaja. De haber sentido mayor interés por la música, sin duda también habría tocado el piano mejor que yo.

—Mili me dijo en su balbuceo infantil: «Explica más mejor».

—Muy lista —observó el señor Mardell con gesto de aprobación.

—Ya lo creo, así es ella. Después de explicar que por el día de mi cumpleaños se entendía el 11 de marzo volví a preguntar qué se entendía por «hoy más medio año». En ese instante, la niñera exclamó: «¡Ay, no te sabes los meses! Mi Mili sí que se los sabe. ¡Venga, Mili!». Y Mili se dispuso a recitar la lista.

Se bajó de la silla y se colocó en postura de dicción, con las manos a la espalda y la pierna izquierda un tanto por delante de la derecha. Tenía una voz inusualmente profunda para una niña tan pequeña.

—Mili recitó: «En-eeero, febr-eeero, marrr-zo», y después pronunció una palabra tan larga como «junijuligostembroctubreviembreciembre».

El señor Mardell concluyó que Mili no me había ayudado mucho.

—Ya lo sé, pero al final, la tata dio la respuesta correcta: «hoy más medio año» era el 6 de mayo. ¿Y ahora podemos ver algún cuadro?

—Otro día —replicó el señor Mardell—. ¿Qué sucedió aquel 6 de mayo?

—Pregunté a mi madre si podía ir a buscar a Aron al tren. Se puso tan pálida que los polvos que se había echado en la nariz y la frente parecían de color naranja. Me miró con sus grandes ojos oscuros, aterrorizada y perpleja. Tan pronto como comprendió a qué me refería, dijo que Aron había partido a Estados Unidos, donde pasaría los siguientes diez años. Me pidió que no le escribiera ni se lo comentara a nadie, ya que mi primo había vuelto a portarse muy mal. No se lo comenté a nadie, pero un día, después de jugar con el hermano pequeño de Aron en la calle delante de la casa de la tía Nella, el hijo de los vecinos me preguntó si había jugado con el hermanito del niño que había muerto el año anterior.

El señor Mardell guardó silencio mientras examinaba atentamente su abrecartas.

—Aron no se portó mal —dijo al cabo de un rato.

No necesitaba contar al señor Mardell que a raíz de aquel descubrimiento me había quedado varios días en la cama sin probar bocado. Si bien acertaba a comprender que mi madre no había querido decirme la verdad para que no sufriera, debí resistirme a creer que Aron había sido malo.

—A los pocos días vino a vernos ese hombre que tocaba el piano, *monsieur Ercole*.

—¿Ercole?! —exclamó el señor Mardell, incrédulo—. Yo también me traté con él en tiempos. Pensé que llevaba muchos años... En fin, siga contando.

Monsieur Ercole vestía una holgada capa oscura y llevaba un sombrero negro de ala ancha sobre su indómita cabellera encanecida. Según aseguró a mi padre la robusta dama rubia en gabardina azul marino que le acompañaba, *monsieur Ercole* se encontraba perfectamente. En breve recibiría el alta y podría volver a su casa. La mujer anunció que pasaría a recogerlo unas horas más tarde.

Sin la capa y el sombrero, *monsieur Ercole* era un hombre de aspecto endeble y escuchimizado, pero tenía manos de mago.

—Se sentó al piano y empezó a tocar... Ignoraba que pudiera existir algo tan bello.

El señor Mardell no daba crédito.

—¿Nunca antes se había tocado el piano en casa de su padre?

—Sí, sí —me apresuré a contestar—, pero aquello fue distinto..., como un..., no se burle de mí..., se lo pido por favor.

—No acostumbro a burlarme de nadie.

—Era como un jardín con cascadas y mariposas al sol.

—¿Qué música tocaba?

—El *Primer impromptu* de Chopin. Le pedí que volviera a interpretar una y otra vez la misma pieza y así lo hizo. Cenó con nosotros y después ocurrió algo horrible.

—Me lo venía temiendo —dijo el señor Mardell.

—Fue culpa mía. Pregunté a *monsieur Ercole* si podíamos ir a algún concierto suyo. Me contestó que no daba conciertos y que solo tocaba de tarde en tarde para sus amigos. De pronto, lanzó unos alaridos al tiempo que se

ponía rojo como un tomate y empezaba a echar espuma por la boca.

—Ese pobre hombre está loco de remate —observó el señor Mardell—. Sostiene que sus enemigos lo encerraron para poder publicar como suyo un libro que él cree haber escrito.

—Fue muy desagradable. Mi padre se vio obligado a llamar al manicomio. Al encontrarse a *monsieur* Ercole pataleando en el suelo, la enfermera advirtió que en esas circunstancias no podría volver a su casa. Y todo por mi culpa.

En ese momento, el señor Mardell dijo algo muy extraño: que tuviera cuidado en no convertirme en una virgen imprudente. No capté el mensaje y él se dio cuenta.

—La muerte forma parte de la vida —explicó—. Incluso puede que sea la mejor parte de ella. No hay alegría sin sufrimiento. Son inseparables, igual que el sol y la sombra.

A su juicio, me había refugiado en la música tras sufrir un gran dolor a una edad demasiado temprana. Si bajaba la guardia, sería incapaz de afrontar con valentía las alegrías y las penas venideras y me quedaría con las manos vacías, como las vírgenes imprudentes de la parábola bíblica, que no se acordaron de llevar aceite.

—Los escribas sacudirían la cabeza si pudieran escucharme —se rio el señor Mardell—. Venga, voy a leérsela.

Mientras buscaba el pasaje en la Biblia que se hallaba como siempre encima de su escritorio me fue explicando lo que era una parábola, puesto que yo desconocía la palabra.

Fascinada, escuché cómo su plácida voz relataba aquella historia.

—Diez vírgenes salieron al encuentro del novio, cada una con su lámpara en la mano. Cinco de ellas eran imprudentes, y cinco prudentes. Las imprudentes, al tomar las lámparas, no se proveyeron de aceite, mientras que las prudentes junto con sus lámparas tomaron aceite en las alcuzas.

Como el novio tardaba, les entró sueño y se durmieron. A medianoche se oyó un grito: «¡Ya está aquí el novio! ¡Salid a su encuentro!».

Todas las vírgenes se levantaron y arreglaron sus lámparas. Las imprudentes dijeron a las prudentes: «Dadnos de vuestro aceite, que nuestras lámparas se apagan». Pero las prudentes replicaron: «No, no sea que no haya

suficiente para todas. Será mejor que acudáis a los aceiteros y compréis para vosotras».

Y mientras iban a comprar, llegó el novio. Las que estaban preparadas entraron con él a la boda, y se cerró la puerta. Más tarde llegaron las otras vírgenes rogando: «¡Señor, Señor, ábrenos!». Pero él respondió: «En verdad os digo que no os conozco».

—¡Qué malas! —exclamé—. ¿Tanto les hubiera costado prestar un poco de aceite? Son realmente muy malas. Desde luego, yo prefiero ser una virgen imprudente.

—Las otras salen ganando en este mundo nuestro —opinó el señor Mardell mientras alzaba la mirada—. De todas maneras, no se lo cuente a Lucie. Se va a enfadar conmigo si se entera de que mis palabras le han causado tristeza. No debería haberle preguntado por Aron —se arrepintió con una mueca de culpabilidad.

Aunque por lo común el señor Mardell me parecía más sensato que los otros adultos, era consciente de que no tendría ningún sentido tratar de hacerle ver que no estaba triste por Aron, sino por aquellas frases terribles: «se cerró la puerta», «no os conozco».

—Voy a tocar un poco el piano —anuncié.

4.

—Siempre me ha encantado viajar, porque resulta divertido ir en tren, pero ahora me alegro por primera vez en mi vida de haber llegado a alguna parte —le comenté una mañana a Lucie.

—Ay, ¿por qué eres tan complicada? —suspiró.

No era el primer esfuerzo que hacía por explicarle, siempre con mucha cautela, lo a gusto que me encontraba con ella en la tranquila habitación del piano de cola. Sin éxito. De modo que decidí darme por vencida. Tal vez ella no quería comprenderme, y si había algo que deseaba evitar a toda costa era importunarla. Solo faltaba que de repente me dijera «no vuelvas» o «viene otra niña» o «ya no tengo tiempo para ti».

Por lo visto, existían dos clases de personas: las normales, con las que se podía hablar, y las raras, a las que había que escuchar sin más. Así y todo, Lucie no era muy locuaz. Cuando estaba conmigo, solía estar absorta en sí misma, con el dulce rostro y la cabellera rubia inclinados sobre sus labores; en realidad, solo conversaba conmigo cuando Bertha traía el café o nos acompañaba su padre.

Llevaba unos días sin ver al señor Mardell a causa de nuestras desavenencias sobre las vírgenes prudentes e imprudentes. Aquella mañana volvió a subir y nos comportamos como si no hubiera pasado nada. Con él sí que se podía hablar. Le comuniqué que el día anterior había descubierto algo curioso. Mi abuela había tenido visita de una señora que, como acostumbraban a hacer todas, me preguntó qué impresión me causaba Amberes, y como siempre contesté que era una ciudad bonita. Sin embargo, mientras articulaba

aquellas palabras caí en la cuenta de que pensándolo bien, y pese a mis reiteradas estancias, no conocía más que el salón de unas cuantas viviendas.

Después de escucharme con su habitual cortesía, el señor Mardell dijo:

—Si lo he entendido bien, le apetece ver la ciudad. Pues bien, en esta casa contamos con un experto en la materia. Me refiero a Gabriel. No hay detalle que se le escape. Le pediré que suba.

Lucie se ofreció para ir a buscarlo. Mientras tanto, el señor Mardell me comentó que Gabriel era un chico con mucho talento.

—Dios sabe de dónde le viene. En todo caso, no de sus padres. Es lo que se dice un joven de humilde cuna y sin fortuna.

En ese momento entró Gabriel con paso tímido. El señor Mardell le invitó a que tomara asiento.

—Tenemos un grave problema, Gabriel. Nuestra joven amiga ha caído en la cuenta de que, a pesar de sus repetidas visitas a Amberes, sabe poco o nada de esta buena ciudad en la que, si no me equivoco, ella misma nació.

Asentí con la cabeza.

—Estamos de acuerdo en que esto no puede seguir así. Por eso te he hecho venir. Imagino que no te importará elaborar una lista de los monumentos que nuestra amiga no debe perderse.

Gabriel se sonrojó de pura felicidad.

—¡Oh!, es una ciudad maravillosa, jovencita. Es tan bella. Para empezar...

—Gabriel —le interrumpí—, se lo agradezco mucho, pero no corre prisa porque mi familia no me deja salir sola y están todos demasiado atareados para acompañarme.

—Puedo ir yo —sugirió Lucie con resolución—. Pregunta en tu casa si les parece bien que el domingo por la tarde salgas a dar una vuelta conmigo. Y si Gabriel tiene tiempo y ganas, quizá esté dispuesto a hacernos de guía. A mí también me gustaría aprender algo más sobre la ciudad. ¿Cómo es que la conoces tan bien, Gabriel?

—Quien ama con locura lo quiere saber todo —explicó Gabriel ruborizado—. Leo cada semana un libro sobre Amberes. No se figura usted cuánto se ha podido escribir sobre nuestra ciudad, señorita Mardell; además, desde siempre.

—Esos libros deben de ser caros. ¿Cómo los consigues? —quiso saber

Lucie.

—Existe una cosa que se llama biblioteca, hija mía —observó el señor Mardell.

—Ya lo sé —replicó Lucie disgustada—, pero cuando Gabriel sale de trabajar, ya no está abierta.

—Lleva usted razón, señorita Mardell, pero en la biblioteca hay una joven empleada que es tan amable de seleccionar los libros para mí y llevarlos a mi casa. Yo los recojo por la noche y se los devuelvo en cuanto los termino de leer.

—Menudo engorro —opinó Lucie—. Con todo el tiempo que me sobra a mí... Ahora que Gittel y yo vamos a convertirnos por así decir en tus discípulas, propongo que sea yo quien vaya a buscar esos libros.

—Es todo un detalle de su parte, señorita Mardell, pero apenas me atrevo a aceptar semejante favor.

El señor Mardell se levantó y pasó la mano por el pelo de Gabriel.

—Yo que tú no lo dudaría ni un solo instante, chico. Mi hija no sabe qué hacer con su tiempo. Adiós, reinas, a nosotros nos toca volver al tajo.

El señor Mardell abandonó la estancia rodeándole los hombros a Gabriel con el brazo.

—Tu padre trata muy bien a Gabriel, ¿verdad?

—Sí —contestó Lucie—. Le tiene mucho cariño. Al parecer es una lumbrera. Y ahora ponte a tocar un poco el piano.

Me costó trabajo obtener permiso para dar un paseo con Lucie la tarde del domingo; para mayor seguridad decidí no aludir a la presencia de Gabriel. Mi madre estaba decidida a imponer su veto, pero, como de costumbre, mi abuela se veía en un dilema al tratarse nada menos que de los Mardell. Al final, fue la voz de Rosalba la que resultó determinante.

—¿Por qué negarle esa oportunidad? —insinuó, una vez más fiel a mis intereses—. Hay que reconocer que la pobre aquí se aburre. Freddie y Charlie le quedan grandes y los otros niños son muy pequeños. Está con todos y con nadie. Seguro que la compañía de la distinguida señorita Mardell no le hará ningún daño.

Mi madre dijo que no entendía qué podía aportarme aquella solterona.

—¿Qué edad tiene? Podría ser tu madre.

En efecto, era ya toda una anciana: tenía veintinueve años. Por esa razón, su amistad se me antojaba especialmente valiosa, pero de eso no debía enterarse nadie.

Cuando Lucie pasó a buscarme aquel domingo por la tarde, volvió a deshacerse en atenciones para con mi abuela. Tan pronto como la puerta de casa se cerró tras de nosotras nos precipitamos a la bocacalle más cercana, donde nos esperaba Gabriel. Tenía tan solo un traje, el traje negro que llevaba en el despacho, pero para el paseo se había comprado un sombrero de paja y una pajarita verde.

—¡Ay, Gabriel! —exclamó Lucie aun antes de que a mí me diera tiempo a saludarlo—. Quítate ese adefesio ahora mismo. ¿Cómo se te ocurre ponerte algo así encima de la cabeza? Te queda fatal.

Gabriel se puso colorado hasta las orejas y arrojó el desafortunado sombrerito a la calzada. Se negó en redondo a recogerlo.

—¿Y la pajarita? ¿Tampoco está bien? —preguntó con humildad.

Lucie ladeó un poco la cabeza y contempló la prenda con los ojos entornados.

—Demasiado verde —sentenció—, pero no vayas a tirarla, porque en ese caso no me atreveré a volver a comentarte nada más.

Les entró tal ataque de risa que se les saltaron las lágrimas.

Lucie anunció que me había traído chocolate. Capté la indirecta y admiré su delicadeza. Ella sabía que Rosalba me cebaba como a un ganso de engorde antes de cualquier salida para que no fuera capaz de tragar un solo bocado y salvaguardara así el honor de la familia. Tras mi rechazo, Lucie pudo ofrecer el chocolate a Gabriel sin herir su orgullo. El chico devoró las chokolatinas. Según nos dijo, siempre tenía hambre.

—Es porque estás en pleno crecimiento —bromeó Lucie.

Gabriel replicó que, con veintitrés años, un hombre ya no crece.

—Primero vamos a la catedral —propuso—. ¿Has entrado alguna vez, Gittel?

Yo no había entrado nunca en ningún monumento.

En opinión de Gabriel, no había virgen más hermosa en el mundo que Nuestra Señora de Amberes. Lucie le preguntó cómo podía saberlo si no había visitado otros países. Gabriel había visto imágenes de otras muchas vírgenes y sus rostros le parecían melifluos e insulsos comparados con el semblante misterioso y severo de la «nuestra».

—No es nuestra —objetó Lucie—. Nosotros no somos católicos.

Gabriel, en cambio, consideraba que pertenecía a todas las personas nacidas en Amberes. Habrían seguido discutiendo si él no hubiera añadido de inmediato que era amberino de nacimiento por causa de un triste accidente. De camino a Canadá, su familia había sido alojada en un recinto para emigrantes junto al puerto. Cuando su padre salió a comprar algo de comida, lo atropelló el carro de un cervecero.

—Murió en el acto. Yo nací dos meses antes de tiempo. Por puro miedo. Después, mi madre ya no quiso seguir hasta Canadá. Hoy día aún no me explico cómo consiguió quedarse —Gabriel lanzó un suspiro—. Mi madre es una mujer muy valiente. Nos ha criado a mis hermanas y a mí en solitario y todavía ahora se mata trabajando. Por nosotros. No puede evitarlo, aunque ya no hace falta, puesto que mis hermanas están casadas y yo tengo un buen trabajo.

—Depende —replicó Lucie—. A mí me parece que mi padre te paga muy poco. Y no solo a ti. También a Salvinia y a Menie. Con tan mísero sueldo, esos pobres están condenados a ser novios para siempre. Tendré que leerle la cartilla.

Gabriel le suplicó que no se entrometiera:

—Nos enseña a pensar y a actuar por nuestra cuenta. Trabajando dos años bajo su mando se aprende más del oficio que en doce años en uno de los grandes bancos.

Lucie se encogió de hombros.

Era un agradable día de primavera. En las calles inundadas de sosiego dominical, nuestras sombras nos guiaban trotando afanosamente por los irregulares adoquines. Íbamos por la calzada para que Gabriel pudiera señalarnos mejor los edificios que consideraba de nuestro interés. Me compadecía de Lucie. Caminaba con orgullo, sus pies pequeños y esbeltos

enfundados en unos zapatitos elegantes de tacón que realzaban sus finos tobillos y su pronunciado empeine. Desde luego, no era el calzado más conveniente para afrontar aquellos temibles adoquines. Era obvio que Lucie sufría, pero seguía caminando sin rechistar.

No se veía la torre de la catedral, empaquetada en una telaraña de andamios. Primero, Gabriel nos condujo hasta la fuente gris de Quentin Metsys, junto a la catedral, cuyo forjado también se hallaba, según él, entre los más bellos del mundo.

—El amor convierte al herrero en pintor —leyó Lucie descifrando las letras talladas en la piedra de la fuente—. ¿Qué hará el amor contigo, Gabriel?

—Me volverá loco. De hecho, ya lo estoy —respondió el joven mientras miraba a Lucie con tal enfado y dureza que me llevé un susto.

¿Qué se había creído ese mico? ¿Cómo se atrevía a fulminar a Lucie con la mirada? Ella era tan bondadosa que se limitó a sonreír.

—Pues sí, no haces más que decir tonterías —dijo al fin.

Gabriel bajó los ojos. La luz del sol encendía chispas en sus cabellos rojizos y sus oscuras pestañas eran tan exageradamente largas que proyectaban sombras en abanico sobre sus escuálidas mejillas.

—De los guías turísticos se espera que cuenten bobadas. Son gajes del oficio —concluyó—. En esta visita las suprimiré para no volver a incordiarla.

Una vez dentro de la catedral, Gabriel nos mostró una angosta franja de cobre incrustada en diagonal entre las losetas.

—Esto es un meridiano. Al mediodía lo ilumina el sol a través de aquel agujero.

Gabriel nos señaló una abertura en una ventana. Me abrumó con sus conocimientos. Teníamos mucha suerte: era insólito encontrarse las cortinas del *Descendimiento de la cruz*, un tríptico pintado por Rubens, descorridas.

—Apuesto a que, según tú, es el tríptico más bonito del mundo —le susurró Lucie con sorna.

—No lo digo yo solo —replicó Gabriel, malhumorado—. Lo dice cualquiera que tenga una mínima idea de pintura. Fíjese en esos colores que brillan como preciadas joyas.

Me sentí culpable por no saber apreciar la belleza de aquella poderosa obra.

La catedral se hallaba vacía, a excepción de algunos otros visitantes y las típicas mujeres afligidas y enlutadas que se pasan el día rezando en el templo. Nuestra Señora de Amberes lucía un atuendo de brocado azul respunteado con un sinfín de perlitas. Llevaba en brazos a un niño Jesús con corona de plata, prácticamente de idéntico tamaño que ella misma.

—Lo único que uno no olvida nunca de todo este esplendor —musitó Gabriel— es el rostro pálido y misterioso de Nuestra Señora.

Lucie la encontró demasiado severa. Gabriel, que parecía saberlo todo sobre la imagen, observó:

—Sí que tiene la mirada severa. Ella no se conforma con que las oraciones se mascullen entre dientes: hay que rezar con el corazón.

Lucie me susurró que era un chico muy raro. Me alegré de hallarme de nuevo en la calle inundada por el sol; el olor a incienso y el sagrado silencio que reinaba bajo aquellas bóvedas de gran altura habían causado en mí una extraña sensación de agobio y tristeza.

—Una de las maravillas de esta ciudad es que desde tiempos remotos ha sabido comprender tanto a obreros como a soñadores —prosiguió Gabriel—. Le hace un hueco a cualquiera, con independencia de que viva con los pies en el suelo o la cabeza en las nubes.

Nos contó cómo el pintor del tríptico había sido confidente de reyes y, ya muy anciano, había conseguido casarse con la muchacha más bella de Amberes.

—La joven se vengó de él engañándolo con todo aquel que se cruzara en su camino —observó Lucie con desprecio, dando lugar a la enésima disputa, que se prolongó por varios minutos.

Esa sucesión de enfados sin fundamento empañó la ilusión con la que me había sumado al paseo. La actitud de Lucie era en *cierto* modo comprensible, puesto que le debían de doler los pies. En cambio, las salidas de tono de Gabriel me parecían de una impertinencia inaudita. Si el señor Mardell hubiera estado con nosotros, le habría puesto rápidamente en su sitio.

En el fondo, Lucie se mostraba demasiado paciente con ese sinvergüenza. Para colmo, no se le ocurrió nada mejor que preguntarle dónde se situaba él: ¿en la categoría de los trabajadores o en la de los soñadores?

—No tengo más remedio que trabajar —respondió Gabriel—, pero no me

importa. Me alegro de estar en el sector financiero, que ha contribuido de forma significativa a la grandeza de la ciudad. De poder elegir, me quedaría con un empleo en el puerto, pero por ahora eso no es posible.

Gabriel nos llevó hasta el Escalda, cuyas aguas despaciosas bañaban el luminoso cielo primaveral en reflejos de nácar. Habituada al mar, el río me decepcionó, pero no dije nada. Gabriel nos hablaba de grandes buques cargados de especias aromáticas, marfil, oro y maderas preciosas que venían de tierras lejanas.

—Ahora me explico por qué en esta ciudad abundan las casas de marfil y de oro —se mofó Lucie.

Con mirada furiosa, Gabriel le espetó que era muy fácil burlarse de todo. A continuación nos habló de los amberinos que ni marchándose a trabajar al extranjero lograban olvidarse de su ciudad; en sus años de vejez regresaban para obsequiarla con el mayor o el mejor de los tesoros que hubieran acumulado en sus viajes, decididos a incrementar el esplendor de su amada Amberes.

—Del mismo modo que aquel viejo pintor no se cansaba de engalanar una y otra vez a su rubia y joven esposa con flores y alhajas para resaltar su resplandeciente belleza.

Le temblaban las comisuras de la boca por la risa contenida. Temí la reacción de Lucie, pero se limitó a preguntar con mucha dulzura si él también planeaba aportar su grano de arena a la gloria de la ciudad.

—Yo no soy más que un pobre forastero judío —contestó Gabriel—. Amo a esta ciudad como solo puede amarla una persona pobre, judía y forastera. Usted no puede entenderlo, señorita Lucie. Para alguien que vive en una mansión con un espacioso jardín, los edificios y los parques de la ciudad tienen mucha menos importancia que para un muchacho pobre como yo. De la misma manera, el amor que pueda sentir un forastero consciente de que llegará el momento en que tenga que partir es siempre más intenso que el de quien sabe que puede permanecer para siempre con su amada. Hasta usted debería ser capaz de comprender la gratitud que profesa el judío al lugar en el que pueda residir sin ser perseguido.

—No es cierto lo que dices —replicó Lucie—. Entre mis compañeras de clase había chicas cuyos antepasados hicieron mucho por la ciudad. Su amor

era incluso más fervoroso que el tuyo.

—Tal vez lleve usted razón —admitió Gabriel—, pero no por eso yo dejo de ser un pobre forastero judío que jamás podrá hacer nada por esta ciudad.

Según parece, estoy destinado a albergar ideales inalcanzables.

—Nada ha de ser inalcanzable para ti —objetó Lucie, realmente angelical—. Solo hace falta un poco más de valor y autoconfianza.

A mi modo de ver, a Gabriel le sobraba confianza en sí mismo. Respiré aliviada cuando anunció que había llegado la hora de volver a casa.

—He prometido a mi madre que blanquearía la alacena y revestiría las tablas de madera con linóleo. El próximo domingo tengo más tiempo. Adiós, señorita Mardell. Adiós, Gittel.

Gabriel se despidió con un apretón de manos y salió corriendo como si el diablo le pisara los talones.

—Cuánto no temerá a su madre para correr así —observé.

Lucie no dijo palabra. Nos dirigimos en silencio a casa de mi abuela. Al llegar, Lucie me preguntó si el paseo me había gustado lo suficiente como para repetir la experiencia la semana siguiente.

—Te he visto muy callada —me dijo—. ¿Estabas aburrída?

No me había aburrído en absoluto, al contrario. Le aseguré que sería un auténtico placer volver a acompañarlos. Despedí a Lucie con la mano mientras se alejaba.

En el camino de vuelta había pensado qué debía contar a mi familia. Estaban jugando al *whist*. Me preguntaron distraídos adonde habíamos ido y les contesté que había paseado con la señorita Mardell a orillas del Escalda. En una deliberada maniobra diplomática, no mencioné la visita a la catedral. Rosalba estaba zurciendo calcetines. Era la única que hacía caso a mi relato. Según me comentaba entre susurros, saltaba a la vista que había pasado una tarde magnífica. Ya me ayudaría a volver a obtener permiso para salir de paseo.

De hecho, su ayuda resultó ser imprescindible. Al domingo siguiente, lloviznaba. Mi abuela vaticinó que Lucie y yo contraeríamos una pulmonía si salíamos a la calle en semejantes circunstancias climatológicas.

Lucie prometió que no me caería una sola gota encima.

—Iremos en tranvía al museo y después me llevaré a Gittel a tomar el té.

Rosalba cumplió su palabra: acudió en nuestro auxilio anunciando que había dejado de llover. Transcurridos los cinco minutos de rigor en los que Lucie colmaba a mi abuela de halagos, por fin pudimos marcharnos.

—¿Siempre te lo ponen tan difícil para salir? —quiso saber—. ¿Cómo aguantas tanta tontería?

No supe qué contestarle. Jamás me había parado a pensarlo.

Por lo visto, Gabriel ya llevaba un buen rato esperándonos en la esquina de la calle, porque tenía el pelo completamente mojado. Después de saludarnos, Lucie le dijo que había reflexionado sobre el último comentario del domingo anterior. Para mi satisfacción, aseguró que se le antojaba un auténtico disparate.

—Mi bisabuelo también era forastero y, como bien sabes, llegó muy lejos.

—Fueron otros tiempos —replicó Gabriel—. Además, tenía ya mucho dinero cuando llegó aquí. Y sin duda era mucho más inteligente que yo.

—Según mi padre, tienes mucho talento para las finanzas.

—¿En serio? —preguntó Gabriel, sonrojándose de orgullo—. Quién sabe si con el tiempo llegaré a ser un banquero famoso. Hace poco vino a vernos un inglés a la oficina. Me ofreció trabajo. A lo mejor acepto. Las perspectivas son buenas. En cuanto haga fortuna, vuelvo, mando construir una casa repleta de obras de arte y, tras mi muerte, la dejo por testamento a la ciudad.

Ante su observación de que yo también debería aportar algo a mi ciudad natal, le prometí en un arrebatado de generosidad que tan pronto como me convirtiera en la pianista más afamada de Europa daría todos los años un concierto benéfico. Después preguntamos a Lucie qué pensaba hacer ella.

—Yo solo valgo para hacer de público —contestó—. Iré a admirar el palacete de Gabriel si para entonces aún se digna recibirme y me sentaré en la primera fila de la sala de conciertos para ovacionar a Gittel.

El museo estaba cerrado. Decidimos ir en tranvía hasta el Escalda, que fluía desolado y gris bajo la lluvia.

—Un día como hoy ni siquiera tú podrás cantar las alabanzas de tu querida ciudad —se rio Lucie.

Sin embargo, Gabriel insistió en que no porque lloviera había que amarla menos. Sería una clara muestra de infidelidad, como cuando de pronto se deja de querer a alguien porque ha tenido la mala suerte de resfriarse.

Ante la imposibilidad de seguir haciendo turismo, Lucie nos invitó a tomar gofres en un café del muelle. Éramos los únicos clientes. La lluvia que arreciaba con fuerza contra las largas y estrechas ventanas confería un aire acogedor al local intensamente alumbrado, en cuyas paredes abundaban los espejos. Un somnoliento camarero entrado en años, con delantal verde, nos trajo una pila de gofres en una bandeja de cobre: calentitos, crujientes y deliciosos, con una gruesa y pegajosa capa de azúcar glas que rezumaba grasa.

—Si entornas los ojos, parece una acera amarilla cubierta de nieve fundida —comenté a Gabriel antes de escupir, horrorizada, el trozo de gofre que tenía en la boca.

Gabriel creyó que me había topado con un pelo o una piedra, pero fue mucho peor. Lo que había sentido a través del inocente sabor a vainilla del azúcar glas era el pecado. Lucie frunció las finas cejas y me reprochó que era demasiado mayor como para hacerle ascos a la comida. Sin embargo, no pude evitarlo al caer en la cuenta de que los gofres ciertamente no eran *kósher*, sino que con toda probabilidad habían sido preparados con manteca de cerdo.

Gabriel se mostró comprensivo y me consoló diciendo que Nuestro Señor no me tomaría a mal que hubiera pecado sin querer. Lucie, en cambio, soltó una risa burlona y desafiante:

—Ya llevas cuatro y apuesto a que te los has comido con gusto, ¿o no?

—Sí, están buenísimos —reconocí, abatida.

—Pues en ese caso, ¿por qué no te tomas también el último? —me instó Lucie—. Si has pecado cuatro veces, no pasa nada por pecar una vez más, ¿o es que no te atreves?

Compartí el último gofre con Gabriel. Me costaba trabajo pecar con premeditación.

Lucie estaba pletórica. Nos tomaba el pelo a Gabriel y a mí y no paraba de soltar dislates, como por ejemplo:

—¿Por qué no vamos el próximo domingo a Lier a visitar el beaterío? Así aprovecho para pedir que me hagan un hueco, porque va siendo hora de que me meta a beguina.

Lucie me explicó que en el beaterío solo vivían mujeres solteras de cierta edad. En ese preciso instante, Gabriel se levantó de golpe y anunció que había prometido a su madre que pintaría la escalera. A mi pregunta de si acaso no le

apetecía seguir acompañándonos contestó:

—Claro que sí, pero no soporto las tonterías.

Volvió a sentarse, con los ojos clavados en el plato lleno de migas. Lucie pidió al camarero que llamara un taxi, fiel a su promesa de protegerme de la lluvia.

Después de dejarme en casa de la abuela, Lucie siguió con Gabriel, que se había acurrucado en el suelo del automóvil para que nadie le viera. Lo llevaría a él también, ya que había salido sin abrigo.

Desde que me trataba con Lucie no había regresado a la isla y tampoco había vuelto a saber nada de Klembem, el hombre araña. La mañana siguiente a aquel domingo escuché de pronto su desagradable voz de pito. Klembem vivía en lo alto de una montaña cerca del Polo Norte, en una telaraña cuyos hilos eran gruesos como cables. Tenía el cuerpo y las patas de una araña, solo que infinitamente más grandes. Las patas terminaban en manos humanas, y la cabeza, también humana, lucía unos ojos rojos como la sangre.

Sentí su aliento gélido y tóxico en mi nuca al escuchar cómo el señor Mardell regañaba a Lucie con voz severa por haber dejado que Gabriel se resfriara. ¿A quién se le ocurría caminar durante horas bajo la lluvia con un pobre muchacho de pulmones delicados? En un intento por defenderla, conté que solo habíamos tomado unos gofres en un café debidamente caldeado y que Lucie había llevado a Gabriel a casa en taxi. Mis comentarios parecían irritar aún más al señor Mardell. Fue entonces cuando Klembem soltó una de sus terribles risas maliciosas: «Esto va por mal camino. Te lo estabas pasando demasiado bien».

—No te preocupes, papá —tranquilizó Lucie a su padre—. Ya verás como Gabriel se recupera enseguida.

Dos días más tarde, Gabriel seguía sin aparecer. Lucie me propuso que fuéramos a hacerle una visita para interesarnos por su salud y llevarle algo de comer como regalo.

—Bah, en mi casa no me dejarán —le contesté—. No hace falta ni preguntar. Tendrán miedo a que me contagie.

—Podemos ir esta mañana —sugirió Lucie—. Lo hecho hecho está.

—En ese caso no tengo por qué comentarles nada...

—Tú verás... ¿Qué crees que le gustaría a Gabriel?

Lucie fue a la cocina y, al rato, regresó con una bolsa repleta de latas de sardinas, salmón y compota. Yo tenía el dinero justo para comprar unos limones, que según mi abuela eran el único remedio de probada eficacia contra el resfriado. Lucie no había reparado en ese detalle y me dijo que le parecía un plan excelente. Al bajar la escalera nos topamos con el señor Mardell, que venía de acompañar a uno de sus clientes hasta la puerta de la calle.

—Salimos a llevar a cabo una obra de caridad por expreso deseo de Gittel —anunció Lucie mientras me daba tal pellizco en el brazo izquierdo que apenas pude contener un grito—. Vamos a hacerle una visita a Gabriel cargadas con limones, otra idea de Gittel.

—Salúdale de mi parte y deséale una pronta recuperación —le pidió el señor Mardell, y tras un leve titubeo añadió—: ¿Por qué no darle, además, una pequeña alegría? Dile que en cuanto se mejore le comunicaré una buena noticia.

—¿A qué te refieres, padre? —quiso saber Lucie, pero el señor Mardell era de la opinión de que las mujeres son incapaces de guardar un secreto.

—Ya se lo diré yo en persona.

Bajo la mirada vigilante de Lucie adquirí mi aportación personal al restablecimiento de Gabriel. Nos vimos de nuevo obligadas a ir en taxi, puesto que no podía llegar con retraso a casa si quería ocultar nuestra escapada a mi familia.

El taxista nos dejó en una calle miserable, delante de un mercado de verduras donde se vendían limones por un precio bastante inferior al que había pagado yo en la tienda selecta donde solía comprar Lucie, aunque los míos eran mucho más grandes y hermosos.

—Vive con su madre en la primera planta de esta casa —dijo Lucie.

Tiró con fuerza de la cuerda que colgaba de una campanilla pintada de negro. Esperamos un buen rato. De repente, se abrió una ventana por encima de nosotras y una voz estridente de mujer nos preguntó quiénes éramos y qué queríamos. Lucie enmudeció como por arte de magia, de modo que me tocó a mí hablar. Al rato, la dueña invisible de la voz gritó que nos abriría la puerta.

Entramos en la casa y subimos la empinada escalera absolutamente desconchada. Los peldaños se hallaban cubiertos de periódicos a modo de alfombra.

—Gabriel iba a pintar la escalera, ¿recuerdas? —me susurró Lucie—. Pues no ha llegado muy lejos.

Los tres escalones superiores lucían un barniz gris claro impecable.

Klembem por poco se cae de su telaraña de la risa: en lo alto de la escalera nos aguardaba yaya Hofer. Consternada, solté la bolsa con los limones. El papel se rompió y tuve que lanzarme a la persecución de los frutos, que, para mi exasperación, iban dando botes por la escalera como tres picaros duendes amarillos. Cuando volví a subir, sin aliento, me encontré a Lucie tartamudeando. Yaya Hofer la escuchó un rato sin abrir la boca. Finalmente, le dijo:

—No soy la madre de Gabriel. Ella está arreglando la habitación. No esperaba recibir tan ilustre visita a esta hora del día.

Apretujadas en aquel pasillo oscuro y estrecho, donde la pobreza se palpaba en el olor a col y a colada, nos quedamos escuchando el ruido del ajeteo que se producía detrás de una de las dos puertas.

—Imagino que habrá terminado ya —dijo yaya Hofer en un momento dado para acto seguido anunciar a gritos—: ¡Vamos a entrar!

Abrió la puerta que daba a la parte delantera de la casa y nos invitó a pasar a una habitación alargada y estrecha.

Gabriel yacía con las mejillas encendidas y los ojos brillantes bajo una montaña de mantas en un catre junto a la ventana. A su lado, una mujer pálida y enjuta de cabello cano sostenía una mopa entre sus huesudas manos. Se mostraba igual de tímida que nosotras. Nos dijo que tomáramos asiento y después salió murmurando que iba a hacer té.

—¿Cómo te encuentras, Gabriel? —preguntó Lucie con voz ronca—. Te transmito los saludos de mi padre. En cuanto te mejores, te dará una buena noticia.

—Un aumento de sueldo —observó yaya Hofer—. Sinceramente, debería haber llegado mucho antes.

En el centro de la habitación había una mesa rectangular demasiado grande, con seis sillas en rígida formación. Junto a la puerta se alzaba un

aparador alto y anticuado con puertas donde alternaban cuadritos de vidrio verde y granate. En el lado opuesto, una estufa redonda ardía al rojo vivo. Encima de la mesa, sobre el mantel de ganchillo blanco, había un pollo asado y un gran bote de mermelada.

Lucie vació la bolsa de la compra.

—Mira lo que te traemos, Gabriel. Y Gittel te ha comprado unos limones con su dinero.

Gabriel, que se parecía aún más al arcángel homónimo que de costumbre, nos dio las gracias entre susurros.

—Haz el favor de callarte —le riñó yaya Hofer—. El resfriado se ha ensañado con tus cuerdas vocales, así que queda tajantemente prohibido hablar. Además, acabo de hincharte a infusiones de tila —luego se dirigió a Lucie—: Sabrá que los catarros solo se curan sudando y meando sin parar.

Al contrario que Gabriel y yo, Lucie no estaba habituada a las salidas de tono de yaya Hofer y se puso pálida. Sin darse cuenta, Gabriel bromeó:

—Si quieres que pruebe ese pollo tan rico, no seas tan mandona, tía Lea.

Yaya Hofer se rio y le tiró del pelo. Una de dos: o pedía explicaciones o me moría de curiosidad.

—¿Es tu tía?

Gabriel negó con la cabeza.

—No es mi tía, pero es como si lo fuera, porque es la mejor amiga de mi madre y mía, la única que tenemos...

—¡Tú, cállate de una vez! —le ordenó yaya Hofer—. Ya contesto yo a esas preguntas. Cuánta *jutzpá*, Gittel, eres una atrevida. ¿Qué más quieres saber? Pero déjame que antes te diga una cosa: apuesto a que tu abuela no tiene ni idea de que estás aquí. Me la conozco. Jamás en la vida te lo hubiera consentido. Aquella es una casa de locos. Si por ellos fuera, te tendrían bajo una campana de cristal. ¡Bah!

Sabía de sobra que no iba a contradecirle ni aunque tachara a mi familia de *meshuga*^[12].

Guardamos silencio hasta que volvió a aparecer la madre de Gabriel. En el ínterin me dio tiempo a pensar que yaya Hofer estaba distinta. No llevaba el extraño tocado negro con escarapela a un lado que lucía invariablemente cuando iba a ver a mi abuela. Esta sostenía que en alguna gruta debía de haber

un esclavo que se pasaba el día confeccionando sombreros para yaya Hofer y que por suerte, tan pronto como ese esclavo muriera, aquel oficio entraría a formar parte del catálogo de las artes extinguidas. Pensé también que desconocía la edad de yaya Hofer. Para mí era intemporal, como mi abuela y Rosalba.

La madre de Gabriel traía una bandeja de estaño con una tetera y cinco vasos. La depositó sobre la mesa y nos sirvió un té a los cuatro. Yaya Hofer le propuso que «atacáramos» el bote de mermelada. Sin esperar respuesta, sacó rápidamente unos platos del aparador y echó en cada uno de ellos una generosa cucharada de confitura. Para mi sorpresa, estaba deliciosa. Yaya Hofer dio de comer a Gabriel como a un bebé, obligándole a permanecer arropado hasta la barbilla. Gabriel no sentía ningún temor hacia ella. Es más, hasta se atrevió a darle un par de mordiscos inofensivos en la mano.

—¡Granuja ingrato! —exclamó yaya Hofer entre risas—. ¡Estate quieto o vas a cobrar!

—No sería la primera vez —replicó Gabriel con voz carrasposa.

—¡Y tanto! Nos conocemos desde hace mucho tiempo. Va siendo hora de que pienses en contraer matrimonio. Tengo la mira puesta en una muchacha encantadora. Tiene menos de dieciocho años y no le falta el dinero. Soy partidaria de que la gente se case joven y con alguien de su misma condición. No quiero que salgas malparado como mis hijos, tan tercos los dos que no me hicieron ni caso.

De repente, la madre de Gabriel se volvió locuaz. Muy apenada, nos habló de la tremenda desesperación que había sentido en aquel hospital, con el recién nacido Gabriel en brazos, en un país extraño cuyo idioma desconocía. Hasta que se hizo el milagro. De pronto, se había acordado de que en la ciudad debía de vivir una antigua compañera de colegio. Afortunadamente, una de las monjas de la maternidad era polaca como ella. Tras mucho esfuerzo, la hermana dio con la dirección y llevó una nota. Menos de una hora más tarde, yaya Hofer se presentó en el hospital con ropa y comida y todo cuanto uno se podía imaginar. Llegados a ese punto de la historia, yaya Hofer relevó a la madre de Gabriel:

—Y aunque ahora no se diría, aquel mocoso era el bebé más guapo que he visto nunca. Las monjas decían: «Parece el niño Jesús». *Lehavdil*^[13]. Desde

aquel día considero a Gabriel como mi tercer hijo.

La palabra *lehavdil* se musitaba cuando alguien comparaba sin querer a una persona sana con un enfermo, o a una persona viva con un muerto. Fuera de contexto, era un término hebreo inocente que no significaba otra cosa que «salvando las distancias», pero se creía que, articulado inmediatamente después de uno de esos deslices, apaciguaba a los malos espíritus. La cara de susto de Lucie dejó de manifiesto que no había entendido nada. Me propuse explicárselo en cuanto saliéramos de allí.

—Tenemos que irnos, Gittel —anunció—. Adiós, Gabriel. Cuídate mucho.

Yaya Hofer no consintió que nos aproximáramos a él para despedirnos, de modo que le saludamos desde la distancia. La madre nos estrechó la mano con expresión sombría, asegurándonos que, pese a llevar una vida muy dura, se sentía asombrada y agradecida al comprobar que había tantas buenas personas en el mundo. Con todo, no había palabra agradable que su voz no transformase en queja o reproche.

Yaya Hofer nos acompañó hasta la escalera. Antes de dejarnos, me agarró la barbilla y me obligó a mirarla a los ojos.

—Si tú no dices nada, yo tampoco lo haré —afirmó.

Fue un gran alivio. Aun así, Lucie se echó a llorar en el taxi de vuelta a casa. Al no comprender por qué lloraba, no pude consolarla.

Al final de la semana, Gabriel se reincorporó al trabajo. Tan educado como siempre, vino a darnos las gracias por nuestra visita. Se alegraba de estar mejor y de poder viajar a Lier con nosotras el domingo siguiente.

5.

Nuestras estancias en Amberes obedecían a un patrón fijo. Cuando mi madre me llevaba de visita a casa de la baronesa, sabía que nuestra escapada tocaba a su fin. Recién llegadas, mi abuela se mostraba benevolente con nosotras, pero ese estado de gracia no solía prolongarse por mucho tiempo, ya que mi madre enseguida se ponía a discutir acaloradamente con el tío Freddie, el hijo menor de la abuela y su ojito derecho. Irritada por las continuas embestidas contra su tesoro más preciado, se las arreglaba muy bien para hacernos entender sin palabras que ya no soportaba nuestra presencia. Cuando eso sucedía no nos quedaba más remedio que pasar el día fuera y volver solo para dormir. Era el momento de ir a ver a las tías, que también terminaban por hartarse de nosotras. Entonces era cuando echábamos mano de nuestro último recurso: la baronesa Bommens.

Aquella vez, a causa de mi amistad con Lucie, había prestado escasa atención al inexorable curso de los acontecimientos. Ella me acompañó, como de costumbre, hasta la puerta de la casa de mi abuela y me sugirió que pidiera permiso para ir a Lier el domingo. Sin embargo, nada más pisar el vestíbulo supe que estaba todo perdido. Ya se había desatado el gran drama del último acto.

En lo alto de la escalera estaban mi abuela, el tío Freddie y mi madre, que proclamaba con esa teatralidad tan habitual en ella:

—No me pienso quedar ni un solo día más en esta casa, ¿entendido? Mañana nos marchamos. Ven, Gittel, vamos a ver a la baronesa. Ella al menos nos quiere y no nos trata como si fuésemos la escoria de la sociedad.

—Bah, una baronesa sin título —le espetó Freddie en tono despectivo—. Y menudo barón: barón Jabón.

Pronunció la última palabra con burdo acento. Yo ignoraba que era un apodo peyorativo que aludía a los oportunistas sin escrúpulos que se enriquecieron vendiendo jabón durante la guerra. A mí solo me preocupaba una cosa: se acabaron las horas de paz en casa de Lucie y los agradables paseos con ella y con Gabriel.

Mi madre bajó la escalera como una reina ofendida y se colocó el sombrero con exasperante lentitud. En ese instante apareció Rosalba.

—Tonterías las justas —dijo—. Aún no habéis comido.

—¿Y qué? —exclamó mi madre con gesto patético—. Ojalá nos encuentren muertas de hambre en la calle. Entonces os moriréis de vergüenza.

A mí aquello no me hizo ninguna gracia, y mi abuela se dio cuenta.

—La que debería morirse de vergüenza eres tú —replicó—. Cómo se te ocurre asustar así a la niña. Venga, subid, vamos a comer.

Desafiante y altiva, entró en el comedor, seguida de Freddie. Mi madre colgó su sombrero de la percha y, para mi asombro, estalló en risas. Señaló el espejo con la mano: me contemplé a mí misma, gorda como una osita. Habrían de transcurrir muchos meses antes de que me recogieran, demacrada, de la calle.

En la mesa nadie dijo nada, salvo Rosalba y yo. La abuela miraba fijamente al frente y el tío Freddie y mi madre estaban de morros, a ver quién podía más.

Cuando íbamos de visita a casa de la baronesa, me libraba de la Marina. Ignoro de dónde le venía a mi madre esa predilección por la náutica, pero el caso es que hasta mis quince años me compraba únicamente vestidos marineros. Los de verano eran de algodón blanco, y los de invierno, de una tela azul oscuro que me producía picores. Tenía también un traje de fiesta de tafetán azul, pero solo me lo podía poner en circunstancias muy excepcionales. La baronesa nos lo habría tomado a mal si fuéramos a verla sin vestirnos de punta en blanco. Tanto ella como su hija, *madame* Odette, se engalanaban con seda, terciopelo y encaje. Lucían brillantes joyas y tenían debilidad por los forros de piel y las plumas de avestruz.

Los nietos de la baronesa vestían invariablemente trajes de terciopelo con

cuello de encaje y fajín de seda atado a su repugnante cintura. Los pobres llevaban los cabellos color de ratón con un largo flequillo caído sobre la frente y tirabuzones hasta los hombros. Por entre todos esos perifollos asomaban un par de astutos ojitos azul pálido. Los niños tenían mi edad y huían entre chillidos nada más verme. Por desgracia, solían volver a hacer acto de presencia tan pronto como se servían los dulces.

Así y todo, ir a ver a la baronesa suponía para mí una verdadera fiesta. El largo paseo hasta su casa era una delicia porque el palacete se distinguía desde lejos de las demás viviendas por los visillos en tonos pastel que adornaban todas las ventanas.

A la baronesa le gustaba hablar del salón azul, el recibidor rojo, etcétera. Había decorado cada estancia en un color distinto, incluidos los visillos. «Sobre gustos no hay nada escrito, pero el mío me encanta», solía decir. Y yo le daba la razón: a mis ojos, ninguna de las casas que conocía podía competir con la suya en belleza y refinamiento, en opulencia y ornamentación.

Madame Odette, en muaré azul, flanqueada por sus dos pequeños lores Fauntleroy, ya nos estaba esperando. Al vernos llegar, los dos pelmas se metieron en casa entre gritos y alaridos.

—Haced el favor de perdonarlos —dijo la madre con resignación, antes de añadir una nueva frase articulada en cuatro soplos—: Es tan difícil... para una mujer sola... educar bien... a dos sinvergüenzas *como* estos.

—¿Cómo se encuentra la baronesa? —le preguntó mi madre.

—Igual que siempre. Demasiado bien para su edad. *Femme du monde*. Hasta su último suspiro.

El mayordomo se llevó nuestros abrigos. Y *madame* Odette prosiguió:

—Hoy mamá os recibirá en el *boudoir*, ya que la última vez Gittel se quedó prendada de él. Por cierto, Arnold me ha dicho que no os vayáis sin pasar a saludarle.

Arnold era el hermano mayor de *madame* Odette. Gracias a su mediación teníamos la oportunidad de movernos en tan altas esferas. Había trabajado de aprendiz en la empresa donde mi padre inició su malograda carrera comercial. Arnold Bommens había llegado más lejos que él: poseía uno de esos locales muy bien administrados de los que se dice acertadamente que son una mina de oro. En aquellos círculos tan distinguidos se solía evitar el tema, aunque en

alguna ocasión Arnold recibía reproches al estilo de *noblesse oblige*.

Era un hombre divertido y jovial que para mí estaba dotado de un halo histórico: como nunca antes había visto una cara picada de viruelas, era incapaz de quitarle los ojos de encima.

Arnold sentía un aprecio sincero por mi padre, y el afectuoso cariño con que preguntaba por él y hablaba de «antaoño» siempre me reconfortaba.

Lo que había sido para mí motivo de confusión durante mis primeras visitas fue que todos los habitantes de la casa se apellidaran Bommens: no solo la propia baronesa, el señor Arnold y *madame* Odette, sino también Lucien y Robert, los hijos de esta. Además, a veces se quedaba a dormir una nieta llamada Hubertineke Bommens, niña de otra hija de la baronesa que vivía en Gante. No cabía la menor duda: se trataba de una dinastía de linaje femenino.

Madame Odette era una mujer robusta y pelirroja de formas exuberantes. A mí me parecía un poco basta, pero Rubens se habría complacido en retratarla. La seguimos por un largo pasillo enlosado con baldosas de mármol blanco y negro. Después, subimos unos pocos escalones hasta llegar al *boudoir* decorado en azul. Aquella estancia me atraía sobre todo por el enorme cuadro que la adornaba. Tras saludar a la baronesa, me acerqué enseguida al lienzo, contra lo que me había enseñado el señor Mardell.

—La niña que no se cansaba de contemplar al cazador... —observó la baronesa con su extraña voz velada—. Ten cuidado, mi vida, ten cuidado.

El cuadro representaba un claro en un bosque. En la parte izquierda de la escena, una muchacha escasamente vestida dormía en una postura incómoda pero elegante bajo la atenta mirada de un caballero enfundado en un verde traje de caza. En la parte inferior del grueso marco dorado había una pequeña placa de bronce que rezaba: «¿La despertará? Mejor no».

En una de nuestras visitas anteriores *cometí* la imprudencia de preguntar: «¿Y por qué no iba a despertarla?». A modo de respuesta, las desagradables risotadas de los adultos, que siempre me infundían un poco de miedo, hicieron tintinear las tazas sobre el tablero de mármol de la mesa de té. Aunque cualquier habitación de la casa de la baronesa era un regalo para la vista, aquella me parecía especialmente hermosa. Era un universo de azul celeste y oro. Había dos espejos que se extendían del techo al suelo, un mueble repleto

de cajitas y frascos de cristal y un diván estilo *récamier*. Cuatro angelotes dorados descendían del cielo raso por una cadena de oro, cada uno de ellos sosteniendo en la mano una rosa de vidrio con una bombilla que irradiaba una iluminación suave y discreta.

—A partir de cierta edad, a las mujeres nos conviene evitar la luz demasiado intensa —sentenció la baronesa desde la penumbra, luciendo sus ochenta años muy bien llevados.

Me recordaba siempre a un perrito pequinés cubierto de maquillaje y polvos de tocador, no solo por los ojos grandes, abombados y saltones y la nariz ancha y chata, sino también por la costumbre de humedecerse el labio inferior con la lengua. Sobre la frente le caían tres rizos de color negro azabache que asomaban desde debajo de una mantilla de encaje blanco colocada con gracia sobre la cabeza y los hombros.

La visita transcurrió de acuerdo con el esquema habitual. En cuanto tomamos asiento, entró el mayordomo con una bandeja cargada de pasteles y bombones; *madame* Odette nos sirvió chocolate caliente de una gran jarra azul. En ese instante irrumpieron en la estancia los dos señoritos de mi edad, reclamando su parte con muchos aspavientos. Siempre nos ponían los mismos dulces, largos y estrechos, rellenos de tres capas de crema de moca y adornados con bolitas plateadas como las fichas de dominó. Por mi condición de invitada me tocó la doble seis, para disgusto y exasperación de Lucien y Robert. Afortunadamente, se subieron el botín a su cuarto. Después vino lo mejor. El gordo gato blanco que había entrado con el mayordomo estaba ronroneando en el satinado regazo de la baronesa junto a la gran estufa de gas, y yo dormitaba con la mirada puesta en las pequeñas llamas cuando, de pronto, *madame* Odette emitió tres profundos suspiros:

—Ay, pobre de mí. Estoy viviendo un infierno, aquí en la tierra.

¿De qué se lamentaba pudiendo disfrutar de una estancia tan bella y cálida, cuajada de pasteles y ornamentos esplendorosos? Además, al ser Lucien y Robert sus propios hijos, ella sin duda no les tendría la misma tirria que yo.

—¿Sabes algo de él? —quiso saber mi madre.

—Nada —respondió Odette—. Desapareció cuando nació Robert y desde entonces no ha vuelto a dar señales.

Fuera quien fuese aquel tipo, en mi fuero interno me inclinaba a darle la

razón.

—Cada vez que me acuerdo de papá... —suspiró Odette.

—Siempre le digo a mi hija que en todo el mundo no queda ni un solo esposo como el barón. Qué hombre más bueno y más noble.

Alterada, la baronesa prorrumpió en sollozos y apartó de un empujón al gato, que se tumbó delante de la estufa de gas a pasar calor.

—Todo era poco —prosiguió nuestra anfitriona—. Cada día un ramo de rosas en el desayuno. Cada mes una joya fabulosa en recuerdo de nuestro primer encuentro. De habérselo pedido, el barón me habría regalado la luna en una bandeja de oro. Nunca se lo pedí, pero él me la hubiera traído.

Me entraron ganas de preguntarle cómo habría metido el barón por la puerta de la calle una bandeja lo suficientemente grande para que en ella cupiera la luna. Sin embargo, para entonces la baronesa ya se estaba deshaciendo en lamentaciones.

—¡Ay! —exclamó—. ¡Ay, ay! *Les nerfs!* Estoy entrando en una crisis de nervios. Deprisa, Odette, dame mis sales y mis polvos, o me muero aquí y ahora a tus pies.

En un intento por distraerla un poco, le dije en tono compasivo:

—Ese barón tan atento que la trataba a usted tan bien era el barón Jabón, ¿verdad?

Mis palabras surtieron efecto: la crisis de nervios se aplacó en el momento. Sin embargo, la baronesa se levantó de su butaca como una furia y *madame* Odette se puso roja de ira.

—¡Será posible! ¡Esto no es cosa de la niña! —gritaron las dos al unísono mientras lanzaban miradas asesinas a mi madre, que tenía las mejillas encendidas.

—Zafón —se apresuró a decir acentuando cada sílaba—. Zafón. La pobre se ha confundido. Nos vemos a menudo con un barón que se apellida Zafón, y ahora mi hija cree que todos los barones se llaman así.

La baronesa volvió a sentarse, dispuesta a olvidar el incidente.

—Ya entiendo —replicó fingiendo indiferencia.

En cambio, Odette no se dio por vencida. Con voz acaramelada me preguntó mientras me tendía la bandeja de bombones:

—¿Y quién es ese barón? ¿Qué aspecto tiene?

Desesperada, no supe qué contestar. Por suerte, en ese preciso instante entró un ángel salvador disfrazado de Arnold Bommens.

—¡Míralas! ¡Mis mujeres preferidas! *Bonjour, maman*. Hola, Thea, me alegro de verte. Mi querida Odette... Pero ¿quién es esta señorita? ¡No será Gittel! Vaya, qué lástima, te he traído un regalo de Pascua, pero me temo que no te gustará. Te has hecho demasiado mayor.

Dejó sobre la mesa una liebre de chocolate que llevaba una cesta cargada de huevos de azúcar a la espalda.

—¡Qué va, tío Arnold! ¡Me encanta!

Le eché las manos al cuello y colmé sus virolentas mejillas de besos. En otras circunstancias me lo habría impedido mi habitual timidez, pero aquella tarde comprendí que había pronunciado una de esas frases misteriosas que hacían rabiar a los adultos y que la repentina aparición del tío Arnold me había ahorrado un gran disgusto.

Muy a mi pesar, ni siquiera nos quedamos a la segunda ronda de manjares (canapés acompañados de *crème de menthe* para los mayores y un refrescó para mí).

—¡No me lo puedo creer! —protestó Arnold—. Para una vez que llego pronto a casa, os vais corriendo.

Mi madre me condujo hasta la calle poco menos que a empujones. Arnold nos estuvo despidiendo un buen rato con la mano.

—¿Por qué ese buen hombre no se mete de una vez en casa? —murmuró mi madre—. Voy a reventar.

Cuando Arnold por fin cerró la puerta, mi madre se apoyó en el primer muro que se le presentó y se echó a reír hasta que se le saltaron las lágrimas.

—Barón Jabón —se desternilló—. ¿Cómo se te ocurre decir semejante barbaridad?

—No es ninguna barbaridad.

Tan pronto como hubo recuperado el aliento, me contó la historia del barón, aunque en versión edulcorada y amable. El esposo de la anciana baronesa, un ilustre hombre de negocios que llegó a ganar mucho dinero, había recibido en su día el título de barón por los servicios prestados a la patria. En Bélgica se conocía a esas personas por el apelativo «barón Jabón».

—Entonces, ¿por qué se enfadaron tanto? Si fabricaba un jabón tan bueno

que le valió el título de barón, deberían estar orgullosas.

Mi madre no pudo contener la risa.

—Ay, hija, nunca entiendes nada.

No le faltaba razón. Me alegré de que se lo tomase a broma y no perdiera su buen humor. En la espaciosa avenida, la fina llovizna envolvía la luz de las farolas en un halo festivo, y la olorosa primavera se pavoneaba por entre los árboles. Pasamos por delante de unas ventanas sin cortinas. En una de las casas, un par de niños jugueteaban con un gato, y en otra, una familia numerosa estaba cenando tan contenta. Aquella tarde, todo el mundo parecía feliz en la ciudad de Gabriel..., pero al día siguiente yo me marcharía lejos..., lejos de Lucie...

Pregunté a mi madre si podía acercarme un momento a casa de los Mardell para anunciarles que ya no iría a tocar el piano.

—De acuerdo, vete —me contestó con cierta irritación—. La verdad es que empiezo a estar harta de esa Lucie. No hablas de otra cosa. Menos mal que nos vamos. Te acapara completamente. Dile que luego te acompañe. Ya es casi de noche.

Lucie estaba a punto de entrar en su casa. La agarré por el brazo. La pobre se llevó un buen susto.

—¡Ah, eres tú! ¿Qué hay?

—Solo he venido a decirte que ya no me esperes más. Mañana volvemos a Holanda.

A Lucie se le ensombreció la cara.

—¡Oh, qué pena! Te echaremos de menos. Le he pedido a Gabriel que te haga algo muy bonito, pero aún no lo tiene terminado.

—¿Qué me está haciendo, Lucie? Dímelo, por favor.

—No te lo puedo decir. Es un secreto. Te lo enviaremos por correo. Apúntame tu dirección.

Sacó de su bolso una libreta con tapas de cuero violeta. Compungida, se quedó esperando mientras yo escribía a la luz de la farola. Para mi satisfacción, susurró con voz desesperada:

—¿Qué hago yo sin ti?

Después, me acompañó a casa en silencio.

—Prométeme que escribirás pronto —me pidió al fin.

—Por supuesto. Saluda a todos de mi parte, a tu padre y a Bertha, a Salvina y a Menie, y a Gabriel. Necesito que me des su dirección, porque también me gustaría escribirle a él.

—Mándame la carta aquí. Ya me encargaré yo de hacérsela llegar —se ofreció Lucie.

Estaba demasiado triste como para despedirla con la mano.

Al entrar en el comedor, me encontré a Freddie muerto de risa, con la cabeza apoyada en la mesa, al tiempo que Charlie se retorció y mi abuela, mi madre y Rosalba soltaban tales carcajadas que daba la impresión de que no pararían de reírse nunca más.

—¡Zafón! —se tronchaba Freddie—. ¿De dónde lo sacaste?

—Ni idea —jadeó mi madre—. Un golpe de inspiración, fruto de un ataque de pánico.

Volví al pasillo, a la espera de que los mayores se calmaran. Aquella historia me aburría soberanamente; tenía otras cosas en que pensar.

En la cena, todos se mostraron alegres y locuaces. Aunque el asunto de los barones había relajado el ambiente, nuestros planes de viaje continuaron en pie. Al día siguiente pondríamos rumbo al norte.

6.

En cuanto descubrí a mi padre en el andén, supe que no volvería a ver a Lucie en mucho tiempo. Se le notaba muy alegre y traía flores para mi madre y chocolatinas para mí. En casa nos aguardaba una sorpresa: dos de las habitaciones lucían un nuevo papel pintado. En aquel instante deseé de todo corazón que los negocios de mi padre hubieran dado de repente un giro positivo, pero más tarde me enteré de que no había pagado la prima del seguro de vida.

En la fecha que el tío Wally había fijado con antelación nos tocó reconocer que estaba en lo cierto. Fue una ceremonia amarga. Las cuatro testigos tuvimos que comparecer de una en una ante él. Nos hacía preguntas y él mismo nos chivaba las respuestas.

—¿Quién ha redactado y firmado el escrito?

—Wally el Sabio.

—¿Qué decía el texto?

—Que regresaríamos a nuestro domicilio en un plazo inferior a seis semanas.

—¡Y además de buena gana!

—¡Y además de buena gana!

—¿Así ha sido?

—Así ha sido.

—¿Reconoce oralmente, por escrito, en general y con humildad que Wally llevaba razón?

—Sí, lo reconozco.

—¿Reconoce que le está agradecida por su sabiduría?

Tanto mi madre y yo como la tía Eva y Mili nos negamos a contestar esta última pregunta.

En el colegio lo pasé muy mal. Me costó recuperar las clases perdidas. Superé el curso con malas notas y muchos deberes pendientes, lo cual me llenó de vergüenza, por más que a mis padres les diera igual. Para colmo, había llegado una nueva alumna que me perseguía con su amabilidad no deseada, una niña repugnante con trenzas deslucidas, ojos pálidos y párpados infectados. Una mañana, en el recreo, mientras estaba mirando como de costumbre las musarañas apoyada en la verja del patio y ansiosa por vivir un momento de paz, la tal Polinda vino una vez más a mi encuentro. Me preguntó si sabía de dónde venían los bebés. Cuando le contesté que no me gustaban los bebés y que por mí podían quedarse donde estuviesen, se echó a reír con ganas. Tanta gracia le hicieron mis palabras que no paraba de golpearse las pustulosas rodillas de pura diversión. Mili, que no la soportaba, se acercó corriendo, atraída por las carcajadas. Le dirigió una mirada fulminante y quiso saber por qué se estaba riendo como una loca. Entre risotadas, Polinda le contó lo ocurrido y, finalmente, añadió:

—A lo mejor tú tampoco sabes de dónde vienen los bebés.

Para mi asombro, Mili se puso muy colorada. Le espetó que lo sabía perfectamente y que bastaba de tanta bobada. Acto seguido se alejó a toda prisa camino de la otra mitad del patio. Aunque el tema no me interesaba lo más mínimo, mi sentido del honor me impidió que yo desconociera un asunto del que Mili, aun siendo dos años más pequeña que yo, estaba al tanto. Por eso le pedí a Polinda que me informara.

Empezó por preguntarme si ya tenía sangre. Cuando le contesté que creía tener la misma sangre que los demás volvió a prorrumpir en risas. Me explicó lo que me iba a pasar, como a todas las mujeres.

—Y eso no es nada —continuó Polinda sin prestar atención a mis arcadas—. El verdadero peligro está en los hombres, puesto que tienen una cosa para hacer bebés.

Siempre según lo que ella me contó, una vez casados, los hombres introducían esa cosa en las mujeres mientras estaban dormidas, aunque también había quienes se lanzaban a ello en plena calle, en lugares muy

concurridos. Por eso, al contemplar los fuegos artificiales, había que tener mucho cuidado de no situarse delante de un hombre, porque lo peor era que no se les notaba cuando le daban a esa cosa, y antes de que una pudiera darse cuenta había llegado el bebé. Le dije a Polinda que no me creía ni una sola de sus palabras, que dejara de tomarme el pelo y que no quería volver a saber nada de ella. Entre sollozos me juró que había dicho la verdad, asegurándome que cualquiera podría confirmarlo. Harta de su gimoteo, crucé el patio en busca de Mili. En ese preciso instante, el hombre araña Klembem se descolgó de un hilo y farfulló: «Finges no dar crédito, pero en tu fuero interno sabes que Polinda lleva razón. Acuérdate de todas esas veces que los adultos se ríen con muy mala idea de algo que no entiendes y de cómo se ríen aún más cuando les pides una explicación».

Al ver mi cara de espanto, Mili comprendió lo que había sucedido.

—Esa niña de mierda te lo ha contado.

—Sí.

Eso fue todo. No volvimos a sacar el tema, pero en el camino a casa dejamos de jugar a la señora Antonius y la señora Nielsen. Estábamos hasta las narices de esposos e hijos.

7.

Llevábamos ya más de un mes en casa cuando llegó el regalo de Lucie: una cartera de piel de becerro forrada de muaré color tabaco para guardar las partituras. La solapa llevaba mi nombre escrito en unas letras que parecían pintadas con un pincel mojado en plata líquida. En el interior encontré una carta de Lucie que me resultó incluso más preciosa que la propia cartera.

Querida Gittel:

Este es un regalo de todos. El cuero es mío, el forro es de Bertha, Salvinia y Menie, y mi padre mandó labrar tu nombre a un célebre orfebre que es amigo suyo. Gabriel se ha encargado de unir todas las piezas. No sé cuántas horas puede haberle dedicado. Esperamos que la cartera te guste y que vuelvas pronto a vernos. Cada mañana te echamos de menos, y Gabriel y yo nos acordamos mucho de ti las tardes de domingo. Si estuviera aquí mi padre, él también te mandaría muchos saludos, pero se halla de vacaciones en Francia.

Recuerdos,

Lucie, Gabriel, Salvinia Natans, Menie Oberberg, Bertha Zuil.

Envié una carta de agradecimiento a cada uno de ellos, pero solo a Lucie le supliqué que no tardara en volver a escribirme. Aunque a partir de ese momento ella me informaba con regularidad de lo que sucedía en la casa de los Mardell, a mí me parecía que sus cartas eran pocas y demasiado cortas, como suele ocurrirles a las almas enamoradas. Gabriel cobraba un sueldo

mucho más digno. Tras comprarse un traje nuevo, se había dado el gusto de prohibirle a su madre que cocinara y remendara para los demás; aun así, ella seguía cocinando y remendando a sus espaldas. A Bertha la habían operado de apendicitis, pero faltaba ya muy poco para que se recuperase del todo. Menie y Salvinia por fin tenían planes de boda. «Con un poco de suerte, en diez años se casan», escribía Lucie, señalando la frase con una gruesa raya. Todas sus cartas terminaban igual: «Vuelve a vernos pronto. Te echo de menos». Cada vez que leía esas palabras, sentía un dolor ahí donde sospechaba que estaba mi corazón.

Guardé las cartas en una caja tan bonita que hasta entonces no la había utilizado nunca por miedo a estropearla. Mili y yo teníamos una cada una. Nos las había regalado su abuelo en uno de sus contados arrebatos de generosidad. Las cajas, de terciopelo rojo, se hallaban cubiertas de caracolillos de nácar. Del jardín de conchas que se extendía por toda la tapa sobresalía una durísima protuberancia con forma de huevo. «Es un alfiletero —nos explicó en su día el abuelo Harry—. Solo admite los alfileres más valientes». El revés de la tapa mostraba una vista panorámica de un espigón adentrándose en el mar, protegida por una placa de vidrio. En el cristal estaba escrito en letras rosas con volutas: *Salutations affectueuses de Scheveningen*. El abuelo Harry, que había estudiado en París, era un francófilo empedernido. Poseía cinco tiendas de recuerdos, repartidas estratégicamente por la turística estación balnearia de Scheveningen. En todas ellas, la información destinada a la clientela aparecía en una versión muy personal de la lengua francesa. El abuelo Harry adornaba cualquier frase que pronunciaba en flamenco, su lengua materna, con al menos un *Oh, la la!* O un *Tiens, tiens!*

Vestía chaqué, y en todas las épocas del año llevaba polainas y zapatos de charol con punta afilada. De su boca no salía ni una sola palabra amable, salvo cuando hablaba de la Francia de sus años mozos, de Mili, de la madre de Mili o de Mistinguett. Odiaba y aborrecía a la humanidad en general y a los alemanes y a su esposa —que era una de ellos— en particular. Aunque ella le ayudaba con gran conocimiento de causa e infatigable aplicación a administrar su reino comercial, el abuelo Harry le tenía manía y la llamaba invariablemente *mon malheur*. Tardé un tiempo en comprender que ese extraño vocablo quería decir «desgracia» tanto en francés como en alemán.

No había día en que el abuelo Harry no estuviera enfadado con algo o con alguien. Por eso a Mili y a mí no nos extrañó en absoluto oír sus gritos nada más pisar la casa una tarde al salir de la escuela. Justo íbamos a escabullimos al cuarto de Mili cuando se abrió la puerta del salón. Vimos aparecer a la tía Eva. Tenía los ojos bañados en lágrimas y le temblaban las comisuras de los labios. Nos dijo que no subiéramos. Propuso que entre las tres tratáramos de calmar a su padre, que estaba fuera de sí.

Mili y yo intercambiamos una mirada, muy a sabiendas de que aquello era un disparate: no había quien calmara al abuelo Harry cuando le daba uno de sus ataques de cólera, y mucho menos nosotras. En el fondo, la tía Eva solo deseaba que disfrutáramos con ella del enésimo espectáculo, pero le daba vergüenza reconocerlo abiertamente. Con un suspiro, Mili preguntó qué había pasado esa vez.

—En realidad no ha pasado nada —contestó su madre, riéndose tontamente—. Vuelve el tío Bobby. Eso es todo.

Me explicó que el tío Bobby era su hermano pequeño. El «pobre muchacho» siempre había sido la oveja negra de la familia. Al parecer, por fin había sentado cabeza, pero aun así el abuelo Harry no quería saber nada de él. Le había entrado una furia sin precedentes al descubrir que *mon malheur* había seguido en contacto con el muy sinvergüenza a sus espaldas y en contra de sus instrucciones.

El abuelo Harry no había reparado en que su hija había salido del salón y tampoco se dio cuenta cuando entramos las tres. Sentado en el diván, siseaba y serpenteaba como una víbora, atrapado en un diálogo consigo mismo que repetía una y otra vez sin variar una sola letra.

Era una escena hilarante.

—El señorito se empeña en ir a Turquía a comprar tabaco...

—Paga papá...

—El señorito vuelve sin tabaco y sin dinero, pero con un fez en el culo.

—Paga papá...

—El señorito se empeña en ir a Estados Unidos...

—Y ahora papá debe perdonar y hacer borrón y cuenta nueva porque el señorito vuelve con una mercera judía que nadaba en dólares.

El abuelo Harry era un judío antisemita, un rasgo que compartía con no

pocos coetáneos. Encontraba en esa clase de comentarios un placer relativamente inocente que le sería negado a la generación de las cámaras de gas.

Mili y yo nos apostamos frente al diván para no perdernos ni un solo detalle. Estábamos tan apabulladas que ni siquiera se nos ocurría reír, pero cada vez que el abuelo Harry hacía como que agitaba el fez nos dábamos un pellizco en el brazo la una a la otra de puro divertimento. Sin embargo, todo tiene su fin, y llegó el momento en que el abuelo Harry se quedó sin fuelle. Volvió a repetir las mismas frases, despacio y separándolas mucho, pero ya no pasó de «el señorito se empeña en ir a Estados Unidos». Se desplomó sobre el diván con los ojos cerrados, pálido como la cera. Al oír a la tía Eva declamando con voz cantarina «y vuelve con un rascacielos en el ya-sabéis-qué», Mili y yo no aguantamos más. Nos retorcimos en el suelo, muertas de risa.

Al cabo de un rato, el abuelo Harry se enderezó y preguntó, sorprendido, a qué venía tanta risa. Pidió que le trajéramos un café, se lo tomó tranquilamente y charló con nosotras de cosas sin importancia y de Mistinguett, haciendo gala de una afabilidad poco habitual en él. Debió de sentirse incómodo por su extraña conducta. No volvió a hablar del regreso del hijo pródigo en toda la tarde, hasta que se levantó para volver a su casa.

—Digas lo que digas y hagas lo que hagas, Eva, yo no quiero saber nada de ese *mauvais garnement* —afirmó, con la mano sobre el picaporte.

En cuanto el abuelo Harry se hubo marchado, la tía Eva se mostró contenta de que su padre hubiera hablado en francés; eso significaba que estaba todo bajo control. Según nos dijo, nuestra ayuda había sido muy valiosa.

La oveja negra tuvo el detalle de saldar todas sus deudas antes de regresar. Al verle salir de un automóvil blanco como los lirios, el abuelo Harry, visiblemente emocionado, le estrechó entre sus brazos, y *mon malheur* saboreó la felicidad por primera vez en muchos años.

Para Mili y su madre dio inicio una época apasionante en la que se sucedían las fiestas y las excursiones. La tía Mercera, como la llamaba Mili (jamás supe su verdadero nombre), era una de esas damiselas parlanchinas que necesitan a mucha gente a su alrededor para verse realizadas. En un abrir y cerrar de ojos logró convertirse en el sonoro centro de atención de su familia

política y de todo un círculo de flamantes amigos y amigas.

El único que no participaba de aquel súbito afán por el hermanamiento era el tío Wally. Cada vez más afligido, venía a buscar consuelo en nuestra casa siempre que su esposa y su hija salían a divertirse.

—El mundo es la escalera —dijo en tono enigmático durante una de sus visitas.

Nos habló de una niña mala que se escapó de casa. Cuando al fin regresó al tercer piso donde vivía la madre, fue recibida con dureza: «Todo el mundo dice que es una vergüenza», a lo que la joven revoltosa contestó sin el menor atisbo de arrepentimiento: «Ay, madre, el mundo es la escalera».

—Así es —prosiguió el tío Wally—. Todos tenemos nuestra escalera y ese maldito Bobby, que está revolucionando a mi esposa y a mi hija, no ha descansado hasta lograr su propósito: volver al lugar donde se crio para alardear de su riqueza.

Mi padre lo veía de otro modo. ¿Acaso no era un alivio para la familia comprobar que a Bobby le iba tan bien? El tío Wally negó con la cabeza:

—No lo puedo remediar. A mí me parece una *faro-fanto-fanfarronada* como un piano —respondió, fiel a su costumbre de inventar palabras.

Según me comentó Mili, cada día su padre se enviaba a sí mismo un documento repleto de agravios, aguándoles la fiesta a ella y a su madre.

Si no hubiera echado tanto de menos a Lucie, sin duda habría disfrutado de las vacaciones de verano, pese a ver muy poco a Mili, siempre tan entregada a la diversión.

A mis padres no les atormentaba la preocupación que sienten los progenitores de ahora por cómo los hijos emplean su tiempo libre. Mi ocio consistía en acudir con mi padre al museo Mauritshuis o al parque zoológico las tardes de domingo. Como solía llover, íbamos casi siempre al museo. Nos sabíamos los nombres y apellidos de todos los vigilantes y ellos nos trataban con el respeto que solo merecen los verdaderos entendidos en arte.

Comparado con otros parques zoológicos, el zoo de La Haya tenía la ventaja de no exhibir animales enjaulados, a excepción de unos pocos simios polvorientos, un zorro y un oso. El jardín como tal transmitía un aire de abandono y dejadez, en tanto que los invernaderos estaban muy bien cuidados e invitaban a largos y gratos paseos.

Si por mí fuera, me habría pasado el resto de los días tocando el piano, pero tenía que terminar los deberes para el colegio y tampoco podía molestar a todas horas a los vecinos de abajo, que más de una vez debieron de estar al borde de la desesperación. No tenía permiso para ir al cine, porque mi madre sabía positivamente que las películas eran dañinas para la vista de las personas más jóvenes, y los baños en el mar solo se concebían cuando el país se veía asolado por una ola de calor. Por aquel entonces, en ningún momento se me pasó por la cabeza que mi vida pudiera ser aburrida o insulsa.

Dejé de viajar a la isla, ocupada como estaba en sacar a Lucie de palacios en llamas o hacerle de dama de honor en su matrimonio con el príncipe de Gales, aún soltero y único candidato digno de ella. Al tener sangre azul, no importaba que fuese *goy*^[16], como podía leerse en el Libro de Esther.

Muy a mi pesar, por aquellas fechas mis padres convivían en paz y amor. Cuando ya no abrigaba ninguna esperanza de volver a Amberes llegó de pronto una ayuda insospechada.

Bobby y Mercera se habían ido una semana a Ostende con buena parte de su corte e invitaron a la tía Eva y a Mili a pasar un día con ellos; el chófer iría a buscarlas en el Spyker blanco como la nata y luego las llevaría de vuelta a casa en Holanda. A la tía Eva le daba tanta pena que en ese suntuoso vehículo quedaran dos plazas sin ocupar que nos animó a aprovechar aquella oportunidad de oro para ir a ver a nuestra familia en Amberes sin pagar un céntimo.

Fue un viaje regio. Por dentro, el automóvil semejaba un nido de terciopelo lila, adornado con jarrones de cristal cuajados de claveles rojos. A mayor abundamiento, la tía Eva traía de casa una cesta de pícnic con pollo frío y pasteles.

—Nunca se sabe... —dijo—. Siempre viene bien llevar algo de comida por si se nos pincha una rueda o surge cualquier otro imprevisto.

No nos había dado tiempo a anunciar nuestra improvisada visita y nos presentamos en un momento muy inoportuno. Esa misma tarde se celebraría en casa de mi abuela una reunión de los sionistas. Llegamos en medio de los preparativos: mientras Rosalba y las criadas se afanaban en colocar las sillas en filas, mi abuela se encargaba de decorar el salón con flores azules y blancas, los colores del movimiento sionista. Tenía tal aprecio al fundador

Theodor Herzl que su retrato colgaba junto al de mi abuelo. Como ambos lucían barba negra y en aquella fotografía mi abuelo hacía lo posible por parecerse al gran líder, durante mucho tiempo los tomé por hermanos.

—¡Santo cielo! —exclamó mi abuela—. De verdad que hoy no os puedo ofrecer cama. El conferenciante de esta tarde se queda a dormir aquí.

Al tiempo que mi madre le daba la buena noticia de que volveríamos a Scheveningen ese mismo día, yo me escapé, en busca de Lucie.

No la encontré en casa. Klembem ya me había advertido de que no estaría. Solo estaban su padre, Menie, Salvinia y Bertha. Gabriel se había ido a Bruselas, a la Bolsa, me explicó el señor Mardell. Advirtió mi decepción. Lucie estaba con una amiga en Brujas y no volvería hasta última hora de la tarde. Si la hubiera avisado con tiempo, sin duda habría postergado la excursión. Antes de darme cuenta le había puesto al corriente de todo, de Bobby, del abuelo Harry e incluso de los documentos del tío Wally. El señor Mardell sabía escuchar.

Las tías tampoco se alegraron demasiado de vernos. La tía Sonia me mandó a jugar al jardín. Cuando volví a entrar, ella estaba llorando mientras mi madre le acariciaba la cabeza con la mano y le susurraba palabras de consuelo. Por lo visto, el tío Isi seguía por el camino de la perdición.

Nos dio tiempo a presenciar el inicio de la velada de los sionistas, porque a Bobby y a Mercera les costó tanto separarse de Mili y su madre que salieron tarde de Ostende y pasaron a recogernos en Amberes con mucho retraso sobre la hora acordada. Me senté a esperarlas en un lugar del salón desde el cual podía acechar la casa de Lucie: aún no había llegado cuando nosotras nos marchamos.

En el camino no tuve tiempo de estar triste, ya que la tía Eva y Mili tenían mucho que contar, sobre la sala de juegos donde habían ganado veinte francos y sobre Mercera, que, pese a haber perdido la noche antes un costoso collar de perlas, no se lo tomaba a mal al tener otros cuatro, a cuál más espectacular.

—Debe de ser fantástico tener tanto dinero —observó la tía Eva—. Ella es muy generosa. Se desvive por los demás. Le encantaría conocerlos.

Guardamos silencio. Por solidaridad hacia el tío Wally, mi padre nos tenía prohibido cualquier trato con aquella mujer. Según él, era *falderappes*^[15], o sea, escoria de la peor calaña, y si se refería a alguien en esos términos no

había nada que hacer.

Unos días más tarde me llegó una carta de Lucie en la que se lamentaba con palabras muy sentidas de no haber coincidido conmigo durante mi inesperada visita. También nos escribió la abuela. Como apenas había podido atendernos, nos invitaba a pasar una noche en su casa con motivo de su cumpleaños, a finales de agosto. Para no llevarme otra decepción, avisé enseguida a Lucie, preguntándole si acaso pensaba irse de vacaciones por esas fechas. Su respuesta me reconfortó: prefería viajar en invierno y esperaba mi visita con ilusión.

Faltaban aún diez días de julio y tres semanas de agosto que se me harían eternos, sin poder hablar con nadie de Lucie. Mi madre se oponía a nuestra amistad, y a Mili le parecía raro que pudiera llevarme tan bien con una mujer ya entrada en años.

—Tú te llevas igual de bien con tu tía.

Según Mili, una tía era lo que era: una tía, y no una amiga. Se le hacía realmente extraño que sintiera tanto cariño por Lucie. Con mi padre podía hablar del señor Mardell, pero en realidad no me contaba nada nuevo, porque no hacía más que repetir que era un gran conocedor del arte y que ya daba pruebas de un gusto infalible para todo lo artístico en la época en que fueron compañeros y amigos, tiempo atrás.

El verano transcurrió a paso de tortuga hasta que, por fin, salimos de viaje. En la fiesta de su cumpleaños, mi abuela estuvo rodeada de todos sus hijos y nietos, que no hicieron otra cosa que hablar, reír y comer. No se servían bebidas alcohólicas, pero fluyeron riadas de café.

Mis familiares me tacharon de antipática y grosera por empeñarme en ir a ver a una amiga en un día tan señalado. Me concedieron media hora. Llamé a Lucie por teléfono, y cuando se lo comenté, a punto de estallar en sollozos, me consoló diciendo que en ese tiempo se podía hablar de muchas cosas. Al preguntarle cuándo le venía bien que pasara a verla me contestó, para mi sorpresa, que me esperaría a las tres y media de la tarde en la esquina donde solíamos quedar con Gabriel. Le resultaba imposible recibirme en su casa porque tenía un secreto y no quería que se enterase su padre.

Se había cortado el pelo.

—Ay, Lucie, ¿crees que tu padre se enfadará mucho?

—No, boba. Cambié de peinado hace tiempo. A él le gusta. ¿A ti qué te parece?

—Te has hecho la permanente.

Llevaba el pelo más claro. Unos rizos de color rubio pajizo le enmarcaban la cara maquillada en exceso. La vi muy rara. Ya no era mi Lucie.

—Me gustabas más antes.

Lucie prorrumpió en carcajadas.

—Eres demasiado conservadora para ser tan joven —hablaba y reía de modo distinto—. Mira quién ha venido.

De repente, un par de manos me taparon los ojos. Al soltarme y mirar atrás, descubrí a Gabriel.

Lo que faltaba.

Gabriel era un buen chico y sabía mucho sobre Amberes, pero tener que compartir a Lucie con él en esa valiosa media hora era demasiado pedir. Le saludé con frialdad.

Ya no se parecía al arcángel Gabriel.

Había engordado. Llevaba un elegante traje gris claro y se había dado gomina en el pelo. Le vi más distinguido, pero también mucho más anodino. Lucía una sortija de oro con una piedra verde que llevaba tallada una G mayúscula a modo de sello. Hasta le había cambiado la voz.

Fue todo muy desagradable. En el fondo, media hora era mucho tiempo.

—¿No sientes curiosidad? —preguntó Lucie—. ¿No adivinas cuál puede ser el secreto?

No, no tenía la menor idea. Lucie tomó a Gabriel del brazo.

—A Gittel se lo vamos a contar, ¿verdad?

Gabriel asintió con la cabeza.

—Desde luego. Más que nada porque si hemos llegado hasta aquí es en parte gracias a ella.

—Bueno, adelante pues —dijo Lucie—. Gittel, Gabriel y yo nos queremos desde hace mucho tiempo. Nos hemos comprometido, pero esto aún no lo sabe nadie, ni siquiera mi padre o la madre de Gabriel.

Si me hubieran dado ahí mismo un martillazo en la cabeza, no me habría quedado más aturdida. Los ojos y la boca entreabierta de Lucie despedían un brillo levemente húmedo. La parte interna de su labio inferior era de un pálido

enfermizo comparado con el rojo carmesí del pintalabios que había usado con fruición.

La soberbia y poderosa Lucie..., tan indefensa y un poco necia.

Era inquietante e incomprensible.

—¿No vas a felicitarnos? —sonrió la boca carmesí.

Apreté las dos manos tendidas y murmuré cualquier cosa, esperando que fuera lo correcto.

—Si de verdad eres mi amiga, no deberías estar celosa —opinó Lucie.

Indignada, contesté que no tenía celos de nadie, pero que la noticia me había sorprendido. Gabriel dijo que compartía mi sorpresa: no alcanzaba a comprender lo que Lucie veía en él. Les pregunté por qué su compromiso había de ser un secreto para el señor Mardell, con lo mucho que apreciaba a Gabriel.

—Por eso mismo —respondió Lucie, esbozando en las comisuras de sus labios una mueca malévola que ya le había visto en más de una ocasión.

Según me dio a entender Gabriel, el hecho de gozar de la confianza del padre de Lucie le obligaba a demostrar lo que valía antes de pedirle la mano de su hija.

Después, empezaron a colmarme de elogios como en una suerte de competición por hacer ver quién me tenía más aprecio. Si yo no los hubiera acompañado en aquellos paseos dominicales, no se habrían ido conociendo mejor. Me estaban tremendamente agradecidos y sería para siempre su hada madrina, su amiga del alma...

¿Y por qué no se lo contaban a la madre de Gabriel?

Porque hablaba más de la cuenta. Si llegaba a enterarse, al día siguiente lo sabría toda la Pelikaanstraat. Gabriel me preguntó si me creía capaz de guardar el secreto. Por mí podían estar tranquilos: no se lo revelaría a nadie. Habíamos caminado tan deprisa que, cuando quise darme cuenta, ya estábamos casi al final de la avenida Meir. Para mi horror, tuve que admitir que jamás podría estar de vuelta a las cuatro. Gabriel propuso que fuéramos a visitar la capilla donde no se casó la que pasaría a la historia como Juana la Loca. Estábamos cerca y, de todos modos, yo iba a llegar tarde a casa. Lucie se negó porque no le apetecía pisar un templo donde alguien no se casó. No fuese a traer mala suerte.

—Juana acabó casándose —explicó Gabriel en tono aleccionador—, pero no en la bellísima capillita que se preparó para ella. Mirándolo bien, habría hecho mejor en renunciar por completo a esa boda.

—¡Lo ves! —exclamó Lucie—. No pienso ir. ¡Ni hablar!

—¿Y ahora quién está diciendo tonterías? —quiso saber Gabriel.

—Yo —contestó Lucie—. Gracias a Dios por primera vez en mi vida.

Se olvidaron de mi presencia hasta que regresamos al punto de partida de nuestro paseo.

Acordamos que Gabriel entraría primero en casa de los Mardell y que Lucie llegaría diez minutos más tarde.

—¿Vienes a tocar el piano mañana? Mi padre se llevará un disgusto si se entera de que has estado por aquí y no has pasado a saludarle.

Mentí. Le contesté que no sabía si al día siguiente seguiríamos en Amberes.

—Iré a verte —dije Lucie— y, si estás, tienes que acompañarme a casa.

Se ofreció para entrar conmigo y asumir la culpa de mi retraso, pero le aseguré que ya me las arreglaría yo sola.

—Venga, alégrate un poco por mí —me suplicó—. No es todo tan fácil como seguramente crees.

Le juré que nadie en el mundo se alegraba más por su felicidad que yo, aunque no sonó demasiado convincente.

De vuelta en casa me topé en la escalera con un triste puñado de primos y primas vestidos de fiesta. Me advirtieron que más valía no subir, puesto que los mayores me echarían del salón con el ruego de no molestar, como les había ocurrido a ellos.

El tío Isi se había traído a «la Innombrable» y todos estaban furiosos. Había oído hablar tanto de ella que me moría de ganas de verla con mis propios ojos, pero eso no se lo podía decir a los pequeños. Con cara de hipócrita, les anuncié que me sentía obligada a subir: debía tranquilizar a los adultos porque sin duda estarían preocupados por mi larga ausencia.

En la abarrotada estancia reinaba un silencio sepulcral. Venía preparada para encajar una buena reprimenda, pero no me regañaron. Con un débil gesto de la mano, mi abuela me invitó a tomar asiento.

Ella y los suyos, así como yaya Hofer y Rosalba, estaban sentados en

corro ocupando todo el perímetro del salón, con la mirada fija, sin decir palabra.

Nadie comía, nadie bebía. El tío Isi había tenido el tremendo descaro de enviar a su esposa y a sus hijos a la fiesta de cumpleaños y de aparecer luego en persona en compañía de la mujer de su corazón. Nunca antes había ocurrido nada igual en el seno de nuestra familia. Y para colmo, el caradura parecía disfrutar con la perturbación que había provocado.

—El hombre debe nutrirse —afirmó mientras se servía un plato rebosante que luego comió de buena gana.

La Innombrable se ganó enseguida mi simpatía al comentar en tono burlón que no debía decir «el hombre» cada vez que se refería a sí mismo.

—De ese modo, nos entrará la duda de si realmente lo eres. Quizá seas solo un animal hermoso.

Un sonoro estremecimiento de espanto recorrió a los presentes.

Me tuve que sentar a la fuerza en el centro del salón, al lado de la pareja de malhechores, puesto que no quedaba ni una sola silla libre junto a la pared. La Innombrable era una mujer de baja estatura, constitución fina y cabello dorado. Era mucho menos guapa que la tía Sonia, cuya apariencia de bella y triste madona se veía reforzada por las circunstancias. La rubia indeseable tenía cara de niña divertida y traviesa, con nariz respingona y enormes ojos azules enmarcados por unas pestañas largas y negras. Aunque las pestañas eran falsas —las llevaba adheridas a los párpados con tiras de papel—, le quedaban de maravilla. No paró de hablarme con su voz de pito, estridente e infantil. Bajo las miradas de disgusto y reproche de mis parientes, me eché a reír a carcajadas cuando me contó que su criada le había dicho que colocaría el «complot» de manzana en el centro de la mesa para que hiciera más «defecto».

El tío Isi miraba embelesado a la Innombrable, aunque ella hacía todo cuanto no le consentía a su esposa: fumaba como un carretero, se empolvaba la nariz, se retocaba cada dos por tres los labios y criticaba los modales de mi tío. Entre otras muchas cosas le sugirió que podría haberle llevado un plato a ella.

—Pero si tú no comes por miedo a engordar —se disculpó mi tío, acongojado.

Ella replicó, enfurruñada, que si fuese un caballero de verdad se lo habría ofrecido. El tío Isi, el terror de la familia, bajó sus oscuros ojos insolentes y saltones, visiblemente intimidado, y se sonrojó como un niño. Yaya Hofer, que por dentro estaba que ardía, no aguantó más. Se levantó de su silla con mucho estrépito y anunció a mi abatida abuela que se iba, animando al resto de invitados a seguir su ejemplo.

—Volveremos más tarde, cuando podamos estar de nuevo entre nosotros. Al fin y al cabo, esta es una fiesta de familia —añadió, poniendo especial énfasis en la última palabra.

Y abandonó el salón, ignorando por completo a su hijo y a la ilegítima acompañante rubia. Los demás hicieron lo mismo, a excepción de mi abuela, Rosalba y yo.

Tan pronto como todos se hubieron marchado, la Innombrable dijo entre risitas que en el intermedio a Isi le daba tiempo de sobra a llevarla a casa. Estaba claro que la situación le resultaba muy divertida. Le dio las gracias a mi abuela por la tarde tan agradable que había pasado, le deseó buena salud y larga vida y desapareció en una nube de perfume, riéndose tontamente, y con su pretendiente pisándole los talones.

—Abrid todas las ventanas y puertas para que se ventile la casa —ordenó mi abuela—. No soporto ese olor.

Después, dio rienda suelta a su indignación. Me llevé una reprimenda por haberle reído las gracias a la Innombrable. Hasta Rosalba, que siempre salía en mi defensa, me reprochó mi vergonzoso comportamiento. Mi abuela se lamentó de que le hubieran amargado el cumpleaños, y Rosalba exclamó que los hombres eran unos cerdos y que el tío Isi era el peor de todos.

Alabaron el coraje de yaya Hofer, aun sospechando que se había regodeado al ver cómo se le estropeaba la fiesta a mi abuela. A punto de romper en llanto, subí a por los costureros de las dos enojadas mujeres. Desde luego era uno de esos días interminables en que todo salía mal: la historia de Lucie, la visita de la Innombrable... ¿Qué culpa tenía yo de haberme reído con los golpes de aquella criada? El costurero de mi abuela estaba hecho de ébano taraceado con flores de nácar. Dentro guardaba la batista y el costoso encaje con que confeccionaba sus chorreras y pañuelos. La caja de Rosalba, de cartón forrado con papel estampado de flores, albergaba la inagotable reserva

de calcetines pendientes de zurcir. Se la habían regalado llena de bombones en un cumpleaños.

Al bajar, me encontré a la abuela, ataviada con su traje de seda más elegante, y a Rosalba, como siempre con blusa blanca y falda negra ajustada hasta el suelo, sentadas frente a frente junto a la ventana. La simple vista de los costureros les cambió el humor. No tardaron en colocarse las gafas, manifiestamente contentas por volver a la normalidad.

De pronto me noté con hambre y les pregunté si podía probar aquellos manjares casi intactos.

—El hombre debe nutrirse —proclamó mi abuela, y se echó a reír con tantas ganas que tuvo que dejar su labor en el alféizar.

Entonces fue cuando destapó la verdad. Confesó que a duras penas había podido contener la risa durante la visita de Isi y esa mujer tan divertida. Hasta Rosalba reconoció que tenía gracia, pese a no haber entendido todo lo que dijo. ¡Y buen gusto! Aquel traje sastre color ocre no debía de costar menos de quinientos florines, y por supuesto se lo había pagado Isi, de eso no les cabía la menor duda. Aunque Sonia, además de mucho más bella, era una mujer y una madre magnífica, mi abuela acertaba a comprender, haciendo un difícil ejercicio de objetividad, que su eterna rectitud podía llegar a aburrir a su marido. A partir de ese momento, no hubo quien parara a mi abuela y a Rosalba.

Por más que se esmeraran en elogiar por turnos las cualidades de la tía Sonia al inicio de cada frase, se despacharon a gusto contra ella, pasando revista a todos y cada uno de sus defectos. Justificada su maliciosa complacencia, rumiaron lo ocurrido una vez más de principio a fin antes de quedarse plácidamente dormidas. Me hallaba al lado de Rosalba, sentada en un taburete, con una madeja de lana colgando de los brazos. Se echó a roncar con el ovillo en la mano y la cabeza apoyada sobre el pecho plano: expulsaba débiles silbidos por la nariz al tiempo que sus labios producían un ligero borboteo. Mi abuela, menos sofisticada, se limitó a respirar hondo y a emitir de vez en cuando un suave gemido.

Sabía que, tanto en la tierra como *en* el más allá, pocos pecados merecían un castigo más duro que el de perturbarle el sueño a una persona anciana. Con mucho cuidado, dejé caer la lana en mi regazo, pero por lo demás no me atreví

a mover un dedo.

En la acera opuesta de la avenida había una farmacia que hacía esquina con una calle lateral. En el escaparate que daba a la casa de mi abuela se alzaban dos gigantes frascos de cristal llenos de líquido, naranja en un caso y azul verdoso en el otro. La luz del sol se reflejaba en las panzas de vivo color. Estuve contemplando aquel espectáculo hasta que mi retina se inundó de arcoíris al cerrar los ojos.

Por lo demás, había poco que ver, quitando el retrato de mi abuelo que colgaba de la pared encima de la butaca de la abuela. Había fallecido antes de que yo naciera. Lo único que quedaba de él eran unas pocas frases lapidarias que pervivían entre nosotros como oráculos, así *como* la nariz larga y estrecha de la que se jactaban los descendientes que tenían la fortuna de parecerse a su ilustre ancestro. Salvo los pies, que se me durmieron, estaba completamente despierta. Justo cuando barajaba la posibilidad de fugarme de allí, me percaté de que las dos mujeres habían dejado de roncar. Mi abuela se había caído a un lado y tenía la boca abierta. Rosalba se hallaba apoyada contra la ventana, inerte como una marioneta. Las vi muy pálidas a las dos. Estaban muertas. Si no iba a buscar ayuda, todos me acusarían de haberlas matado con alevosía. Por otro lado, si dejaba los cadáveres solos, también me lo echarían en cara.

Era ciertamente muy triste que mi pobre abuelita tuviese que morir el día de su cumpleaños, y muy conmovedor que su fiel gobernanta no la abandonase ni siquiera en la muerte, pero a mí me tocaría asumir la culpa e ingresar en prisión. ¿O acaso me internarían en un reformatorio por ser menor de edad?

Debía de ser una vergüenza tener una hija que con doce años había asesinado a dos mujeres, ambas tan buenas personas, y que tanto la habían querido siempre. Estaba más preocupada por la suerte de mis padres que por la de mis víctimas cuando Freddie y Charlie irrumpieron en el salón cantando a voz en grito el *Cumpleaños feliz*.

Mi abuela y Rosalba resucitaron al instante. A la pregunta burlona de Freddie de si habían dormido bien, las dos contestaron al unísono que no habían pegado ojo y que se habían pasado toda la tarde con la labor entre manos. ¿Verdad, Gittel?

Sabiéndome culpable de dos homicidios sin esclarecer, no me fue difícil asentir sin inmutarme.

Cuando a la mañana siguiente vino a buscarme, Lucie me preguntó:

—¿Mejor así?

Había recuperado su cara de siempre y tenía los cabellos menos rizados.

—Mucho mejor.

Después de llamarme marimandona, me recordó, sin que viniera a cuento, que le había dado mi palabra de honor. Aquel juramento me había tenido buena parte de la noche en vela.

Según el señor Mardell, yo no tenía buen aspecto.

—¿Se ha pasado usted con las golosinas?

Pues sí, aparte de que estaban siendo unos días muy ajetreados.

Me pidió que le contara algo divertido, como la otra vez, cuando le hablé de aquel hombre que se escribía cartas a sí mismo.

¡Cómo se le ocurría pensar que un disparate de ese calibre podía resultar divertido!

—No le abochorne reconocer que hasta las peores desgracias tienen un punto cómico —dijo el señor Mardell.

A su juicio, era mucho más útil extraer el elemento jocoso de una experiencia poco grata que tratar de buscarle un lado positivo inexistente, como solían recomendar algunos aun a sabiendas de que eso no servía de nada. No iba a llevarle la contraria, pero no estaba en absoluto de acuerdo con él. Habría podido soltarle ahí mismo una larga lista de experiencias que no eran de risa: ir a la escuela, la muerte de Aron, las indirectas de la familia sobre la nefasta política comercial de mi padre, el compromiso de Lucie...

A cambio le facilité un informe detallado de la fechoría que había cometido mi tío Isi. El señor Mardell me estaba recompensando con un pequeño aplauso por mi imitación de yaya Hofer y su «Me voy y animo a los demás a seguir mi ejemplo» cuando entró Lucie anunciándonos que mi madre le había pedido por teléfono que me acompañara de inmediato a casa de mi abuela: había surgido un imprevisto y regresaríamos a Holanda en el primer tren.

El señor Mardell insistió en que llamara para preguntar a qué se debía esa salida tan precipitada. Él creía que mi padre había caído enfermo y yo sospechaba que mi madre había discutido con uno de sus familiares, pero nos equivocamos los dos.

Había llegado un telegrama del tío Wally: esa misma noche se celebraría una gran fiesta en su casa y no quería que mi madre se la perdiera.

—Al menos es un motivo de peso y de alegría —dijo el señor Mardell—. ¡Qué alivio! Por aquí estamos demasiado tranquilos.

—Comprendo que eso puede llegar a ser aburrido.

Tras esa primera respuesta parcial, me esforcé por encontrar las palabras adecuadas para hacerle ver que a mí esa tranquilidad me agradaba más que cualquier otra cosa en el mundo. Mili tenía razón: era difícil tener amigos mayores. Entendían todo a medias o mal.

—¿No debería saludar a Gabriel antes de marcharse?

—No, padre —contestó Lucie—. Tenemos que irnos ahora mismo para que no se nos enfade su madre.

Me sonrojé hasta las orejas, y al descubrir la mirada del señor Mardell, entre divertida y compasiva, me puse todavía más colorada.

—A mí me da la impresión de que tiene interés en verle.

—¡No, no! —exclamé, empapada en sudor.

—¿Qué te pasa? —me preguntó Lucie, enojada.

—Debo irme ya, lo siento.

Me apresuré a estrecharles la mano y salí corriendo. El señor Mardell creía que Gabriel me gustaba.

Al llegar a casa nos enteramos de que el tío Wally había hecho las paces con su cuñado Bobby.

—*Pack schlägt sich und verträgt sich* —sentenció mi padre, recurriendo a su lengua materna.

Lo que quería decir era que la sangre no llegaba al río. Nos costó convencerle para que nos acompañara a la fiesta de la reconciliación, pero a la mañana siguiente, en el desayuno, reconoció que Bobby le caía mejor de lo que se había esperado. Habían intercambiado ideas sobre la posibilidad de hacer negocios en Estados Unidos. En cambio, con respecto a Mercera, perseveró en su opinión: las personas decentes no debían mezclarse con semejante escoria.

Las vacaciones de verano tocaban a su fin cuando nos llegó la noticia de la

muerte de la baronesa Bommens. «En jubilosa adoración ante el Trono de Dios», rezaba la esquila. Sin duda experimentaría aún mayor júbilo al reencontrarse con el barón.

Mi padre escribió una carta muy emotiva a los parientes de la baronesa. De la respuesta de los Bommens dedujimos que iban a vender la casa con muebles y todo. Lucien y Robert estudiaban en un internado y *madame* Odette llevaba ya varios días trabajando en el café de su hermano...

No nos quedaría más remedio que buscar otro refugio durante nuestras estancias en casa de mi abuela.

—Una puerta cerrada para siempre por la gélida mano de la Muerte — musité para mí.

Aquellas palabras tan tristes y bellas, y al mismo tiempo tan acertadas, me hicieron estallar en lágrimas. Mi madre se llevó una sorpresa: nunca hubiera imaginado que aquella anciana mujer pudiera importarme tanto.

El fallecimiento de la baronesa me afectó hasta tal punto que incluso llegué a sentir cierta compasión por Lucien y Robert, que debían de estar pasándolo mal en el internado. Y me daba mucha lástima que *madame* Odette de pronto tuviera que trabajar para ganarse el sustento tras vivir durante años en la opulencia.

Los últimos días de las vacaciones estuve de duelo.

—Ser mayor es una lata, pero al menos no hay que ir a la escuela —le dije a Mili cuando retomamos nuestro paseo diario hasta el odiado colegio.

Mili no estaba de acuerdo conmigo. El colegio le encantaba y ser mayor le parecía divertido. Podías acostarte cuando te diera la gana, sentarte al volante y salir de fiesta todas las veces que quisieras. No la contradije, aunque mantenía mi opinión. Ser mayor era sinónimo de decir mentiras, hablar mal de los demás, tener problemas de dinero y padecer dolor de barriga. Llevaba ya varios meses con serias molestias en el vientre. Según mi madre, no había nada que hacer. Me dijo que era una señal de la naturaleza: en breve pasaría a la edad adulta. No me cabía en la cabeza cómo las mujeres a mi alrededor podían ir tan alegres por la vida teniendo que sufrir cada dos por tres ese terrible dolor «azul» —que era como lo llamaba yo—. Tal vez a la larga una terminara por acostumbrarse a todo.

Mili quiso saber qué había sido de mi amiga de Amberes y le respondí que

era un secreto del que no podía hablar.

—Como quieras —me dijo, encogiéndose de hombros—. Nos vemos luego.

Acto seguido salió corriendo hacia una de sus compañeras de clase.

Al mediodía, al volver a casa, Mili caminaba unos pasos delante de mí sin dejar de reír y susurrar con otras dos niñas, solo para fastidiarme. Me arrepentí. Me había portado mal con ella y no debía haber alardeado del secreto. Había cometido una estupidez. ¿Qué sucedería si lo contara en casa y de algún modo llegara a oídas del señor Maddell?

Las otras dos niñas se desviaron y Mili siguió sola, silbando valientemente. Le di alcance.

—No te enfades. Me he portado mal.

—Pues sí, y no poco.

—¿Me perdonas?

—S... sí —contestó Mili no del todo convencida—, pero esa amiga tuya es una bruja.

Sin duda habríamos seguido discutiendo si no fuera porque en ese mismo instante vimos entrar en mi casa al tío Wally y a la tía Eva.

—Seguro que van a buscarme —dijo Mili—. Qué raro, vivimos al lado.

—Debe de haber ocurrido algo.

Esa vez estuve en lo cierto: nos encontramos a nuestros padres pálidos como la muerte en la pequeña y recargada estancia que hacíamos pasar por salón.

—Se han ido —anunció la tía Eva con voz ronca.

Bobby y Mercera se habían marchado sin avisar a nadie. No hubo más detalles.

La tía Eva se puso a repartir chokolatinas con una sonrisa apenada y después nos mandó arriba a Mili y a mí. En mi minúsculo cuarto, donde apenas cabíamos las dos, Mili se colocó frente a la ventana, dándome la espalda.

—El tío Bobby era un hombre fantástico y no consentiré que nadie hable mal de él —dijo antes de recitar con voz trémula el poema que le brindaba

consuelo en momentos difíciles:

Con diez años eres un niño,
con veinte conoces el cariño,
con treinta años contraes matrimonio,
con cuarenta proteges tu patrimonio,
con cincuenta años hablas de antaño,
con sesenta descienes un peldaño,
con setenta años sigues bajando,
con ochenta continúas al mando,
los noventa aún pueden ser años oportunos,
pero a los cien solo llegan algunos.

8.

El marco alemán cayó en picado. A los pocos días el tío Wally vino a decirnos que había decidido irse a vivir a Alemania. Sin pensarlo dos veces vendió todas sus propiedades y antes de que pudiéramos darnos cuenta se había instalado con su familia en el país vecino. La niñera de Mili se quedó en los Países Bajos, desolada. Acabó trabajando como dependienta en una mercería. «Jamás podré acostumbrarme a otra familia», sollozaba. En sus tardes libres solía pasarse por nuestra casa. Antes apenas se fijaba en mí, pero desde que ya no estaba Mili hacía tanto esfuerzo por conquistarme que daba grima. A cada visita traía un detallito a cuál más tristón, un objeto útil de la tienda donde trabajaba tan a regañadientes: un huevo de madera para zurcir, alfileres o varios juegos de corchetes. Ante semejante panorama me resultaba casi imposible alegrarme o darle las gracias. Además, según mi madre, eran todos artículos robados; solo esperaba que no fuera a enterarse la policía porque en ese caso me detendrían por encubrimiento. Hasta en sus mejores días, la tata había sido un fideo poco atractivo, pero desde que tenía los ojos permanentemente hinchados y la nariz roja de tanto llorar parecía un espantapájaros. No había foto de Mili que no llevara en su raído y siempre abultado bolso de mano, y cuando recibía alguna carta suya nos la leía varias veces seguidas en voz alta entre sollozos. Dadas el ansia y la envidia con que la niñera miraba las postales que Mili me mandaba muy de vez en cuando, yo no tenía otra opción que regalárselas. Por mi experiencia con Lucie sabía lo que significaba anhelar la llegada de noticias procedentes de un ser querido. Desde que Lucie se había comprometido en matrimonio, mi adoración hacia

ella había quedado congelada, sobre todo porque nuestros nuevos vecinos no me daban tiempo a estar afligida. Los anteriores habían salido huyendo por culpa de Czerny y Clementi, pero con sus sucesores, una joven pareja de periodistas que apenas paraba en casa, había conseguido cerrar un trato correcto: no podía hacer ruido mientras ellos redactaran los artículos para su periódico, pero por lo demás era libre de interpretar la música que quisiera.

Una vez a la semana recibía clases de un profesor tan viejo que había llegado a tocar el piano para el rey Guillermo III. En aquella ocasión, el monarca le había obsequiado con un reloj de oro que llevaba siempre encima. Si estaba satisfecho con mis progresos, me dejaba mirar el reloj un rato, algo que hacía con enorme respeto, aunque no había mucho que ver.

Entretanto, la particular visión comercial de mi padre tuvo consecuencias cada vez más catastróficas. Por la noche, cuando se sentaba ante su colección de sellos, lanzaba unos suspiros desgarradores. Banning Cocq y el tío Salomon volvieron a hacer acto de presencia con tal asiduidad que mi madre empezó a hacer planes para mudarse definitivamente a Amberes. No sabía si alegrarme o no; tampoco sabía si tendría el valor suficiente para ir a ver a Lucie. Al final, fueron otros los que decidieron por mí.

Una tarde en la que no la esperábamos, la tata de Mili irrumpió en casa sosteniendo en cada mano un manojo de cintas de muchos colores.

De pie en el centro del salón, exclamó que la habían redimido. Con no poca dificultad, logramos deducir de sus gritos confusos que, para su más absoluta satisfacción, el tío Wally había entrado en la mercería casi como personificación de vengativa justicia, tachando a los dueños —que a decir verdad no la trataban nada mal— de sanguijuelas y parásitos. «Antes de marcharme, esta muchacha era una joven hermosa. ¿Y qué es ahora? ¡Un esqueleto andante!», vociferó. Tras arrojarles a los patronos el sueldo de tres meses, la llevó a almorzar a un restaurante donde, según afirmaba ella, pretendió que comiera todo lo que no había comido en los seis meses anteriores. Las cintas las estaba colocando cuando apareció el tío Wally; se las había llevado sin querer (mi madre me lanzó una mirada elocuente). Y como no pensaba volver a pisar nunca más aquella tienda maldita, se las iba a regalar a Mili.

Tras la comida, el tío Wally tenía varias citas importantes, todas ellas de

negocios, y le había pedido que se acercara para avisarnos de que en cuanto terminara pasaría a vernos.

A la mañana siguiente, la niñera partiría con él a Berlín «en primera». El tío Wally le había prohibido tajantemente que pasara una noche más en su cuchitril, invitándola a que se alojara en el hotel de lujo donde él se hospedaba.

La niñera estaba embriagada de felicidad.

Cuando ya se disponía a salir me ofreció una de las cintas, y ante mi rechazo, educado pero firme, observó:

—Bah, en el fondo llevas razón. Estos colores pastel no te sientan nada bien. Deberías haber sido chico, con esa cara tan ancha y tan rara.

Expectantes, esperamos la visita del tío Wally.

Cuando por fin se presentó a última hora de la tarde, me quedé impactada. Le vi imponente: respondía a la perfección a mi imagen del gran industrial. Un enorme cuello de astracán adornaba su flamante abrigo de invierno azul marino, en la huesuda cabeza lucía un sombrero de castor gris claro y su bastón amarillo estridente culminaba en un grueso puño de oro.

—No tengo mucho tiempo —advirtió después de un fugaz saludo—, pero que no se diga que Wally abandona a su suerte a unos viejos amigos que lo están pasando mal. ¡Chist!, no me llevéis la contraria, lo estáis pasando muy mal, solo hay que veros —se dirigió a mí—: Cuéntame, ¿acaso no estás a punto de marcharte con tu madre a Amberes?

—Sí, tío Wally, nos vamos pasado mañana.

—¡Lo veis! —exclamó triunfante—. Ya lo sabía yo.

Mientras tanto, se despojó de su rutilante capa exterior, poniendo al descubierto un magnífico traje color caramelo con camisa de seda roja. Tras tomar el té con nosotros en actitud complaciente dijo:

—Y ahora, escuchadme bien.

Habló mucho y muy alto, animándonos a ir a Alemania, pero mi padre no se dejó convencer.

—Me persigue la desgracia —balbuceó—. Cada vez estoy más convencido de que no sirve de nada tratar de huir del destino.

—Ya nos sabemos la historia —replicó el tío Wally—, si tú fueras panadero, todo el mundo dejaría de comer pan, eso lo has repetido hasta la

saciedad, pero ha llegado la hora de romper ese círculo vicioso. Solo párate a pensar un momento en lo fantástico que sería para Gittel poder estudiar música en Berlín.

Se hizo tarde y me mandaron a la cama. Por la mañana, me enteré por mi madre de que, tras madura reflexión, mi padre y ella habían decidido que también partiríamos a Alemania. Nuestra visita a Amberes se canceló.

Siguieron unas semanas ajetreadas. Emocionada, me despedí de mi anciano profesor de música, siempre tan afable. Si me conformaba con el plan era por la perspectiva de volver a ver a Mili. Aunque los últimos días en nuestra casa desmantelada fueron excitantes, tanto como viajar por primera vez en un tren internacional, de los tres mi madre fue la única que disfrutó sin freno alguno. El solo hecho de respirar el aire de una estación de ferrocarril la colmaba de felicidad.

Mili y sus padres fueron a recogernos.

—Os hemos encontrado un sitio *formiloso* —comentó el tío Wally—. Además, es baratísimo, solo piden cinco millones de marcos a la semana.

Aún no estábamos acostumbrados a esas cifras astronómicas, pero era, en efecto, un lugar impresionante. Nos recibieron los dueños, una señora de avanzada edad y su hijo, Helmut. Al ocupar tan solo dos habitaciones de un piso suntuoso, se alegraban de poder alquilar el resto de la casa a una familia de «adinerados holandeses». Había alfombras persas por todas partes, y muebles de madera maciza recién estrenados. Según nos confesaría Helmut al poco tiempo, tenía tan escasa confianza en los mercados que prefería invertir su capital en bienes.

Mili y yo nos saludamos con estudiada pero fingida indiferencia. Al llegar a mi amplio y elegante dormitorio de madera dijo de no muy buena gana:

—Estoy contenta de que hayas venido, aunque ahora vuestra casa es más bonita que la nuestra.

Me ayudó a colgar mis vestidos marineros, medio perdidos en el enorme ropero que casi llegaba al techo.

De vuelta en el salón, Helmut nos presentó a su prometida, una criatura pálida y huraña que se desvivía por él y su futura suegra.

—De todos modos no pienso casarme con ella —dijo en cuanto su prometida entró en la cocina.

En realidad, había sido un día confuso. No en vano sentí alivio cuando por fin pude meterme en la cama.

A la mañana siguiente, mi padre salió temprano para ir a ver al tío Wally, que lo llevaría a conocer a los hombres de negocios más potentados de la ciudad.

Yo iría a la escuela con Mili, como antes. Además, la tía Eva ya me había buscado una profesora de música y había acordado con ella que iríamos a verla la tarde de nuestra primera jornada en Berlín.

La madre de Mili me estrechó entre sus brazos al darme esa buena noticia, convencida como estaba de que no me encontraría totalmente a gusto en Alemania mientras no tomara clases de piano.

La profesora se llamaba Knieper. A juzgar por los informes que había pedido la tía Eva, en otros tiempos había sido una célebre concertista y últimamente gozaba de muy buena fama como pedagoga. El encuentro me hacía ilusión porque, en el momento de la despedida, mi profesor de La Haya había tenido la sabia idea de recomendarme que siguiera esforzándome con sus sucesores tanto como me había esforzado con él.

Acudimos a la cita con la señora Knieper las cuatro.

No vivía muy lejos de la casa de Mili, en la planta baja de un edificio de apartamentos igual de alto que el suyo. Nos abrió un niño delgado con carita de ratón y el pelo mojado peinado para atrás. Nos saludó a cada una con una profunda reverencia. Después nos condujo hasta un pequeño vestíbulo con sillas de madera y asiento de enea. Pidió que nos sentáramos y que tuviéramos un poco de paciencia, al hallarse su madre en clase.

Señaló una puerta de madera con forma de arco ojival en la que unas tachuelas de cobre formaban la palabra *Musikzimmer* en letras góticas, y debajo se leía: *Ruhe!* Al otro lado de la puerta se estaba maltratando seriamente el *Aufschwung*s. Schumann.

El chico se disculpó: tenía que hacer deberes. Se despidió con una reverencia para las cuatro, sin acordarse de encender la luz. Sentadas en aquel oscuro vestíbulo, escuchamos los ocho primeros compases del *Aufschwung*, repetidos una y otra vez con los mismos fallos. De pronto, sonaron de otro modo, con los errores de antes pero con un toque magistral, mientras una voz enfadada cantaba:



Al final, la música cesó. Tras una breve pero vehemente disputa que, muy a nuestro pesar, no logramos seguir, se abrió la puerta. Salió una niña en sollozos, las partituras bajo el brazo y con tantas prisas que por poco nos arrolla. Después, la puerta volvió a cerrarse de un golpe furioso. La tía Eva musitó entre risas que por puro miedo se había tragado parte del cuello forrado de su abrigo y Mili tuvo que meterse los dedos en la boca para no soltar una carcajada. A mi madre el incidente también le hizo gracia, pero yo supe que hasta el final de mis días continuaría escuchando las palabras de aquella extraña estrofa del *Aufschwung* de Schumann, precisamente una de mis obras favoritas.

La puerta tardó un buen rato en volver a abrirse. Vimos aparecer a una mujer robusta.

—Por favor, síganme —dijo con frialdad.

Dóciles, la seguimos hasta una estancia larga y estrecha con dos pianos de cola colocados de una forma tan inusual, con los teclados situados el uno frente al otro, que ocupaban casi todo el ancho de la estancia. Había, además, un diván cubierto por una lona de color marrón oscuro. Encima de los pianos y debajo de ellos se alzaban pilas de partituras, y a lo largo de las paredes se sucedían las estanterías repletas de libros, todos ellos encuadernados en negro y dorado como si su dueña los hubiera comprado por metros.

Con voz trémula, aún bajo el efecto del ataque de risa de antes, la tía Eva nos presentó a la señora Knieper, cuyo aspecto guardaba no poco parecido con el de una leona enjaulada.

Vestía una túnica de franela gris al estilo griego y empezó diciendo que no acostumbraba a recibir a sus alumnos en ciernes en compañía de todo un regimiento. Aun así, se mostró dispuesta a hacer una excepción en mi caso, ya que, al venir de la campiña, no conocía la ciudad. Con un simple gesto dio a

entender al regimiento que podía acampar en el diván con tal de que no interfiriera en el curso de los hechos.

Luego se sentó a uno de los pianos de cola, me llamó con la mano y me examinó de la cabeza a los pies.

—Bueno, bueno —dijo en tono despectivo—, conque tenemos aquí a una niña prodigio.

—No, señora, no soy ninguna niña prodigio —contesté asustada, dejándome llevar por la sana repulsión que me había inculcado mi profesor de La Haya hacia esas desafortunadas criaturas, y sin ser consciente de que era la única respuesta correcta posible.

—A veces los niños son más sensatos que los supuestos adultos —concluyó la señora Knieper.

Tras sacarle las uñas a la tía Eva, cuyos bienintencionados elogios hacia mí habían despertado la ira de la leona, me dedicó una amable sonrisa.

En lo alto del piano de cola contra el cual había terminado por apoyarme, entre dos pilas de partituras, destacaba una fotografía de gran tamaño en la que se dibujaba, vago e impreciso, el contorno de una melena leonina, al gusto de la época.

—¿Puedo acercarme un poco más para ver ese retrato suyo?

Volví a dar en el blanco.

—¡Qué interesante! También crees que soy yo —observó la señora Knieper, satisfecha—. La verdad es que lo cree todo el mundo. Adelante, acércate.

El trío instalado en el resbaladizo diván me lanzó miradas llenas de incredulidad, admiradas de que hubiera conseguido domar a la leona en tan poco tiempo. Nada más tener la fotografía entre las manos lo estropeé todo al decir:

—¡Ah!, ya veo, es Leona Frey. No se parece en absoluto a usted.

A través de la difuminada imagen había reconocido los sabios ojos y la boca socarrona de la célebre pianista. Eso sí, también le caía sobre los hombros una melena salvaje y también lucía una túnica griega, al igual que la señora Knieper.

Debajo del retrato figuraba una grandilocuente dedicatoria de Leona a su «querida colega pianista», en esos garabatos largos y angulosos tan comunes

entre las mujeres de renombre.

La señora Knieper replicó con malicia que por algo sería que la gente las tomaba por mellizas, y añadió que no tenía tiempo ni ganas de tonterías. Dicho de otro modo, había llegado el momento de tocar el piano y demostrar lo que valía.

Tras escuchar con los ojos cerrados las dos primeras páginas de la partitura del *Rondó en do mayor* de Beethoven, me hizo señas para que parara y me preguntó qué más piezas tenía pensadas mi profesor para mí de haberme quedado en la campiña holandesa.

—El *Concierto italiano* de Bach —contesté no sin cierto orgullo.

En un tono meloso que debería haberme alertado, la señora Knieper me preguntó:

—¿Y por qué no directamente *L'Appassionata*?

Caí de lleno en la trampa.

—¿De veras me cree capaz?

Mientras soltaba una risa sonora y malvada me indicó que me pusiera a su lado.

—Ni siquiera un pianista que estudie durante veinte años con los mejores maestros y se beba a fondo los cálices colmados de dolor y de placer que le brinda la vida se atrevería a interpretar *L'Appassionata*; y tú, estúpida niña, te crees capaz ahora mismo.

Dos manos musculosas me agarraron por los hombros y me sacudieron con fuerza.

El aliento de la señora Knieper delataba que antes de nuestra llegada había apurado unos cuantos cálices, pero de aguardiente. Siguió hablando cinco minutos seguidos y ese breve lapso de tiempo le bastó para hacerme añicos con gran profesionalidad.

Tampoco se salvó mi entorno, que, según ella, me llevaba en palmitas y me ensalzaba en exceso. Así y todo, anunció que en unos pocos años lograría corregir muchos de los fallos graves que deslucían mi modo de interpretar, aunque los más persistentes ya no podrían ser erradicados jamás. Acto seguido exigió que le pagáramos tres meses por adelantado, una deslumbrante cantidad de millones que mi madre soltó sin pestañear. Para nosotros, un millón más o menos no hacía la diferencia.

La señora Knieper me daría clase una vez a la semana, siempre a la misma hora, y para la primera sesión tenía que estudiarme tres escalas. En los siguientes seis meses no me mandaría tocar otra cosa. Antes de despedirse de nosotras expresó su deseo de que escucháramos cómo podía llegar a tocar el piano una criatura de mi edad.

Fue hasta la puerta y vociferó:

—¡Hä-ä-änschen!

Entró el niño con cara de ratón.

—Habrás oído que esta chica trata de interpretar a Beethoven. Enséñale cómo se hace —le ordenó su madre.

Hänschen no se hizo de rogar. Sus hábiles dedos lograron extraer toda la calma serena y la suave dulzura contenidas en aquel simple rondó, y para colmo no experimentaron el más mínimo desasosiego al alcanzar las vueltas y revueltas de la carrerilla más intrincada, que a mí me causaba quebraderos de cabeza.

Me dejó destrozada.

Después de que Hänschen inclinara la cabeza con dignidad en señal de agradecimiento por nuestro aplauso y abandonara la estancia, su madre me lanzó una mirada penetrante:

—Y ahora cuéntame qué te ha parecido.

La tía Eva acudió en mi ayuda.

—Precioso —dijo.

La señora Knieper le espetó que la pregunta iba dirigida a mí.

Con el corazón desgarrado no pude sino reconocer que Hänschen tocaba a las mil maravillas y que era ya un gran pianista.

—Al menos eres sincera —ponderó—. Posee, en efecto, un talento extraordinario. Se quedará un año más conmigo y después se irá con Leona. Ahora vete. Te espero aquí la semana que viene, con las tres escalas y sin acompañamiento.

Tras reírse a mandíbula batiente de su propio chiste nos echó de la habitación con un amplio gesto de la mano que no admitía réplica. El pequeño vestíbulo se encontraba sumergido en la oscuridad: a tientas y encajando algún que otro doloroso golpe, logramos abrirnos paso hasta la puerta de la calle.

Una vez fuera, mi madre, después de escuchar cómo su halcón había sido

calificado de vulgar mochuelo, echó a caminar sumida en un silencio trágico, con la mirada fija al *frente*.

La tía Eva se deshizo en disculpas e incluso ofreció reembolsarnos los millones pagados por adelantado, dando por supuesto que no habría quien volviera con semejante bruja. Sin embargo, yo estaba decidida a tomar clases con la señora Knieper y fingí no tenerle ningún miedo.

Mili dijo que Hänschen le caía fatal y que nunca antes había oído a nadie tocar tan mal el piano.

Era un juicio de lo más injusto, pero sirvió para levantarnos el ánimo.

Después de la visita a casa de la señora Knieper, mi madre y yo vivimos durante toda una semana embriagadas por nuestra repentina condición de millonarias. Tras años de tener que mirar y remirar cada céntimo para luego volver a guardarlo en el monedero prácticamente vacío, era una delicia poder adquirir lo que quisiéramos. Mi padre se negó a participar en nuestra fiebre compradora. Cada vez más triste, afirmó que, por fortuna, sus padres se habían ahorrado la vergüenza de ver cómo su hijo, tras marcharse de su país natal como un hombre honesto, a su regreso se había convertido en un *Schieber*. La palabra no me sonaba y tampoco tenía tiempo ni ganas de indagar lo que quería decir. Con ayuda de la tía Eva, que conocía las mejores tiendas, mi madre renovó su vestuario y el mío. Por supuesto, me compró el enésimo vestido marinero, con la diferencia de que la nueva prenda lucía un rojo escarlata aterciopelado y tenía un cuello celeste de seda adornada con trencilla plateada; un atuendo ideal para un mono sentado en un organillo.

Tras nuestras correrías volvíamos muy contentas a nuestro paraíso de madera maciza. El salón albergaba un Bechstein de dos metros largos al que me sentaba a practicar las escalas de Knieper sin escatimar esfuerzos. A veces tocaba alguna pieza a petición de la prometida-esclava de Helmut mientras la susodicha me escuchaba llorando discretamente en un rincón. Me hubiese gustado creer que su llanto era el resultado de mis dotes de conmover a la audiencia, pero en ese caso no habría acabado una y otra vez haciéndonos partícipes, sin que nadie le preguntara, de las nuevas fechorías de su Bestia Rubia. Mi madre consolaba a la desdichada joven con bombones o una copita de licor y luego, de nuevo entregadas a la frívola vida de Berlín, nos olvidábamos de ella y de su sufrimiento.

Tomábamos el té en la avenida Unter den Linden y, para mi asombro, comíamos con cierta frecuencia en restaurantes no judíos. No me explicaba cómo mis padres lograban conciliar esa nueva costumbre con su conciencia *kósher*, pero eran unos locales tan distintos y tan agradables que me cuidaba muy mucho de sacar el tema. En aquella semana inolvidable conocí por vez primera a un chico que me caía simpático, un primo lejano que dibujaba muy bien. Cuando se lo comenté a Mili, quiso saber de buenas a primeras si estaba enamorada de él. Claro que no, era simpático y nada más.

—Eso es imposible —sentenció mi amiga—. Una chica te puede caer simpática, pero de un chico te enamoras.

Nuestra semana de gloria culminó con una visita a una opereta-para-mayores. Mili ya había disfrutado más veces de la noche berlinesa con sus padres. Mientras estudiaba el programa habló con gran conocimiento de causa de los actores y cantantes, todos ellos estrellas que por entonces brillaban en el firmamento del teatro.

—Esta compañía es un poco *Schmiere* —observó.

Hubiese preferido morir antes que preguntarle por el significado de esa palabra. Aunque me era totalmente desconocida, comprendí que tenía una carga peyorativa; me costó un tremendo trabajo contener mi admiración por todo cuanto iba sucediendo en el escenario, que no era poco.

Cantaron unos caballeros en uniforme azul heráldico, y, de pronto, salió una hermosa dama rubia del marco de un cuadro en medio de un dormitorio que ciertamente no era el suyo. Entonó un emocionante dueto con el caballero que vestía el uniforme más bello, cuajado de borlas doradas. Poco después se apagaron las luces. Cuando volvieron a encenderse, en el marco colgaba un cuadro cualquiera y la hermosa dama rubia había desaparecido para siempre. Si no fuera porque no quería llorar ante Mili, me habría emocionado hasta las lágrimas. Al salir del teatro fuimos a cenar a un restaurante decorado a la española. Nos servían unos toreros rubios y en un tablado no mucho mayor que un mantel danzaba una pareja de bailarines de tango. El brillo de los ojos negros, el fulgor de los blancos dientes, el toque de las castañuelas, el vaivén de las abigarradas faldas de la señorita, el redoble de los céleres pies del bailarín sobre el suelo y, al fin, mis lágrimas.

—Está borracha —dijo Mili—. Aún tiene que acostumbrarse a la vida en

una gran ciudad.

Apenas había probado el vino blanco, pero no podía soportar tanta felicidad a la vez.

Al cabo de aquella semana, un tal Hjalmar Schacht intervino en los mercados, de tal modo que, de un momento a otro, volvimos a ser igual de pobres que antes.

A mi padre aquel saneamiento financiero no le sorprendió en absoluto, al contrario; estaba convencido de que el doctor Schacht había esperado a que regresara él para implantarlo.

Al poco tiempo, nos reclamaron el alquiler en *Rentenmark*, los llamados marcos seguros, y no pudimos costearlo de ninguna de las maneras. Bajo las maldiciones de Helmut y su madre, nos vimos obligados a dejar el piso. La pálida prometida lloró y me regaló una cajita de chokolatinas en señal de despedida. No teníamos adónde ir y los buenos consejos se pagaban casi tan caros como cualquier vivienda.

Ya por la noche, después de una tarde de intentos vanos, nos presentamos en casa del tío Wally y de la tía Eva para pedirles su opinión. Aunque también sufrían las consecuencias de la hábil jugada del doctor Schacht, el tío Wally había logrado acopiar suficiente dinero en los seis meses anteriores como para aguantar al menos un tiempo.

—Hay que guardar la calma —nos aconsejó—. Tras el primer susto volverán a surgir oportunidades de negocio.

—No para mí —replicó mi padre—. Mañana me marcho a Holanda en busca de trabajo. Thea y Gittel tendrán que conformarse con un alojamiento barato hasta que puedan volver a reunirse conmigo.

La tía Eva ya había encontrado unas habitaciones de alquiler en la casa que se hallaba enfrente de la suya.

—Ahí estaréis más a gusto —nos consoló a mi madre y a mí con esa voz siempre tan amable—. En realidad, era una lata que vivierais tan lejos.

Nos acompañó a nuestra nueva morada. Los Blumenfeld eran un matrimonio gris y mustio que, nada más vernos, expresó su disgusto por tener que ceder una parte de su lujosa vivienda a unas extrañas.

—Con los Ray era distinto —se lamentó la anciana mujer—. Éramos amigos. *Mrs.* Ray era un sol y *Mr.* Ray se portaba como un verdadero *gentleman*.

No tardaríamos en darnos cuenta de que tenían la boca llena de nuestros antecesores. De hecho, todas las habitaciones estaban presididas por una fotografía grande y reluciente de la joven y risueña pareja. Los Blumenfeld nos asignaron dos cuartuchos sombríos, aunque también era cierto que pedían por ellos un alquiler sorprendentemente bajo.

Al día siguiente mi padre partió. Mili y yo volvimos a ir juntas a la escuela. Cada mañana, en el camino, un hombre calvo con gafas y perilla nos tiraba besos desde detrás de la ventana de un primer piso. Tanto nos divertía aquella escena que le devolvíamos sus besos con muchos aspavientos. Él, aparentemente encantado con nuestra respuesta, abría la ventana y nos arrojaba un puñado de chocolatinas polvorientas que nosotras recogíamos al vuelo entre efusivas muestras de alegría y gratitud. Tan pronto como doblábamos la esquina nos deshacíamos de ellas. Según sostenía Mili, comer *chocolatines ofrecidas por un desconocido* conducía sin más remedio a la locura o a la muerte. Las raras veces en que nos acompañaba la niñera, nuestro amigo calvo se ocultaba tras las cortinas como un cobarde.

Tanto odiaba la escuela que no recuerdo ni el edificio ni a sus ocupantes.

Los Blumenfeld me dejaban tocar una hora y media al día en un instrumento curioso que, por la parte de delante, no estaba hecho de madera sino de seda verde fruncida y gastada, lo cual no redundaba en beneficio del sonido. El poco marfil que quedaba en las teclas me arañaba los dedos hasta hacerlos sangrar, pero me negaba a abandonar la lucha, por desigual que fuese, decidida a plegarme a las duras condiciones de la señora Knieper. Los seis cuartos de hora en el piano de los Blumenfeld se me iban íntegramente en la estricta dieta de arpeggios y escalas, difícil de soportar, pero sin duda óptima para mi salud musical. Lo peor de todo era que, al final de cada clase, supuestamente en un intento por animarme, la señora Knieper llamaba a Hänschen para que él interpretara las obras que acababa yo de interpretar. Verde de envidia, tenía que escuchar cómo aquel muchacho ejecutaba «mi» *Sonata* de Mozart y «mis» *Escenas infantiles* de Schumann a la perfección.

Para la señora Knieper, los Países Bajos quedaban reducidos a la campiña

o la provincia, un desierto espiritual falto de grandes ejecutantes. Un día que me aventuré a mencionar a Mengelberg y a Dirk Schäfer replicó, toda orgullosa, que ambos eran alemanes y que habían tenido el valor de emprender la ingrata tarea de tratar de inculcar un mínimo de cultura a un territorio atrasado, aunque dudaba seriamente de que fueran a conseguirlo.

Lo que la señora Knieper me contaba sobre Leona Frey lo compensaba todo. La amistad con Leona era la gloria y la miseria de su existencia. Idolatraba a la reputada artista al tiempo que la envidiaba a muerte.

Nacieron en el mismo lugar, fueron juntas al conservatorio y compartieron el primer premio en los exámenes finales. Después, la señora Knieper cometió la increíble estupidez de enamorarse y contraer matrimonio. Leona había sido mucho más lista y vivía *a la carie* (no tenía la más remota idea de qué significaba eso, pero no me atreví a hacer ninguna pregunta). Gracias a ese estilo de vida, Leona alcanzó las cumbres más altas de la fama. A mi juicio, debía de ser una buena persona, porque cada año, cuando tocaba en Berlín con la orquesta filarmónica, se alojaba en casa de los Knieper, lo que sin duda le suponía un gran sacrificio. Además, aprovechaba su estancia para ofrecer un concierto en la más estricta intimidad a los amigos y discípulos de su antigua compañera de estudios. La señora Knieper me explicó que, con ese motivo, los tres alumnos más aventajados eran presentados a Leona y podían tocar el piano para la renombrada pianista, dejando claro —sin que hubiera necesidad— que yo no estaba entre ellos. Así y todo, podría asistir al recital siempre y cuando para entonces no hubiera regresado a la provincia.

Entusiasmada, le di las gracias por la invitación y le aseguré que, tal y como estaban las cosas, era probable que no volviéramos a los Países Bajos en muchos meses.

9.

Las cartas de mi padre, de todo menos alentadoras, parecían indicar que nuestro exilio se prolongaría por largo tiempo.

La señora Knieper se llevó a Hänschen a una estación de esquí en la que coincidirían con Leona. Hasta donde se lo permitían sus giras, la pianista hacía lo posible por celebrar las Navidades con ellos.

Según nos contaron los Blumenfeld, el año anterior *Mr.* Ray se había presentado con un pavo de veinte libras en Nochebuena, y en Nochevieja el champán había fluido a raudales. Estaba claro que nosotras no íbamos a competir con él. El 24 de diciembre, mi madre se levantó con un fuerte dolor de garganta. Tenía mucha fiebre. Por recomendación de la señora Blumenfeld, fui a buscar al médico que vivía encima de nosotras. Era de la edad de nuestros caseros; riñó a mi madre por hacer un mundo de un «catarro de nada». Como a mí ya me habían dado las vacaciones, podía hacer de enfermera. Fui a ver un momento a la tía Eva para informarle de que mi madre estaba resfriada y enseguida me dijo:

—¿Por qué no vienes a celebrar la Nochebuena aquí con Mili y la tata? El tío Wally y yo nos vamos a una fiesta. Tenéis la casa para vosotras. Y cada hora te acercas a echar una ojeada a tu madre.

Mi madre se puso cada vez más enferma. Con los ojos cerrados y las mejillas encendidas, no paraba de pedir hielo con un hilo de voz. Los Blumenfeld se mantuvieron al margen y el médico no volvió. Con la sensación de estar robando saqué los últimos ahorros del monedero de mi madre. Tenía que conseguir hielo como fuese. Tras dar muchas vueltas compré medio

bloque a un pollero. Volví a casa tiritando, cargada con ese lastre frío y duro que no dejaba de gotear, y pedí prestado un martillo al portero.

Mi esfuerzo se vio recompensado: el hielo pulverizado brindó un poco de alivio a la enferma. Como habían sobrado algunos marcos volví a salir, dispuesta a gastarlos de la mejor manera posible. Al final, compré una gran bolsa de merengues de chocolate. Mili y yo nos parábamos todos los días a admirarlos de camino al colegio, al pasar por delante del escaparate de una pastelería donde se apilaban en todo su brillante esplendor marrón formando una torre altísima. Me llevaría la mitad a casa de Mili como contribución a la fiesta navideña, y mi madre sin duda se tomaría la otra mitad en cuanto se sintiera de nuevo en condiciones de comer algo. No pude resistir la tentación de probar una de las delicias que había mirado con avidez durante semanas. Me llevé una amarga decepción: el merengue estaba quemado. Todos los merengues estaban quemados. Se habían ido al garete cinco marcos preciosos.

Pasé el resto de la tarde cuidando a mi madre. Después acudí a casa de Mili, con las manos vacías. La tía Eva había preparado un bufé impresionante. Vestida ya para salir, lucía un deslumbrante traje de fiesta de color rojo oscuro. El tío Wally llevaba un esmoquin azul noche.

Para ambientarnos, la tata, Mili y yo decidimos ir a ver los árboles de Navidad del barrio. Los había muy bonitos. Era todo un detalle que sus dueños no corrieran las cortinas, permitiendo que también los disfrutaran quienes no tenían costumbre de montarlos en sus casas, entre ellos los judíos como nosotros.

—Mamá quería haber puesto uno —comentó Mili—. Se apunta a todo. Si se enterase de que los hotentotes tienen algo que festejar, también participaría. Ella misma lo dice.

Enfilamos una bocacalle que me resultaba muy familiar. *Al fondo vería aparecer la casa del señor Mardell, en Amberes, cruzaría a la otra acera, llamaría a la puerta y me abriría Bertha.*

No me desagradaría que me plantara uno de sus besos húmedos en la mejilla.

—¡Vaya, Gittel, qué sorpresa! No te esperaba aquí. Lucie se alegrará muchísimo. ¿Cómo le va a tu señor padre?

Pues sí, ¿cómo le iba a mi pobre padre? Sin duda nos estaba poniendo unas letritas desde cualquier buhardilla, a la trémula luz de una vela, muerto de hambre.

Mi madre, enferma; mi padre, muerto de hambre en una buhardilla; y yo vagando por una ciudad desconocida como una mendiga. No, no nos iba nada bien, pero a la buena de Bertha no hacía falta decirselo.

Menie, Salvinia y Gabriel acudirían a saludarme; ¡ay, no!, era de noche, llevaban ya un buen rato en casa. ¿O tal vez Gabriel se habría quedado trabajando hasta tarde? En ese caso saldría a dar un paseo con Lucie y con él, a orillas del Escalda, bajo la luna. El señor Mardell me abriría la puerta color miel de su despacho, me invitaría a pasar a contemplar sus cuadros y diría:

—Mañana La casa en octubre volverá a su sitio.

Incluso me haría ilusión ver de nuevo a la mujer del vientre verde.

... y Lucie, mi querida Lucie, cómo puedo llevar tanto tiempo sin pensar en ti.

—Hola, mica —así llegó a llamarme alguna vez—. Hola, mica traviesa, ¿por qué no me has escrito? ¿No crees que has sido ingrata e injusta con nosotros? Siempre nos hemos portado muy bien contigo.

—Pensaba que ya solo necesitabas a Gabriel.

—*Bobadas.*

Sí, la decisión estaba tomada: le escribiría una carta en cuanto consiguiera un sello. Tampoco le haría ningún feo a la casa de mi abuela y su irresistible olor a comida. En ese instante, el codo huesudo de la niñera fue a parar a mi espalda.

—¿Qué andas cavilando? Ya te hemos preguntado tres veces si no deberíamos volver a casa y parece que estás sorda. ¿Dónde tenías la cabeza?

—En Amberes. Estaba pensando que no me importaría estar allí.

—Ya somos dos —dijo la tata inesperadamente—. A decir verdad, estoy bastante harta de Berlín. Ojalá tus padres decidieran volver a Holanda, Mili.

¿Para qué? Mili se encontraba muy a gusto en Berlín, con tanta gente, tantas caras desconocidas, y en cada cara, una historia.

—¿Una historia? —preguntó la tata, igual de estupefacta que yo.

—Sí, cada cara es una historia, casi siempre muy distinta a lo que su dueño te puede contar sobre sí mismo —explicó Mili—. Y ahora vámonos a casa. Después de cenar encenderemos las bengalas. ¡Qué ganas!

—¿De modo que te llevarías un disgusto si tuvieras que regresar a Holanda? —le pregunté.

—No, tampoco es eso. En Holanda hay otra gente con otras caras.

Entré un momento a ver a mi madre: estaba dormida, así que podía entregarme a la celebración con la conciencia tranquila. Cuando terminamos de comernos todo lo que nos había preparado la madre de Mili, la niñera fue a buscar las bengalas. Había una docena de ellas, largas y finas, para cada una. Tras encenderlas cuidadosamente con una cerilla, les dábamos vueltas y más vueltas, provocando una llovizna de estrellitas de fuego que se apagaban casi al instante. A mayor movimiento, mayor cantidad de estrellas. Fue apasionante. A las diez me despedí, para alegría de la tata, siempre tan contenta de que yo me fuera. El portero que solía vigilar la entrada a la casa estaba de vacaciones por Navidad. Su puesto en la garita de cristal al pie de la escalera lo ocupaba una mujer vieja y gorda que hizo señas para que me acercara.

—Vives enfrente, en casa de los Blumenfeld, ¿no es así? Y tu madre está enferma, ¿verdad?

—Sí, señora.

—¿Qué le pasa?

—Le duele la garganta —contesté, sorprendida por el interés que mostraba aquella mujer desconocida que se reía con tantas ganas pese a la gravedad de la situación.

—Me lo temía. ¡Serán canallas! Apuesto a que tu madre tiene difteria. La inquilina anterior de los Blumenfeld, *Mrs.* Ray, murió víctima de esa enfermedad. No lo sabíais, ¿verdad? Los muy sinvergüenzas os lo han ocultado, como si lo viera.

Se tronchaba de la risa.

—Por supuesto, el médico estaba compinchado.

La mujer jadeaba de tanto reír. Sin embargo, al ver que yo estaba a punto de estallar en llanto demostró ser capaz de la más sentida conmiseración; el intenso placer que encontraba en el sufrimiento del prójimo bien merecía un esfuerzo y un poco de generosidad. Me invitó a quedarme con ella en la garita hasta el cambio de turno; en cuanto la relevaran me acompañaría a otro médico ajeno a la confabulación de los Blumenfeld.

—Seguramente confirmará que tu madre tiene difteria. Tendrán que llevarla al hospital. Pobre niña, ¿cómo te las vas a arreglar tú solita en una ciudad desconocida?

Extrajo dos barajas de naipes mugrientas de un enorme bolso de paja. Para matar el tiempo, me enseñó a jugar al diez y al reloj, y yo le enseñé a jugar al siete y al *pietje-weetje*. El sereno llegó en torno a la medianoche. No le quedó otra opción que escuchar toda la historia, narrada con pelos y señales por la samaritana, y al término del relato se deshizo en alabanzas hacia la infinita bondad de su compañera. La mujer llamó a un médico que vivía en el edificio y del que sabía que celebraba la Nochebuena en casa.

Diez minutos más tarde se presentó en la garita un hombre enjuto de mediana edad en traje de etiqueta, enojado por haber tenido que ausentarse de su fiesta.

Al rato, nos encontramos los tres junto al lecho de mi madre. Seguía dormida. El médico la despertó y la examinó a conciencia. La fiebre había remitido y la garganta ya apenas le dolía.

—No tiene difteria —constató el doctor, para decepción de mi ángel salvador.

—Aun así habría que poner en su sitio a los Blumenfeld. ¿Por qué no lo

hace usted, doctor?

—Ni hablar. Yo me voy a casa.

La portera creyó merecerse una recompensa por tanta paciencia y caridad. Se dirigió al dormitorio de los Blumenfeld y se pasó un cuarto de hora largo despotricando contra los pobres desgraciados.

Después se puso a preparar un café, visiblemente satisfecha. Le ofrecí los merengues de chocolate y, para mi asombro, se los comió con mucho gusto. Cuando por fin se hubo marchado, traté de escribir a Lucie.

Querida Lucie:

Queridísima Lucie:

Lucie:

No conseguí pasar del encabezamiento. ¿Y si escribía al padre de Lucie? Siempre me había entendido muy bien con él.

Estimado señor Mardell:

Es Navidad y estoy en Berlín, y eso no es tan divertido como uno se podría imaginar...

Terminé por escribir una carta de cuatro páginas.

El día siguiente a Año Nuevo tuvimos noticias de mi padre: había encontrado trabajo y mi abuela se encargaría de pagarnos el viaje de vuelta. Mi madre vaticinó que nos tocaría dormir un año entero en el suelo, puesto que habíamos vendido prácticamente todos nuestros muebles. Pese a esa perspectiva, nos alegramos mucho de poder regresar, por fin, a Holanda.

A los Blumenfeld ni los vimos. Nos dejaron marchar sin cobrarnos otro mes de alquiler.

La tía Eva preparó una cena de despedida digna de unas princesas y nos confesó que ella también estaba más que harta de Berlín.

—Esta vez seré yo quien me escriba a mí misma una carta declarando que

de aquí a tres meses nosotros también estaremos en casa —anunció.

 Mi deseo de pasar unos días en Amberes no se vio cumplido.

 La abuela, que además de costear el viaje había prestado dinero a mi padre para que comprara lo imprescindible, aún no estaba preparada para recibirnos.

10.

El señor Mardell respondió a mi jeremiada navideña a vuelta de correo, con una carta tan formal como afectuosa. Lucie me mandaba un saludo cariñoso. En cuanto pude, les comuniqué nuestra nueva dirección.

Mi padre había alquilado un piso decorado con unos muebles espantosos en Scheveningen. Muy a mi pesar, era de nuevo un primero. Vivíamos al día, como antes, pero tras nuestro paso por casa de los Blumenfeld aquello se me antojaba un paraíso.

A nuestro regreso, mi padre y yo echamos la primera tarde de domingo en el Mauritshuis, donde los vigilantes me recibieron como a una hija pródiga.

—¡Ay, señor! Qué bien que esté de nuevo aquí, ¿verdad? —le decían a mi padre, que más de una vez debió de haber buscado consuelo en los cuadros y entre aquellos afables ancianos.

En cambio, el reencuentro con mi profesor de música fue distinto a como me lo había imaginado. Quise ocultarle las críticas demoledoras de Knieper, pero al expresar el deseo de escuchar todas las nuevas obras que había estudiado durante mi ausencia, me obligó a confesar, tartamudeando y sonrojada hasta más no poder, la vergonzosa historia de las escalas. Después de pedirme que interpretara algunas de ellas, con los arpegios correspondientes, gruñó que en cualquier caso esa bruja sabía enseñar, y al instante siguiente se enfadó conmigo, presa de esa irracionalidad tan propia de los adultos. Según dijo, me había tratado con demasiada consideración por ser su discípula más joven. Eso se acabó. Aunque no fuera a ser tan estricto como la señora Knieper, no consentiría que comenzara a estudiar el *Concierto*

italiano de Bach hasta que no supiera interpretar el *Rondó en do mayor* de Beethoven al menos tan bien como aquel granuja.

A las seis semanas de llegar nosotros, Mili también volvió, con sus padres y la tata. Los acogía el abuelo Harry mientras buscaban un piso que fuera de su agrado. Mili y yo íbamos juntas a una escuela de Scheveningen. Por una vez le costó más a ella que a mí acostumbrarse. No en vano había vivido más tiempo en Berlín y había estado más a gusto. Sin embargo, tras recitar durante toda una semana en el camino al colegio el poema que le procuraba consuelo en momentos difíciles, volvió a convertirse en la estrella de la clase.

Mi abuela no daba señales de vida.

Desde aquel grito de socorro navideño que le lancé estando en Berlín, me seguía escribiendo con el señor Mardell. Aunque no me atrevía a dirigirme directamente a Lucie, sabía por su padre que estaba bien. El señor Mardell me enviaba con cierta frecuencia los programas de los conciertos a los que había asistido, acompañándolos a veces de una valoración personal. Debíamos de llevar más o menos medio año en Holanda cuando me hizo llegar una reseña muy profesional de una actuación del violinista Jacques Thibaud. En una posdata decía: «Sin duda le complacerá saber que su abuela y la fiel Rosalba gozan de muy buena salud.

Ayer mismo pude comprobarlo con mis propios ojos. Ellas, por su parte, estarán encantadas de recibir las pronto en Amberes».

Al día siguiente llegó una carta de mi abuela en la que nos invitaba muy encarecidamente a pasar unos días en su casa, y lo curioso fue que, al vernos, se alegró de verdad.

Rosalba se ofreció a ayudarme a deshacer la maleta. Una vez arriba, en la habitación de invitados, tomó mi cara entre sus ásperas manos.

—Quiero que sepas que, de haber podido, te habría escrito —susurró.

Enseguida asumí el papel que me correspondía interpretar en la comedia de mi abuela.

—Ya lo sé, no te ha dado tiempo, tienes mucho trabajo.

Rosalba sacudió la cabeza.

—No digas bobadas. No es ninguna vergüenza que no haya tenido oportunidad de aprender a leer y a escribir.

Sí que era una vergüenza, pero ella no tenía la culpa. En ese instante

comprendí cuánto quería a Rosalba, y ella lo sabía, o eso creo.

Cuando mis dos tíos más jóvenes volvieron de sus ocupaciones —Fredie estudiaba Derecho en Bruselas y Charlie se dedicaba a «los diamantes»—, ambos me vieron cambiada, para bien. Había llegado el momento de contribuir a mi cultura general. A los pocos días, Charlie me dejó una caja de madera repleta de cartas.

—Léelas —me aconsejó—. Si alguna vez tienes el valor de escribir algo así, te mato.

Eran cartas de las numerosas admiradoras a las que había dejado plantadas. Pese a ser bajito y feo, Charlie se sabía capaz de conquistar a cualquier mujer que se le antojara, hasta tal punto que convenció a su hermano pequeño, mucho más atractivo que él, para que le pagara a cambio de su promesa de no aparecer por casa cuando Fredie traía una novia nueva. Las raras veces en que el pobre Fredie, harto de tanto hostigamiento, se mostraba reacio a seguir sometiéndose a esas prácticas de extorsión, podía estar seguro de que Charlie le sustraería el botín sin el menor esfuerzo aun antes de que fuera suyo.

Aparte de no sentir ninguna curiosidad por los escritos de las víctimas de mi tío, le dije que mi padre me había enseñado que era una infamia leer cartas ajenas.

—Ahora estas cartas son mías —replicó—. Y yo te pido que las leas. ¡Venga!

Leí algunas, a regañadientes.

—¿Hay algo que te llame la atención? —me preguntó Charlie en un insoportable tono de sabidillo pedante.

—Que casi todas acaban en: «Y ahora me doy un baño y me voy a la cama».

—Exacto —me elogió Charlie—. Te lo advierto una vez más: si llegas a escribir algo así a un hombre, te mato. No hay coqueteo más barato ni más estúpido que ese. Cualquier individuo con dos dedos de frente se da cuenta a la primera. Ahora no lo puedes entender, pero el día de mañana te vendrá muy bien saberlo.

Gruñendo de rabia contesté que de poco me servían los consejos para el futuro y que, de todos modos, el tío Wally ya me había dado algunos.

—¿Ah, sí? —preguntó Charlie con avidez, dejándose llevar por su eterna e incorregible curiosidad—. Cuéntame.

El tío Wally me había dicho: «Cuando seas mayor y estés casada no hagas caso al galanteo de otros hombres. Solo piensan: las situaciones consolidadas no presentan riesgos». Y luego añadió con aire reflexivo: «Acuérdate: vale más un plato de sopa de guisantes tomado con calma en el comedor que tragar deprisa y corriendo un bocado de caviar en la cocina». Cuando le pedí que me explicara aquello se negó en redondo, y Charlie se limitó a asegurarme, con una risa burlona, que eran unos consejos excelentes. ¿Qué ganaba yo con eso?

Fredie contribuyó a mi educación en otro ámbito muy distinto y más placentero. Era un auténtico ratón de biblioteca y me daba a leer todo lo que se publicaba en nuestra lengua. También me obligaba a aprender de memoria largos poemas y fragmentos de prosa que luego me mandaba recitar ante sus amigos con los gestos y la entonación que él consideraba adecuados. En esos momentos yo lo pasaba mal, ya que los chicos se partían de risa ante tan absurdo espectáculo.

Cuando Fredie se enamoraba escribía versos muy apreciados, al menos por la destinataria, por el propio poeta y por mí. Aun así, a la larga aquella práctica resultaba inviable, puesto que, enamorado como era, cambiaba de amada casi todas las semanas. Por falta de tiempo no tuvo más remedio que pergeñar un poema polivalente. Rezaba como sigue:

*En mi casa cuelga un reloj impoluto,
y cada hora o incluso cada minuto,
me repite mi reloj impoluto:
Marie... Marie... Marie...*

*En el bosque abundan los abetos,
altos y viejos afrontan nuevos retos,
¿y qué susurra cada uno de esos abetos?
Marie... Marie... Marie...*

Había también una estrofa sobre unas olas que «inundaban la arena» y unos pájaros y un arroyo que repetían cada uno a su manera *Marie... Marie... Marie...* Desde el momento en que otra muchacha más atractiva lograba adueñarse —por un tiempo— del caprichoso corazón de Freddie, los protagonistas del poema pasaban de repente a murmurar, silbar, susurrar y cantar ese otro nombre. Cuando los amigos de mi tío se encariñaban con alguna joven de especial sensibilidad poética, les prestaba sus poesías.

Mi abuela se había quedado tan prendada del señor Mardell que me alentó a ir a verle de inmediato, cuando antes parecía molestarle que me encontrase tan a gusto con él y con Lucie. Bertha me recibió con un grito de alegría y un par de besos húmedos en la mejilla.

—¡Qué alta! ¿Cuántos años tienes ya?

—Trece, señorita Bertha.

Me preguntó si mientras tanto me había convertido en una mujercita. Sí, ese asunto estaba resuelto.

Lucie bajó la escalera, pálida y flaca. Me estrechó entre sus brazos y me ató al cuello una gargantilla de plata con un corazón granate.

—Para celebrar que has vuelto sana y salva —dijo—. Y ahora corre a ver a mi padre, porque lo quiere saber todo sobre tu estancia en Berlín. En cuanto termines, subes y te tomas el chocolate de siempre.

Me plantó un beso en cada mejilla, inundándome de su inconfundible olor a lirios, y volvió a subir.

A Lucie no le interesaba mi aventura berlinesa.

El señor Mardell salió de su despacho y me saludó con una risa alegre y un cordial apretón de manos. Una de sus cualidades era que no daba ni esperaba besos.

Para mi sorpresa, de pronto «vi» todos sus cuadros. Le pregunté si había alguno nuevo. No, por el momento no le hacía falta ninguno, se sentía más bien atraído por las máscaras y las imágenes primitivas. Me enseñó algunas que no me gustaron en absoluto.

—Pero su padre dice que yo sé lo que es bello mucho antes de que lo sepan los demás.

Ambos nos reímos de buena gana al recordar mi primera visita. El señor Mardell me hizo toda clase de preguntas sobre el marco alemán y el doctor

Schacht y la señora Knieper.

En su opinión, era muy bueno tener que encajar las primeras críticas negativas a una edad temprana. Las críticas resultaban más útiles que las alabanzas porque, de entrada, servían para conocer a los amigos de verdad. Le hablé del juicio de Mili sobre Hänschen. Quiso saber si Mili seguía siendo tan lista y tan buena amiga. Según me dijo, más tarde, si de veras llegaba a dar conciertos, descubriría que, curiosamente, algunas personas jamás leen aquellos periódicos o revistas que publican reseñas favorables al trabajo de uno.

El señor Mardell había tenido oportunidad de admirar a Leona en numerosos recitales y en una ocasión había coincidido con ella en una cena en casa de amigos. Y no, no era simpática, pero sí ocurrente y vanidosa.

—Los grandes artistas suelen ser todo menos amables —afirmó el señor Mardell—. Ni falta que les hace.

Cumplían de sobra escribiendo buenos libros, pintando magníficos cuadros o tocando el piano tan bien como Leona. Había demasiada gente en el mundo que solo sabía ser amable. Me sentí obligada a defender a Leona: ¿acaso no era su larga amistad con los Knieper una prueba contundente de su afable carácter? El señor Mardell no estaba de acuerdo conmigo.

—Todos necesitamos a nuestro Theo —prosiguió—. La señora Knieper es el Theo de Leona.

Retiró de una de las estanterías un libro con reproducciones de cuadros de Vincent van Gogh. Me explicó que la difícil vida del pintor hubiera sido de todo punto insoportable sin la dedicación de su hermano Theo.

—El éxito de casi cualquier artista está basado en el sacrificio de alguien de su entorno. Solo los más fuertes son capaces de salir adelante en solitario.

Sería una reflexión instructiva e interesante, pero yo me moría por ir a ver a Lucie. Sentí alivio al ver entrar a Bertha con el café del señor Mardell.

—Será mejor que me lo subas —le dijo—. En honor a nuestra amiga, y al ser esta su primera visita en mucho tiempo, me lo tomaré arriba. Así la escucho tocar el piano y puedo comprobar si ha progresado.

Mientras subíamos la escalera me preguntó si ya había saludado a Menie y a Salvina. No quería que me llevara una decepción, pero Gabriel estaba en Londres. Me puse colorada hasta las orejas, como aquella otra vez.

—¿Se ha ido para siempre?

—No, por suerte regresará al cabo de medio año. Tenía muchas ganas de pasar una temporada en Inglaterra, de modo que le busqué un empleo. Trabaja con un amigo mío.

Lucie volvió a darme un abrazo mientras Bertha me servía un chocolate humeante.

—Todo vuelve a ser como antes —suspiré, satisfecha.

A petición del señor Mardell interpreté la sonata de Mozart. Impaciente, aguardé su juicio. A su parecer, mi técnica había mejorado mucho. Ya me iría dando cuenta de cómo la música de Mozart cambiaba con el tiempo. Empezaba siendo joven y alegre, pero más tarde, mucho más tarde, se me antojaría —o eso al menos vaticinaba él— melancólica y trágica. Lucie protestó:

—Qué disparate, padre. ¿Trágica y melancólica? ¡Si no hay música más alegre!

El señor Mardell negó con la cabeza.

—Por suerte, tú todavía no oyes que cada nota escrita por Mozart expresa que todo lo nuevo está abocado a envejecer y a morir y que toda belleza es efímera.

—Salvo su propia música —puntalicé con torpeza.

—Salvo la belleza de su propia música celestial —reconoció el señor Mardell.

Apuró su café y se levantó.

—Me reclama mi trabajo.

Al pasar junto a mí me acarició el pelo.

—Venga a vernos cuando quiera. Estamos muy contentos de haber recuperado a nuestra amiga, ¿verdad, Lucie?

Le oímos bajar la escalera, y tan pronto como se hubo cerrado la puerta de su despacho Lucie susurró:

—Recuerda que nadie más que tú sabe lo que hay entre Gabriel y yo.

—¿Seguís comprometidos?

Había deseado de todo corazón que Lucie terminara por percatarse de su error.

—Claro que sí. ¿Qué te has creído? ¿Qué le habría dejado porque está en

Inglaterra? Todo lo contrario. Me parece muy bien que se haya ido. Y ahora te voy a pedir un favor muy grande —anunció mientras me rodeaba con el brazo—. Será mejor que no vuelvas a hablar de Gabriel, porque aquí las paredes oyen.

Le prometí que sería una tumba.

En cualquier caso, ya se encargaba yaya Hofer de darme la tabarra con Gabriel.

Desde que compartíamos un secreto, su actitud hacia mí había cambiado por entero. Se mostró tan atenta que en más de una ocasión llegó a decirme: «No importan el dinero ni la apariencia física. Basta con tener suerte». Esas palabras alentadoras se completaban con una historia larga y confusa sobre una muchacha fea y pobre que, entrada en años, acabó casándose contra todo pronóstico con un buen tipo. Concluido el relato, mis tías y mi abuela enseguida sacaban a relucir toda una lista de mujeres bellas y afables de mi entorno, eternas solteras por el mero hecho de no tener ni un centavo.

Mis parientes femeninas me repetían una y otra vez, siempre con las mejores intenciones, que me interesaba tomar conciencia —cuanto más joven mejor— de que pertenecía a los parias, los desdichados de la tierra; en nuestros círculos el término hacía referencia a las muchachas sin dote. Si esas pobres infortunadas permanecían solteras, habiendo nacido en el seno de una familia supuestamente distinguida, no podían tratar de ganarse la vida en una oficina o una tienda. Estaban condenadas a pasar el resto de su triste existencia en la casa paterna, como esclavas sumisas de la familia, que podía disponer día y noche de sus servicios sin recompensa ni reconocimiento alguno. Y las que se casaban solían incluso correr peor suerte. Una mujer que no aportaba otra cosa al matrimonio que su persona y su amor no era nadie. Tras la embriaguez de la luna de miel, su esposo dejaba de tratarla en pie de igualdad. Si destacaba en cualquier virtud o destreza, la familia política la criticaba y la injuriaba sin piedad, acosándola y machacándola hasta que no deseaba nada más que pasar a mejor vida. Por todo ello, me convenía saber a qué atenerme desde pequeña. No era de extrañar, pues, que las mujeres de mi familia, todas ellas tan entregadas a la desinteresada y valiente tarea de prepararme para ese futuro cruel, renegasen de los cuentos de hadas de yaya Hofer, por miedo a que pudieran minar la buena labor que ellas llevaban a

cabo con tanto ahínco. Más que nada porque no se explicaban a qué venía nuestra súbita amistad. Cuando se disponía a volver a casa, yaya Hofer siempre me pedía que la acompañara un trecho, deseosa de contarme novedades de Gabriel.

Para mi desesperación, me sonrojaba cada vez que ella mencionaba su nombre, de modo que acabó creyendo, al igual que el señor Mardell, que estaba enamorada de él.

A Gabriel le iba muy bien en Inglaterra. Yaya Hofer esperaba que fuera a quedarse una temporada larga, aunque le echaba de menos.

—Me alegro de que esté lejos de los Mardell —dijo—. Ejercían una mala influencia sobre él.

Si yaya Hofer iba a ver más a menudo que antes a mi abuela, era por su hijo Jankel.

El tío Jankel, padre de Aron y marido de una de mis tías por parte materna, se había distanciado de nosotros a raíz de la muerte de su primogénito. Apenas le veíamos, y en las raras fiestas de familia a las que acudía se encerraba en un silencio altanero y despectivo el poco tiempo que nos honraba con su presencia.

Jankel Hofer era como el rey Midas: todo cuanto tocaba se transformaba en oro. Además de ser el dueño de una importante empresa de diamantes, era accionista de uno de los grandes bancos. Incluso acariciaba la idea de hacerse nombrar cónsul honorario de un Estado centroamericano, pese al escarnio de toda la familia. Acababa de mudarse con su mujer y sus hijos a un auténtico palacete. Una vez finalizada la reforma, a manos del interiorista más renombrado de la ciudad, nos invitó.

Todo era tan caro y tan nuevo que nos quedamos atónitos. Aun así mi padre se apuntó un triunfo, por pequeño y mísero que fuera: de entre los muebles y adornos que decoraban la casa anterior de Jankel, la única pieza que mereció la aprobación del dictador interiorista era un dibujo de la expulsión del paraíso de Adán y Eva que mi padre había regalado a sus cuñados el día de la boda. Al no ser la temática del agrado de los recién casados, Adán y Eva habían llevado una vida oculta en la escalera del desván hasta que recibieron un puesto de honor en el despacho de mi tío.

Como era de esperar, Jankel aspiraba a verse rodeado de invitados de alto

rango. El sistema de espionaje de la familia surtió el efecto deseado: descubrimos con mucha antelación que mi tío recibiría a bombo y platillo a algunos notables de Amberes y Bruselas sin contar con la familia. La noticia causó tal malestar que mi abuela y tía Hofer firmaron una tregua. En un primer momento hicieron como si no pasara nada, pero cuando la situación se volvió insostenible acabaron inventando, con amarga satisfacción, una nueva variante de «quien pierde gana»: se contaban historias a cuál más tremenda para ver quién recibía el trato más vejatorio por parte de los hijos, ingratos todos. Tras analizar con lupa los múltiples pecados del tío Isi, su madre llegó a la conclusión de que los deslices amorosos no eran lo peor.

—Sonia sabía con quién se casaba —opinó—. Hay dos clases de hombres en este mundo: o son serios e insulsos, o son divertidos pero poco fiables. Con el tiempo, los serios se vuelven agrios como el vinagre y los divertidos son incapaces de cruzarse con una mujer sin tocarle las nalgas. No sé qué es peor. Mi marido era agrio y el tuyo...

Se puso colorada y se tragó el resto de la frase. Por fortuna, comprendió que en una situación de tregua no era sensato por razones tácticas situar a mi abuelo, que en paz descansase, entre los tocones.

Para mi asombro, comencé a apreciar a tía Hofer y sus dictados. Hasta me entró cierto cargo de conciencia al recordar que antes, cuando vivía en la isla, la había recibido con una de las piedras verdes de Blimbo.

Las visitas de tía Hofer se sucedían a un ritmo cada vez mayor a medida que se iba acercando la fiesta de Jankel. Los servicios de espionaje se enteraron a través del encargado de la imprenta de que mi tío había mandado imprimir invitaciones en papel de barba con bordes dorados. Al clan familiar no le llegó ni una sola tarjeta, aunque todos albergaron hasta el último momento la tácita esperanza de que Jankel revisara su desconsiderada actitud para con la sangre de su sangre y la de su familia política.

En la mañana del fatídico día, mi abuela, mi madre y yo tomamos café con tía Hofer, en un ambiente cargado de duelo. De la fiesta ya ni se hablaba, porque era un asunto demasiado doloroso, y como tampoco éramos capaces de hablar de otra cosa estábamos allí reunidas en silencio cuando, de pronto, apareció Charlie cantando y blandiendo un paquete encima de la cabeza con aire triunfal.

—¿Quién no ha oído hablar de la pata de plata, la pata de plata de Jankel?
—cantó a pleno pulmón.

—¿A ti qué te pasa? Debes de estar o enfermo o loco —sentenció mi abuela en tono amargo.

Si no, no habría abandonado su trabajo a mitad de mañana solo para agasajarnos con esa versión personal del popular himno decimonónico: *¿Quién no ha oído hablar de la flota de plata, la flota de plata de España?*

Yaya Hofer precisó con benevolencia que, cantada por una voz hermosa, quizá podría llegar a ser una canción bonita, pero Charlie estaba fuera de sí y no había manera de calmarlo. Recorrió el salón bailando, con su trofeo en la mano, sin dejar de repetir a gritos las mismas palabras extrañas, hasta quedarse sin aliento. Llegado ese instante, se sentó y nos dijo que prestáramos atención. Abrió el paquete con mucho cuidado y nos mostró un muslo asado de un ave gigante, embellecido con una cinta de papel de plata recortada con maestría.

Charlie salía todas las mañanas a comprar bocadillos a una tienda de la Pelikaanstraat por encargo de su jefe, que gozaba de un apetito envidiable. Ese día se había encontrado con que en medio del escaparate se alzaba, en todo su esplendor, un pavo solitario de tamaño descomunal, ataviado con calzas plateadas. Según explicó Charlie, fueron sobre todo las patas de plata las que excitaron su imaginación. Había sentido la imperiosa necesidad de felicitar a la señora Breine, la propietaria del negocio, por ese ejemplar tan hermoso, y la pobre cometió el flagrante error de comentarle que volvería a ver el pavo por la noche en la fiesta de su cuñado, donde estaba llamado a convertirse en la estrella de todo un cortejo de *delicatessen*. Orgullosa, no había podido sustraerse a la tentación de enseñarle de cerca su obra maestra culinaria.

—Esa fue su perdición —dijo Charlie—. La vanidad merece un castigo.

La aduló el tiempo necesario para que acabase cortándole un muslo al pavo; no había mujer que se le resistiera.

Para entonces Rosalba se había unido a nosotras. Nos quedamos contemplando a Charlie las cuatro, estupefactas. Mi tío nos dijo que dejáramos de lanzarle miradas hambrientas porque no pensaba compartir la pata de Jankel con nadie. Se la había ganado honestamente él solito y él solito se la iba a comer. No podíamos por menos de darle la razón. Impresionadas,

observamos cómo sus jóvenes y fuertes dientes devoraban el enorme muslo. La cinta de papel de plata la guardó en su cartera a modo de recuerdo.

Dos minutos más tarde llamó la señora Breine, presa de la desesperación.

Al acudir a la tienda a darle las últimas instrucciones, Jankel Hofer había visto el pavo mutilado. La señora Breine suplicó a su seductor que le devolviera el muslo. Era fácil volver a pegarlo a su legítimo propietario *con un poco* de gelatina e hilitos de mayonesa, le aseguró. Nadie se daría cuenta. Charlie le comunicó con voz de ultratumba que el muslo había pasado a mejor vida y se mostró extrañado de que una mujer tan respetable pudiera abrigar unas ideas tan descabelladas. ¿De veras pensaba pegarle el muslo al señor Hofer? La señora Breine se puso hecha una furia y Charlie optó por colgar discretamente el teléfono.

Al final, la noche de la fiesta de Jankel transcurrió en un ambiente alegre. Cantamos todos juntos el himno de la pata de plata bajo la batuta de Charlie, al que proclamamos héroe del día, aunque lo suyo no fue sino una falsa victoria.

En lo sucesivo, Jankel no consintió que ninguno de sus familiares se diera el gusto de articular una sola palabra sobre algo tan anodino como puede ser un pavo. En cambio, él de vez en cuando dejaba caer con disimulo pequeñas anécdotas sobre tal o cual ministro especialmente admirable o simpático para luego golpearse la frente con la mano y decir en tono de disculpa: «Ay, perdonadme, se me había olvidado que vosotros no lo conocéis...», provocando una ola de indignación.

Mi casa en la isla se hallaba vacía y Klembem ya no hacía acto de presencia. Aunque a veces seguía oyendo su horrible voz de pito, era consciente de que ya no la escucharía por mucho tiempo. Había otro indicio de mi inminente llegada a la edad adulta: empezaba a sentir preocupación por mi apariencia física, más bien poco agraciada. En cuanto me encontré de nuevo a solas con el señor Mardell en su despacho le planteé mi problema.

—No es usted fea —me aseguró—. Se parece a su padre y él suele pasar por un hombre apuesto, salvo en la familia de su madre, que tiene la desagradable costumbre de jactarse de tener la nariz recta. En realidad, con los sionistas y fanáticos que son, ese rasgo debería causarles la incómoda sensación de enarbolar siempre la bandera errónea.

Temerosa de que fuéramos a desviarnos del tema que tanto me inquietaba, le expresé mi miedo a que el hecho de tener una cara extraña acabara afectando negativamente a mi carrera musical. A diferencia de mi padre, yo no podía camuflar las anchas mandíbulas bajo una barba ondulada.

Tanto Myra Hess como Leona Frey eran tan atractivas que resultaba igual de placentero contemplarlas que oírlas tocar el piano. Aunque sin duda era una circunstancia grata, en opinión del señor Mardell al verdadero amante de la música no le importaba en absoluto que quien estuviera sentado al piano tuviese o no la suerte de ser bello. Mencionó a un gran número de artistas de ambos sexos poco agraciados pero geniales capaces de llenar salas enteras en todo el mundo con su canto, música o baile. Era un magro consuelo.

Durante mi primera visita, Salvinia y Menie me habían dispensado un recibimiento tan formal y frío que no me atreví a ir a saludarlos de nuevo. Se lo comenté a Bertha y le pregunté si acaso los había ofendido sin querer.

—No están enfadados contigo —me contestó Bertha—, pero no quieren saber nada de ti porque eres amiga de Gabriel. Les sienta muy mal que él ahora desempeñe un cargo más importante y tenga un sueldo mejor que Menie. Consideran que el señor Mardell le da un trato de favor, con el viaje y demás, y en el fondo me parece que tienen razón.

En mi fuero interno, yo también estaba con Menie y Salvinia. El señor Mardell se portaba demasiado bien con Gabriel. Me había confiado que tenía intención de ir a verle al final de su estancia en Inglaterra. Pensaba regalarle un viaje en automóvil en recompensa por sus logros y progresos y traerle después a casa, pero como era una sorpresa, nadie debía saberlo. Por culpa de Gabriel tenía tres secretos con tres personas diferentes; ello me ponía de los nervios. Curiosamente, nuestra visita a Amberes transcurrió en un clima tan apacible y tan jovial que incluso nos quedamos más tiempo del previsto. El día de nuestra salida, todas las mujeres de la familia incluida Rosalba nos acompañaron a la estación de trenes, y nos dejaron suficiente comida como para llegar a Reikiavik. Mi abuela insistió en que nos quedáramos una temporada larga cuando regresáramos con motivo de su cumpleaños.

Aquel verano fue menos apasionante que el anterior con Bobby y Mercera, y la fiesta de cumpleaños de mi abuela estuvo muy poco animada. El tío Isi pasó a felicitarla en calidad de padre de familia ejemplar, rodeado de los

suyos, y en cierto modo nos sentimos engañados todos. Fiel a su costumbre, yaya Hofer me invitó a acompañarla un trecho cuando se iba. Me contó que Gabriel se encontraba muy bien y que el viejo Mardell era mejor persona de lo que se había esperado. Pasadas unas semanas, partiría a Inglaterra y se llevaría a Gabriel de viaje. Cuando le dije que todo eso me lo había comentado el propio señor Mardell tiempo atrás, yaya Hofer quiso saber si ya había ido a su casa. Al comprobar que incluso ella estaba impresionada por mi amistad con los Mardell, fue para mí una enorme satisfacción poder anunciarle con fingida indiferencia que a la mañana siguiente iría a verlos y que luego volvería todas las veces que quisiera hasta que regresáramos a Holanda.

Aunque mi pasión por Lucie ya no era ni mucho menos la de antaño, cada vez que me encontraba con ella volvía a hechizarme, de modo que, sin pensarlo un solo instante, acepté ser su cómplice en cuanto me lo pidió.

En mi primera visita dijo que quería hablar seriamente conmigo.

—Ahora eres una niña grande y creo que puedo confiar en ti, sobre todo porque tú también quieres mucho a Gabriel.

Vaya, iban ya unas pocas personas que pensaban como ella. Era mentira, pero aun así decidí no desdecirla. Lucie permaneció un buen rato callada.

—Venga, toca un poco el piano, así podré reflexionar mejor.

Al estar muerta de curiosidad, no acerté ni una sola nota. Finalmente, Lucie me invitó a que me sentara a su lado.

—Sabes que Gabriel y yo estamos comprometidos y que queremos casarnos, pero de eso no puedo hablar con mi padre. A Gabriel le contrataron enseguida en un banco inglés. Ha aprendido el idioma solo. Le va de maravilla, pero mi padre es un viejo hombre obstinado y soberbio. Ni llegando a director del Banco de Inglaterra podrá Gabriel casarse conmigo.

—¿Cómo que no? Tu padre le tiene mucho cariño, está muy orgulloso de él, hasta se lo lleva de viaje.

—Nadie me puede ayudar —suspiró Lucie con voz trágica—. Solo tú. Has llegado justo a tiempo.

—Seguro que Bertha también estaría encantada de echarle una mano.

—Sí, pero no quiero implicarla en esto. Cuando yo me vaya, alguien debe cuidar de mi padre. Si se entera de que Bertha me ha ayudado a huir, la

despedirá en el acto.

—¿Vas a huir? ¡Qué apasionante, como en una novela!

—No tiene nada de apasionante —replicó Lucie, compungida—. Preferiría mil veces casarme aquí. Gabriel y yo hemos tenido que esperar todos estos años porque hasta ahora necesitaba el consentimiento de mi padre.

Aunque eso no lo comprendía muy bien, estaba impaciente por entrar en acción.

—¿Qué quieres que haga?

Lucie se quedó otro rato pensativa.

—Mi prima vive en Inglaterra. Primero tengo que escribirle para asegurarme de que puedo alojarme en su casa. Antes de poder contraer matrimonio debo residir quince días en el país. Gabriel y yo queremos hacer las cosas bien. Por eso no me voy a un hotel.

Otro asunto complicado que no entendía del todo.

—En cuanto mi prima me diga cuándo puede recibirme, debo partir de aquí una mañana como si saliese a pasar el día fuera, sin equipaje.

—¿Y quieres que yo vaya sacando a escondidas tu ropa y una maleta?

—Sería lo suyo, pero no es posible. ¿Dónde guardarías todo eso en casa de tu abuela? Se darían cuenta enseguida. No, lo que tienes que hacer es llevarte mis joyas. No son muchas y caben perfectamente en tu cartera, entre las partituras. No tiene por qué abrirla nadie. Y cuando me marche, me las llevas a la estación de trenes.

Lucie me dio una bolsita de papel de una pastelería.

—Aquí va la primera entrega.

Dentro había un collar de perlas con cierre de diamantes.

—Cada vez que vengas a tocar el piano te iré dando algo.

Inserté el collar entre las candorosas y desgastadas partituras de Mozart y Brahms.

—Cuando Gabriel te hizo la cartera por encargo mío ni se imaginaba para qué llegaría a servirnos —sonrió Lucie, soñadora—. Pero yo sí.

Esa misma mañana escribió una carta a su prima en Inglaterra. Me tocó a mí llevármela disimuladamente y echarla al buzón. La prima contestó (a lista de correos) que le venía bien en cualquier momento, de modo que Lucie decidió fugarse el lunes siguiente. Quiso saber si para entonces yo seguiría en

la ciudad. No podía garantizárselo: en una familia tan irascible como la mía era arriesgado hacer previsiones.

La suerte nos acompañó. Aquella soleada mañana de agosto no me dirigí a la casa de los Mardell, como creían todos, sino a la estación, donde había quedado con Lucie junto al tren con destino a Calais. Me entristecía la perspectiva de no volver a verla en mucho tiempo, pero por otro lado era un alivio poder devolverle las joyas. Vestía un traje de verano color celeste. Faltaban veinte minutos para que el tren partiera, así que me senté con ella en el vagón. Me dio las gracias por mi valiosa ayuda y me pidió un último favor, el más difícil de todos.

—Dentro de unos días debes ir a ver a mi padre. Seguro que a ti te recibirá. Dile que Gabriel y yo hubiéramos preferido no tener que dar este paso, pero que él no nos dejó otra opción. De todas formas, le escribiré nada más llegar a Inglaterra, porque no quiero que esté preocupado por mí. Dile también que Gabriel y yo nos queremos mucho y que esperamos de todo corazón volver a estar pronto con él igual que antes.

Me dio un beso y me deseó suerte en mi misión diplomática. Había llegado el momento de abandonar el tren. Saludé a Lucie con la mano hasta que dejé de vislumbrar su rostro feliz detrás de la ventanilla.

Aunque me resultaba difícil guardar semejante secreto para mí, el sentido de la responsabilidad me obligó a callarme. A mi madre le comenté que no salía a tocar el piano porque Lucie estaba fuera una temporada.

Al cabo de unos días me llegó una carta desde Londres en la que Lucie me recordaba mi promesa. Gabriel había añadido algunas líneas, llamándome su «hada valiente». Aún no me había ganado ese título honorífico. Me imaginaba a mí misma como una valiente hada que entrara volando en el despacho del señor Mardell y le hablara con tal sabiduría que, después de emocionarse y verter una lagrimita, dijese: «Gracias a usted, Gittel, está todo olvidado y perdonado. Escríbales a mis hijos que vuelvan pronto a casa».

A la mañana siguiente me acerqué, contenta y muy segura de mí misma, a la casa donde había pasado tantas horas felices. Llamé al timbre y me abrió Bertha. Se asustó al verme, con las lágrimas resbalándole por las mejillas.

—Ay, Gittel —sollozó—. Ha ocurrido una terrible desgracia.

Salvinia asomó la cabeza, con el dedo sobre el bigotudo labio superior.

—Silencio, por favor —siseó mientras lanzaba una mirada fugaz al despacho del señor Mardell.

Bertha me contó, sin dejar de llorar en ningún momento, que el señor Mardell había recibido una carta de Lucie y que desde entonces se negaba a comer, a dormir y a hablar con nadie. Tampoco se afeitaba, con lo pulcro que era, «como si estuviera de luto».

Salvinia volvió a asomar la cabeza con cautela.

—Desde el día de la carta no ha hablado con nadie, ni siquiera con nosotros —susurró—. Menie y yo trabajamos como podemos, sin saber muy bien qué hacer, no nos atrevemos a ir a verle y él no nos ha llamado.

En ese preciso instante, el señor Mardell la llamó.

Salvinia por poco se cae en su afán por llegar cuanto antes al despacho.

—Gracias a Dios —gimió Bertha—, al menos se ha puesto a trabajar.

Salvinia regresó al segundo, pálida como la cera.

—Gittel, se ha dado cuenta de que estás aquí —me dijo, aterrada—. Quiere que pases a verlo de inmediato. Ay, ¿no te da miedo?

Sintiéndome aún más «hada valiente» que antes si cabe, sacudí la cabeza con resolución en un gesto que esperaba acorde con mi papel. Bajo las miradas de admiración de Bertha y Salvinia abrí la refulgente puerta color miel, con mucha tranquilidad. Esbozando una dulce sonrisa, entré en el despacho que me resultaba tan familiar. El señor Mardell estaba sentado a su escritorio, sin afeitarse, más delgado y más viejo. Mientras cerraba la puerta y me iba aproximando a él sin abandonar mi sonrisa, dijo:

—Tú...

Esa única palabra le bastó para transmitirme su profunda repulsa. Me flaqueaban las rodillas y en sus ojos no veía más que desprecio. Tomé asiento al otro lado del escritorio mientras él me seguía mirando en silencio.

—Señor Mardell —balbuceé—, no debe enfadarse con Lucie o Gabriel, ni tampoco conmigo.

—Vaya, no debo enfadarme —ladró con una voz extraña y ronca—. De Lucie y de Gabriel ya hablaremos, pero primero tenemos que arreglar cuentas tú y yo. ¿Sabes lo que eres?

Solo fui capaz de negar con la cabeza.

—Eres una traidora.

Se levantó de su sillón y comenzó a caminar de un lado a otro como un animal enjaulado.

—Una traidora ingrata, eso es lo que eres. No alcanzo a comprender cómo una muchacha tan joven como tú puede ser tan astuta y tan malvada.

—Pero Lucie y Gabriel se quieren, y él es un buen chico, usted siempre lo ha dicho, y ahora va y considera que el pobre es indigno de su hija.

—¿Cómo que indigno? ¿Quién se ha inventado eso? El muy bobo se vende a una mujer mucho mayor que él. Llegará el día en que se arrepienta y se tire de los pelos, pero bueno, ya hablaré de mi hija y de ese necio más tarde, primero quiero terminar contigo, traidora. ¿No te da vergüenza?

Siempre me había tratado muy bien. En su día colgó mi cuadro preferido encima del piano de cola solo para complacerme. Me escuchaba con paciencia cuando le pedía consejo o necesitaba conocer su opinión. Qué duro me resultaba verle así, sin afeitar y desaliñado. Ya no era el mundano y elegante señor Mardell, sino tan solo un viejo judío triste, ofendido y rabioso.

—Encima estarás convencida de haber desempeñado un papel estelar en esta desafortunada historia —continuó—. Nada más lejos de la verdad. Esos dos no precisaban de ninguna cómplice para fugarse de aquí. Dios sabe que mi hija es mayor de edad, tiene treinta años, la tonta de ella. No necesitaba mi consentimiento. Eso sí, hasta que no cumpliera los treinta no podía disponer de la herencia de su madre, pero eso no viene a cuento, ahora estamos hablando de ti.

El señor Mardell había dado la enésima vuelta al despacho. El blanco de sus ojos se veía amarillo e inyectado en sangre. De súbito, soltó una carcajada. Al oírlo, Bertha y Salvinia, que trataban de seguir la conversación con la oreja pegada a la puerta, se atrevieron a entrar.

—Me alegro de que usted vuelva a reír —dijo Bertha, aliviada—. Ahora mismo le traigo el desayuno.

—¡Fuera! —le espetó el señor Mardell—. Primero tengo que terminar con esta señorita.

Al ver que Bertha vacilaba, tomó un libro de la mesa y fingió lanzárselo a la cabeza. Las dos mujeres salieron corriendo del despacho, y el señor Mardell soltó otra risa aterradora.

—Eres realmente estúpida, una idiota perfecta. Esos dos listillos se han

dado cuenta y se han aprovechado de ti. Sabían que yo te apreciaba y es cierto que te tenía mucho afecto —me miró a la cara—. Tú también lo sabías, ¿verdad? De no haber ayudado a esos dos embusteros, podrías haber ocupado el lugar de Lucie, pero ellos se han encargado de impedirlo involucrándote en su huida. Saben muy bien que soy capaz de perdonarlo todo menos la traición y la ingratitud —dio otra vuelta al despacho hasta llegar a mi altura—. No quiero volver a verte nunca más.

Me levanté, dispuesta a marcharme.

—Vuelve a sentarte, aún no he terminado, lo mínimo que puedes hacer después de haberte comportado de esa forma tan mezquina es escucharme con calma. ¡Deja de llorar de una vez y mírame cuando te hablo! No te preocupes, dentro de un rato te echaré de aquí y espero que ni se te ocurra volver a pisar esta casa, pero antes de que te vayas para siempre te diré lo que será de ti: serás infeliz durante toda tu vida y te dejarás engañar una y otra vez. Todas las personas en las que tú llegues a confiar acabarán defraudando tu confianza. Y si alguna vez alguien llega a quererte bien, serás tan boba de no saber valorarlo en su justa medida. Es posible que con el tiempo me reconcilie con mi hija y con ese tipo astuto que ahora parece haberse convertido en mi yerno, pero a ti no te perdonaré en la vida. ¡Mi yerno! Es para morir de risa.

Se puso a mi lado.

—¿No creerás que Gabriel está enamorado de mi hija? Ni lo sueñes. ¿Has leído *Camera Obscura* de Nicolas Beets?

—Sí, señor Mardell.

—Pues entonces te acordarás de la historia de Keesje, empeñado en ahorrar para poder ser enterrado con dignidad. Eso es lo que busca Gabriel, y de hecho cree que ha dado con la vía más segura para ponerse a salvo. En tu caso, no hay salvación que valga. Te pareces a tu padre, con la diferencia de que él es consciente de ser un *shlemiel*. Tú, en cambio, siempre creerás que la felicidad está al alcance de tu mano, pero solo cosecharás decepción y sufrimiento.

De pronto me acordé de los cálices colmados de dolor y de placer de la señora Knieper y balbuceé que al menos aprendería a interpretar bien *L'Appassionata*. Entonces fue cuando el señor Mardell me echó su maldición.

—Quizá lo consigas algún día, cuando seas muy vieja —se rio tras un

momento de silencio—, pero nadie irá a escucharte, o ¿acaso crees que podrás llegar a ser una pianista famosa sin dinero, poder o inteligencia?

Me levanté y fui hasta la puerta a trompicones. En el pasillo me tropecé con Salvinia y Bertha, que enseguida empezaron a interrogarme. Al rato, el señor Mardell salió de su despacho. De repente, parecía de nuevo el de siempre.

—Vuelve a entrar un momento, Gittel, se me ha olvidado comentarte algo. Tranquila, ya no estoy enfadado —no conseguí reunir el valor necesario para entrar de nuevo y me escondí detrás de las consternadas mujeres—. Escríbele a Lucie que venga a verme dentro de unos meses. Estarás contenta, ¿no? Y ahora dame la mano, para que al menos podamos despedirnos como buenos amigos, pero no te lleves una decepción si no vuelves a saber nada de Lucie ni de su esposo. Tómatelo como una lección de vida.

—Venga —me animó Bertha—, dale la mano al señor Mardell.

Pero ya no pude. Me precipité a la calle en busca de un lugar donde reponerme.

En el primer tramo de la avenida no quedaba ni un solo banco libre bajo los árboles; estaban todos ocupados por madres con niños ruidosos. Al final, encontré un sitio un poco más adelante al lado de una mugrienta anciana que tumbada plácidamente dormía hecha un ovillo. Tenía el espacio justo para sentarme a llorar sin rozarle los zapatos rotos.

El señor Mardell me había tachado de astuta y malvada, y tenía razón. También había estado en lo cierto al tildarme de idiota perfecta, pero ¿por qué le enojaba tanto que Lucie fuera a casarse con Gabriel, quien, a su juicio, se merecía una muchacha mejor?

De pronto, mis infructuosas cavilaciones se vieron interrumpidas por una voz cristalina.

—¡Pero si es Gittel! ¿Qué te pasa? ¿Te has hecho daño?

Al alzar los ojos, aturdida, descubrí a una mujer alta, rubia y joven que sujetaba en cada mano una pesada bolsa repleta de fruta y verduras. Los puerros, el perejil, el repollo, las manzanas y los melones contrastaban alegremente con el intenso azul de su vestido de algodón.

—¿No te acuerdas de Odette Bommens?

Estaba irreconocible, mucho más esbelta y enérgica. Parecía haberse

quitado diez años de encima desde que la vi por última vez.

Me miró con preocupación:

—¿Qué te ha pasado? ¿Por qué estás sentada aquí junto a esta sucia mujer?

Al parecer, ya no tenía la costumbre de suspirar al principio de cada frase.

Le dije que prefería no hablar de mi estado de tristeza.

—Ni falta que hace —dijo *madame* Odette—. Te comprendo muy bien.

Ya que estábamos al lado, me invitó a pasar a saludar a Arnold. Les iba muy bien a todos. Robert y Lucien estaban contentos en el internado y a ella le encantaba trabajar con su hermano.

Al pasar de la deslumbrante luz del sol a la aterciopelada penumbra del café de Arnold, mis ojos apenas distinguieron nada. Una vez habituada, me puse a admirar los muebles antiguos, el cobre pulido y la barra, adornada con la misma profusión de flores, frutas y hojas doradas que el más coqueto de los organillos.

Según Odette, una cerveza me levantaría la moral. La sirvió con gran profesionalidad, sacándole una buena capa de espuma, y sin verter una sola gota.

Después me pidió que lustrara un aparador esculpido al estilo de Malinas al que acababa de dar cera. Mientras tanto, ella haría café.

Me dio permiso para que me centrara en la parte más difícil, donde tres caballeros a la usanza medieval saludaban a los transeúntes con los vasos en alto. Tras extraer con un palillo la cera sobrante de todas las rendijas me puse a frotar como una descosida.

—No hay mejor remedio para los sinsabores femeninos que pulir la madera o el cobre —me aseguró *madame* Odette—. Cuando mi madre aún vivía habría pagado dinero por poder dedicarme a esas labores de vez en cuando, pero ella me prohibió tajantemente quitarle trabajo al personal de servicio. Se llevó una gran decepción al comprobar que yo seguía siendo una muchacha sencilla mientras ella era una verdadera dama.

Llamó a su hermano para que subiera de la bodega. Arnold Bommens me dio un abrazo, afectuoso y cordial como él solo.

Apenas me entretuve en tomar el excelente café que había preparado Odette. Dos de los caballeros medievales ya brillaban con sus vasos y todo, y no iba a dejar sin pulir al tercero. Cuando Arnold me ofreció un gofre, su

hermana le advirtió que no me lo permitía mi religión. Astuta y malvada como era, mentí y dije que podía comerlos. Al cabo de una hora, *madame* Odette me llevó a casa, pero se negó a entrar. Ya no visitaba a las señoras de verdad. Le di las gracias por la agradable mañana y ella me pidió, a modo de despedida, que jamás volviera a llorar por un hombre, al no haber ni uno solo que se lo mereciera.

Mis suplicios aún no habían llegado a su fin. Nada más pisar la casa de mi abuela, en la escalera, me llegó la voz dura y estridente de la chica que a las pocas semanas se comprometería con Charlie. Como todas las tías primerizas, se sentía obligada a colmar a sus flamantes sobrinos de cariño. Me saludó, en efecto, con un grito de alegría y un beso húmedo. Era un misterio por qué Charlie había ido a elegirla precisamente a ella. Su futura esposa era tosca y pesada y tenía una voz que a cada visita suya me producía jaqueca. Aquello me sirvió para aprender que los hombres capaces de seducir a las atractivas mujeres de los demás creen encontrar en la falta de atractivo de su propia legítima consorte una garantía contra la cornamenta que en sus años locos habían plantado de buena gana en más de una cabeza.

—¿Te lo has pasado bien en casa de los Mardell? —chilló la voz desagradable de mi recién estrenada tía.

Mientras tramaba una respuesta idónea, la puerta del salón se abrió de golpe para dar paso a yaya Hofer.

Sin mirar a su alrededor ni saludar a nadie vino directa hacia mí. Llegada a mi altura, se paró en seco, se quitó los guantes de glasé negro y los dejó encima de la mesa.

—Tú lo sabías —me espetó—. Eres una bruja mentirosa.

Sus bofetadas, una en cada mejilla, me hicieron ver las estrellas. Mi abuela, Rosalba y mi joven tía, que habían observado la escena petrificadas de miedo, se deshicieron en protestas, pero yaya Hofer volvió a ponerse los guantes con absoluta tranquilidad.

—¿Te lo has merecido o no? —me preguntó.

Gracias a mi respuesta afirmativa pudo abandonar la casa sin que la importunaran las tres enfurecidas mujeres.

—Santo cielo, ¿qué has hecho? —quiso saber mi abuela.

Sin articular palabra me apresuré a la habitación de invitados.

Por la tarde, Charlie trajo de la Bolsa de Diamantes la noticia de la fuga de Lucie. Me reprocharon una y otra vez mi deslealtad, pero nadie supo jamás hasta qué punto había estado implicada en todo aquello. El señor Mardell debió de mandar callar a Salvinia y a Bertha tajantemente.

Escribí una nota a Lucie comunicándole en tono formal que, pasados unos meses, podría ir a ver a su padre.

Al menos una de las predicciones del señor Mardell llegó a cumplirse: Lucie nunca me contestó.

11.

La muerte de Rosalba fue igual de silenciosa y enigmática que su vida. Una mañana, Freddie se la encontró inconsciente al pie de la escalera. Sostenía la bandeja en la que había subido el desayuno a mi abuela con tal fuerza en sus manos curtidas por las labores de la casa que costó trabajo quitársela.

Vivió algunos días más, recobrando el sentido a ratos. Mi abuela se negó a llevarla al hospital y tampoco quiso contratar a una enfermera. Durante treinta y siete años, Rosalba había sido su fiel compañera y no pensaba dejarla al cuidado de una desconocida.

Llamó a un pastor anglicano por si la enferma, llegada al final de sus días, pudiera encontrar consuelo en la fe que había olvidado en el curso de su existencia. Mientras el anciano clérigo musitaba oraciones sentado junto al lecho de muerte, la moribunda de repente levantó los ojos y se percató de su presencia.

Buscó a mi abuela con la mirada.

—¿Qué pinta aquí ese viejo *goy*? —preguntó—. Dile que se vaya. No le necesito.

Fueron sus últimas palabras.

Aunque Rosalba siempre se había mantenido discretamente en un segundo plano, a la vuelta del funeral la casa de mi abuela se nos antojaba vacía y silenciosa sin ella. El pastor también acudió. Pudo pronunciar un discurso largo y conmovedor ante la tumba abierta de Rosalba, dado que ella ya no se hallaba en condiciones de protestar contra su presencia. Tras unas semanas de riguroso luto, mi abuela encontró a una joven y vivaracha judía de Brabante

con buena disposición y capacitada para ocupar el puesto de Rosalba.

Gracias a su alegría, el ambiente en la casa cambió por completo. Todos mis tíos, casados o no, se enamoraron hasta la médula. Era divertido ver cómo ella se las arreglaba para rechazar hábilmente sus tentativas de acercamiento con una broma.

Mi abuela vivió una segunda juventud. Se compró una serie de trajes gris perla y lavanda que ya no recordaban para nada a la reina Victoria. Viajaba mucho y se aficionó al juego. Acabó convirtiéndose en una clienta asidua y muy bien recibida en las mesas de Ostende y Spa. Yaya Hofer, que tenía espías por todas partes, se sabía las cantidades de dinero que mi abuela se jugaba con un margen de error de un franco belga y se encargaba de transmitírselas a sus preocupados descendientes.

Transcurridos unos meses, se convocó un consejo de familia con carácter urgente en el que se barajó la posibilidad de someterla a tutela, pero tras larga deliberación el consejo se disolvió sin llegar a un acuerdo.

Fue mi propia abuela la que puso fin a su breve embriaguez de libertad: sufrió un ictus que le impidió para siempre sustraerse a la tierna vigilancia de su prole.

Cuando la vi por última vez parecía haberse echado encima decenas de años.

La simpática peluca, que en su día había sido motivo de irritación, le pesaba demasiado. En torno a su carita torcida, totalmente paralizada en la parte izquierda, colgaban unas pocas greñas blancas. No lograba articular más que unas cuantas palabras seguidas, casi siempre incomprensibles.

Un día que estaba sentada sola a su lado dijo, de pronto, con bastante claridad: «Me alegro mucho de no volver a ver los castaños en flor».

A duras penas me contó cómo había sepultado a su primer hijo en un país lejano de cuyo nombre no se acordaba. «Fue un niño precioso». Estalló en ese llanto desgarrador propio de las personas ancianas y enfermas, sollozando con fuerza, sin lágrimas. «Y en el camino de vuelta a casa no dejamos de ver castaños..., cuántos castaños..., cargados de candelas blancas y rojas..., desde entonces los odio».

Era mi abuela, pero me daba la impresión de estar junto a una extraña. Según Mili, cada rostro humano escondía una historia que solo los ojos más

sabios sabían leer correctamente.

No supimos lo solitaria y amarga que había sido la vida de mi abuela, pese a hallarse rodeada de una familia numerosa, hasta que falleció. Las últimas líneas de su testamento, con copia para todas las mujeres, rezaban: «Aconsejo encarecidamente a mis hijas y a mis nietas que no contraten al mismo personal de servicio por más de cinco años».

Había vuelto a equivocarme: la historia secreta de Rosalba no era la que yo había leído.

La última vez que fui a ver a mi abuela, la casa de los Mardell estaba deshabitada y había varios carteles que decían: «Se vende».

Lucie seguía con Gabriel en Londres y su padre vivía en un hotel en Bruselas a la espera de que le expidieran un visado de inmigrante para Estados Unidos.

Gabriel no volvió a ver su amado Amberes. Murió de repente unos años más tarde, víctima de una enfermedad pulmonar.

Al cabo de medio año, una vez cumplido el habitual ajetreo burocrático que acompaña al reparto de cualquier herencia, mi madre obtuvo su parte. Resultó ser una suma considerable.

Liquidadas todas las deudas, sobró dinero para comprar una casa e invertir algo en un negocio prometedor. De haber sido por mi padre, nos habría llevado a Mesopotamia, el país de sus sueños. En realidad, nunca he sabido por qué le atraía tanto. La sonoridad del nombre debió de despertar en él asociaciones con las mil y una noches. Mi madre tuvo que recurrir al tío Wally para que hiciera entrar en razón a su esposo y le disuadiera de llevar a la práctica tan descabellada aventura. En señal de agradecimiento, invitamos a cenar al tío Wally, a la tía Eva y a Mili para celebrar nuestro retorno al estado de prosperidad. A los postres, el tío Wally se puso en pie y, con un golpecito en su copa, nos instó a brindar por un hombre que, pese a reunir dentro de sí las mejores virtudes, no cosechaba el reconocimiento que se merecía, ni de sus coetáneos en general ni tan siquiera de su entorno más directo, que sin

embargo tenía el privilegio de beneficiarse a diario de sus eminentes cualidades.

—Un marido ejemplar, un padre solícito, un fiel amigo.

Mientras el tío Wally hacía una pausa para recobrar el aliento, mi padre sonrió halagado y bajó la mirada con modestia.

—Un hombre —prosiguió Wally alzando la voz— que se crece en la adversidad pero que también sabe cuándo ha llegado el momento de disfrutar. Por decirlo alto y claro: un hombre como solo hay uno en cada siglo. Y ahora os ruego, apreciados comensales, que alcéis vuestra copa a la salud de... vuestro querido Wally.

Una vez repuestos de tan jocosa ocurrencia, cantamos cada uno las alabanzas de nuestras propias virtudes, salvo la tía Eva, que cayó presa de la risa floja nada más articular las palabras «apreciados comensales».

Al final de la cena, se ofreció muy amablemente para ayudarnos a decorar la casa nueva. Me atrajo hacia sí, me sentó sobre sus rodillas y me rodeó con los brazos.

—Dime, Gittel, ¿en qué colores has pensado para tu dormitorio?

—Bah, azul o así —contesté con indiferencia.

Con voz quejumbrosa, mi madre comentó que andaba yo a todas horas malhumorada y que no había quien me aguantase, pero, como siempre, la tía Eva se las apañó para disculpar mi comportamiento.

—Ya verás como le gusta en cuanto pongamos mano a la obra —dijo complaciente—. No hay que olvidar que ha sufrido mucho este último año. Seguro que echa de menos a su abuela y a Rosalba.

Ese año había sufrido mucho más de lo que ella hubiera podido imaginarse y quería ser cautelosa y sensata, como las vírgenes prudentes. No tenía la menor intención de llorar la muerte de dos mujeres que se habían odiado a rabiar. Rosalba fue una pérfida lianta, y la idea de que mi abuela no se había apartado de su lecho solo porque hallaba un profundo placer en la agonía de su torturadora me ponía los pelos de punta. Me negaba a pensar en los Mardell y en Gabriel, y tampoco quería alegrarme por la mejora de nuestra situación financiera, ya que, conociendo a mi padre y su forma de hacer negocios, en cualquier caso duraría poco. Me cuidaría muy mucho de no volver a caer en ninguna trampa, aunque así jamás conseguiría tocar bien *L'Appassionata*. Y

mientras tanto continuaba sentada en las rodillas de la tía Eva, a quien debía una respuesta ya.

—Has acertado —le susurré al oído—. Echo mucho de menos a mi abuela y a Rosalba.

Y mientras pronunciaba esas palabras supe, agradecida, que no era ningún embuste.

Scheveningen, 1958

Una mujer sabia

Por Mieke Tillema^[2]

Una virgen imprudente, de Ida Simons, es el «delicioso debut de una mujer sabia». Así es como el diario *Haagsche Courant* titula en la primavera de 1959 la reseña dedicada a la novela. ¿Quién es esa sabia mujer?

Ida Simons nació el 11 de marzo de 1911 como Ida Rosenheimer en el seno de una adinerada familia de mercaderes judíos afincados en Amberes. De padre alemán y madre holandesa —aunque criada en Inglaterra y amante de lo inglés—, la futura escritora crece en medio de un auténtico Babel. Se comunica en neerlandés en la calle, y en casa habla alemán e inglés, así como algo de yidis. No permanecerá por mucho tiempo en su Flandes natal. Cuando cumple tres años estalla la Primera Guerra Mundial. En agosto de 1914, todos los alemanes son obligados a abandonar el país. Como muchos judíos alemanes, los Rosenheimer emigran a Scheveningen, el barrio costero de La Haya, en los Países Bajos, donde acabarán instalándose definitivamente. En 1921 obtienen la nacionalidad neerlandesa.

Al igual que Gittel, la protagonista de *Una virgen imprudente*, Ida es una apasionada del piano. Uno de sus profesores es Jan Smeterlin, gran intérprete de Chopin.

Se convierte en una solicitada pianista de conciertos dentro de su país de adopción y fuera de él. En 1933 contrae matrimonio con el letrado David Simons y en 1937 nace su hijo Jan.

El 29 de septiembre de 1943, veintinueve años después de su salida forzosa de Amberes, la Segunda Guerra Mundial obliga a la familia a

abandonar Scheveningen. Ida es deportada a Westerbork y luego a Theresienstadt. Sobrevive a los campos, donde incluso llega a dar conciertos, pero al recobrar la libertad su salud se halla muy deteriorada. En la década de los cincuenta decide renunciar a la extenuante vida de concertista, pese al éxito cosechado durante la gira que en 1950-1951 la lleva por Estados Unidos.

Es a partir de ese momento cuando Ida Simons se convierte en escritora. Debuta con el libro de relatos *Slijk en Sierren* (Barro y estrellas), que se publica en 1956 bajo el seudónimo de C. S. van Berchem. La prensa apenas le presta atención. Aun así, Ida Simons persevera en su intento. A comienzos de 1959 aparece *Una virgen imprudente*. Un año más tarde, el 27 de junio de 1960, la autora fallece inesperadamente.

Por supuesto, este breve esbozo biográfico no basta para retratar la fascinante personalidad de Ida Simons, radiante a la vez que trágica. Cuanto más indago sobre ella menos me explico cómo ha podido caer en el olvido. Su novela cosechó grandes elogios desde el primer momento.

Los críticos literarios de los periódicos y semanarios más importantes de los Países Bajos, del *Elseviers Weekblad* al *Haagsche Courant*, del *Telegraaf* al *NRC Handelsblad*, del *Leeuwarder Courant* al *Het Vaderland*, la reseñan en términos laudatorios: refinada, viva, auténtica, natural, abigarrada, divertida, conmovedora y sabia.

«*Una virgen imprudente* es en muchos sentidos una novela por así decir perfecta», apunta Adriaan van der Veen en *NRC Handelsblad*. Kees Fens retoma esta cita en la necrológica que publica en *De Tijd*. Describe a Ida Simons como «una escritora nata que despierta una gran expectación a causa de su magistral dominio del lenguaje». El crítico holandés se siente hondamente impresionado por sus dotes de retratista irónica. Solo hay que leer los primeros párrafos del libro para darle la razón.

Van der Veen también destaca la fuerza estilística de la obra, calificándola de «ocurrente y aguda, viva y concisa», a pesar de que «la tónica dominante de la novela está cuajada de pesadumbre y decepción, erigidas en principales experiencias de la vida». Esta paradoja es muy característica de la obra de Ida Simons. «El humor es el paño multicolor llamado a cubrir cualquier herida», dice en un poema.

Los críticos no salen de su asombro ante esta novela primeriza. «Cuesta

creer que se trata de un debut», se puede leer en *De Linie*. «La novela da fe de una perspicacia madura, un talento encomiable y un saber técnico que raras veces se encuentran en una ópera prima», opina Ben van Eysselsteijn en el *Haagsche Courant*. Para Van der Woude (en el *Nieuwsblad van het Noorderi*), la novela revela unas dotes literarias de alto nivel. Concluye su reseña con las siguientes palabras: «Pocos debuts alcanzan semejantes cotas de calidad».

Aunque no faltan las voces discordantes, todos concuerdan en que *Una virgen imprudente* es un libro importante y especial. No en vano Greshoff termina su nota en *Het Vaderland* en estos términos: «Aun teniendo en cuenta las críticas, la balanza se inclina indiscutiblemente a favor de Ida Simons, [...] de modo que no puedo por menos de incluir la novela en la lista de libros que ha de leer cualquiera que se precie de coleccionar lo mejor de las letras contemporáneas». A raíz de la publicación póstuma de su segunda novela, que lleva por título *Ais water in de woestijn* (Como agua en el desierto), en 1961, el mismo crítico vuelve a evocar —con mayor claridad si cabe— aquello que sintió en su día al descubrir *Una virgen imprudente*: «De pronto, los apasionados de la literatura supimos: ¡esto es! Nos habló una voz nueva y auténtica. No es de sorprender que esta novela no le pasara desapercibida a ningún entendido».

La muerte temprana de Ida Simons fue motivo de tristeza, como demuestra la larga lista de necrológicas. Era sabido que padecía problemas de salud desde hacía tiempo. Aunque trabajó duro para terminar su segunda novela, no lo consiguió. La edición de 1961 contiene los tres primeros capítulos, ya concluidos, así como una serie de relatos sueltos.

Uno de estos relatos apareció publicado en la revista *Nieuw Vlaams Tijdschrift* después del fallecimiento de la autora pero antes de la aparición del libro. El redactor Karel Jonckheere lo acompañó de un breve epílogo en el que cita una carta del 16 de mayo de 1959 de Ida Simons: «Mi segunda novela avanza a buen ritmo. La concibo como una suerte de centón en el que voy insertando todo lo que tengo pendiente y lo que quiero decir a toda costa, por si no llego a mi cincuenta cumpleaños [11 de marzo de 1961], lo cual es muy probable, porque últimamente me siento muy mal y estoy agotada. Pero bueno, seguro que me repondré».

No fue así. Ida Simons no tuvo esa suerte.

Si bien las ediciones posteriores de *Una virgen imprudente* no volvieron a despertar el mismo interés, las reseñas que llegaron a publicarse fueron siempre positivas, como la que apareció en el *Friese Koerier*: «Por desgracia, esta novela sigue siendo una gran desconocida». Ello no cambiará hasta la reedición de 2014.

El único que no se cansa de romper lanzas por Ida Simons es Maarten't Hart, uno de los escritores neerlandeses más leídos. En el *NRC Handelsblad* del 28 de julio de 1978 relata que en su época de estudiante solía leer en voz alta las novelas del gran Simón Vestdijk mientras su futura esposa preparaba la comida: «Me acuerdo de que en una ocasión elegimos otra obra, para variar, a saber, *Una virgen imprudente*, de Ida Simons. Conservamos recuerdos muy gratos de esa magnífica novela».

En el *NRC Handelsblad* del 15 de febrero de 2007, 't Hart expresa su enojo tras comprobar que la lista de los doscientos cincuenta mejores libros que apareció publicada por aquellas fechas omitía «deliberadamente» las novelas más hermosas de la literatura en lengua neerlandesa, entre las cuales *Una virgen imprudente* ocupaba un lugar primordial. Cinco meses después escribiría en el mismo periódico el artículo «Literair Hoogtepunt» (Apogeo literario), dedicado a Ida Simons y su novela, en el que declara: «Qué novela más bella. Es uno de los puntos culminantes de la literatura neerlandesa».

Con motivo de la reedición de 2014, los críticos y los lectores se hacen eco de estas palabras. Nada más salir a la calle, la novela pasa a ser objeto de las reseñas más elogiosas. El periódico neerlandés *Trouw* describe a Ida Simons como «la Jane Austen de Amberes», y el diario flamenco *De Standaard* afirma que se trata de un libro que «hay que leer sin falta». «El estilo ingenioso de un talento extraordinario», opina Erik van den Berg en el *Volkskrant*. Por su parte, Arjen Fortuin escribe en el *NRC Handelsblad*: «*Una virgen imprudente* rebosa sensibilidad sin llegar a ser sentimental. Lo tiene todo. De momento, no hace falta leer nada más».

Me sumo de buena gana a estas declaraciones.

Julio de 2014

Glosario

[1] shlemiel: desgraciado, perdedor, gafe. <<

[2] kashrut: preceptos alimentarios judíos. <<

[3] kósher: hace referencia a alimentos cocinados de acuerdo con las prescripciones rituales judías. <<

[4] shul: sinagoga. <<

[5] shnorer: mendigo profesional. <<

[6] yeshivá: escuela talmúdica. <<

[7] jutpá: desfachatez, insolencia, osadía. <<

[8] kugel: budín o pastel dulce o salado a base de fideos. <<

[9] shamas: persona que ayuda al rabino en la sinagoga. <<

[10] rebbe: rabino. <<

[11] sabbat: sábadó, día dedicado al culto divino y al descanso entre los judíos.

<<

[12] meshuga: chiflado, loco. <<

[13] lehavdil: sirve para establecer una distinción, por ejemplo entre lo sagrado y lo profano. <<

[14] talit: manto sagrado. <<

[15] falderappes: escoria. <<

[16] goy (pl. goyim). No judío. <<

[17] kipá: casquete redondo usado por los judíos practicantes. <<

Notas

[1] ¡Escuchad! ¡Escuchad!

Ladran los perros

Los mendigos llegan a la ciudad...

en andrajos algunos

y otros en harapos

en túnica de seda solo uno <<

[2] Mieke Tillema es especialista en literatura neerlandesa. Está preparando una biografía sobre Ida Simons. <<



IDA SIMONS nació en Amberes (Bélgica) en 1911, pero se trasladó a Holanda con sus padres tras la Primera Guerra Mundial. Al finalizar sus estudios como pianista en Londres y París, formó parte de varias orquestas de primera fila en su país de adopción y en el extranjero, hasta que su carrera se detuvo por la invasión nazi. Su salud se vio seriamente afectada tras su internamiento en los campos de Westerbork y Theresienstadt junto a su familia y tuvo que abandonar su sueño de convertirse en una concertista de piano internacional. En 1946 vio la luz su primer libro de poemas, *Wrange oogst* (Cosecha amarga), y en 1956 una colección de novelas cortas, *Slijk en sterren* (Lodo y estrellas), bajo el pseudónimo de C.S. van Berchem. En 1959 publicó *Una virgen imprudente*, que obtuvo entonces un gran éxito. Después, su obra cayó injustamente en el olvido. Falleció en La Haya (Holanda) un año más tarde.